

NINA BERBEROVA **EL LIBRO** **DE LA FELICIDAD**



Lectulandia

París, 1923. Sam, un joven violinista miembro de la alta burguesía judía de San Petersburgo, se suicida de un disparo en la cabeza. Esta noticia produce en Vera, su amiga de la infancia, una fuerte conmoción que agita los cimientos de su adormecida memoria. A partir de este suceso, trágico y doloroso, y alternando imágenes del pasado que confluyen en las circunstancias del presente, Nina Berberova narra la vida, las adversidades y los sobresaltos de la joven Vera, desde su infancia hasta el día en que, finalmente, logra encontrar la felicidad que estaba dispuesta a conseguir a cualquier precio.

En *El libro de la felicidad* encontramos una manifestación de la efervescencia amorosa que, en otras obras de Nina Berberova, tan sólo se apuntaba o sugería, lo cual convierte a esta novela en un precioso documento que completa el conocimiento de una de las escritoras más importantes del siglo XX.

Lectulandia

Nina Berberova

El libro de la felicidad

ePub r1.0

Titivillus 27.08.2019

Título original: *Kniga schast'e* (Книга счастья)

Nina Berberova, 1936

Traducción: Selma Ancira, 1997

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

I

Sam, con los ojos cerrados, yacía boca arriba en el borde de una cama ancha y baja. Parecía que un simple movimiento hubiera sido suficiente para que cayera como un fardo sobre la piel de cabra extendida encima de la moqueta roja: el disparo había lanzado lejos del cuerpo la mano de Sam, que tendía, helada, hacia el largo pelaje gris, con un revólver fuertemente asido. El rostro de Sam estaba tranquilo y miraba al techo, y sólo la sien negra que había recibido el disparo (hacía ya tiempo que había dejado de sangrar) dispensaba un algo extraordinariamente triste a la onda de cabellos rojizos y a la palidez de la frente cubierta de pecas.

Vestía un frac. La pechera blanca aún estaba almidonada y sobresalía del chaleco. Los pies estaban separados, calzados con zapatos ligeros, de charol; parecían los pies de un hombre dormido. Eran lo más vivo del cuerpo de Sam. La mano izquierda reposaba sobre el pecho (sin duda así la debió de colocar el médico, pero entonces, ¿por qué había dejado la mano derecha suspendida?) y en ella intentaron tomarle el pulso a Sam, pero no lo encontraron, por supuesto. Y esta mano, un poco amarillenta, también pecosa, con los dedos fuertes de un músico auténtico (desde la infancia), cubierta de un vello imperceptible del color del bronce, esta mano que dejaba paso al puño almidonado, reposaba allí, como si hubiera querido oír los latidos del corazón, pero no hubiera llegado y, quedándose pensativa, hubiera sido presa del sueño. Había ruido detrás de la ventana, el ruido matutino de la capital, que en cualquier momento podía despertar a la mano y entonces ésta comenzaría a moverse, y luego, ocultos por los párpados, comenzarían a moverse también los ojos. Pero el ruido de los cláxones de los automóviles no resucitó aquel rostro rígido. Había una quietud fría que la muerte, terrible para los vivos e incómoda para la administración del Grand Hôtel, emanaba del cuerpo de Sam, que continuaba enfriándose y que amenazaba con ponerse gélido muy pronto, a pesar del soleado día de mayo.

El doctor, un médico forense que ocultaba su calvicie debajo de un mechón de pelo, un funcionario de la policía, un periodista improvisado con un bloc de notas entre las manos nerviosas y un señor musculoso y discreto a quien habían hecho venir de la Embajada de los Estados Unidos, todos

estaban allí; y entre ellos pasaban incesantemente los chicos del ascensor, de los corredores, las camareras, los empleados de las pompas fúnebres. Se dio parte a la policía y a la embajada inmediatamente, en cuanto Sam, que había pedido que lo despertaran a las nueve de la mañana, no respondió al llamado de la camarera quien, como llevaba entre las manos una bandeja con el desayuno, en un principio había llamado a la puerta con el codo. Al mismo tiempo, por teléfono, desde una cabina de vidrio, el conserje se había comunicado con una cierta dama cuya dirección y teléfono había dejado Sam sobre la mesita de noche. «Se solicita su presencia —le dijo una voz desconocida que le pareció demasiado autoritaria—. A su amigo le ha sucedido una desgracia». «¿Dónde? ¿A quién?» un tanto incrédula respondió la dama, pensando que se trataba de una broma y experimentando interiormente una especie de enfado desdeñoso. «A su amigo en el Grand Hôtel». Silencio. «No tengo ningún amigo en el Grand Hôtel; le ruego me deje usted en paz». «*Madame*, se trata del señor Adler...». El conserje sintió por un momento la alegría cruel de haber dado en el blanco: del otro lado del cable telefónico, alguien se había quedado sin palabras. «El señor Adler está gravemente enfermo. Nos ha dado su dirección». Ella logró atrapar algunas palabras en su mente esquiva. «¿Hace mucho que está en París?» preguntó. «Dos días».

Esta dama —que por lo demás parecía una jovencita— ahora se encontraba de pie en silencio, en el centro de la espaciosa habitación; la puerta del baño estaba abierta y se oía el ruido que alguien producía al caminar sobre el suelo de piedra. Desde la ventana se divisaba la plaza de la Opera, el comienzo del bulevar des Capucines, como si alguien estuviera proyectando sobre la pantalla de la ventana una vieja banda cinematográfica. Ahora mismo, en un coche tirado por dos caballos blancos, aparecerá Max Linder y lanzará coquetas miradas a una bella mujer que pasa, mientras se oculta del policía detrás de su sombrero de copa. ¡Cuánto tiempo hacía de aquello! El cine, en el patio de aquella casa poco atractiva sobre la avenida Nevski, se llamaba, me parece. La Unión, o quizá Cine de Arte; sobre el lienzo, en medio de la negra lluvia que había empapado la película, aparecía una ciudad de plazas, de arcadas y de automóviles, con el perfil de la torre de acero sobre el cielo emborregado de la Ile-de-France. Y ella con Sam, en el fondo de la sala oscura, ocultos de todo el mundo y unidos por el secreto juramento de la primera huida juntos...

Y ahora él yace sobre esta cama, con una mano rígida en la que aún sostiene el revólver, esa misma mano que seguramente ayer todavía sostenía

el arco del violín. Detrás de la ventana estaba París, aquella encrucijada que por primera vez vio en la pantalla diez años antes, la noche en que caía una nieve ligera y resplandecían los faroles y las plantas en el aparador de una floristería prometían una vida feliz, una vida inmensa, aquella noche que él llevaba puesta una *shapka* de piel de nutria con enormes orejeras, y ella, un abrigo de piel gris un poco desgastado a la altura de los hombros a causa de la mochila.

Ella estaba de pie junto a él y se esforzaba para reconocer en ese rostro tan muerto aquellos rasgos tan vivos que hasta ese momento, hasta antes de atravesar el umbral de la habitación, conservaba en sus recuerdos. Era como si en vano se esforzara en colocar un negativo encima de una fotografía ya revelada de manera que ambos coincidieran, sin dejar ninguna grieta entre lo blanco y lo negro, que se esforzara y no pudiera conseguirlo, como suele suceder en los sueños. Tiene entre las manos el sobre en el que estaban escritos su dirección y su nombre, lleva guantes y las lágrimas que caen encima ni la molestan ni la distraen. Mira aquel cadáver vestido de frac, con quien había compartido la larga historia de la infancia de ambos, sin el cual en el futuro no había más que vacuidad, porque el lugar que él ocupaba no podría ser ocupado por nadie más nunca más. Piensa que la película continúa proyectándose detrás de la ventana, que la vida continúa, que habrá que llamar a casa para avisar que volverá dentro de un momento, que habrá que enviar un telegrama a Polina, la hermana de Sam, a algún lugar enclavado en el paraíso montañoso de Suiza, a Polina, a quien ella todavía imagina como a esa chiquilla delgadita y encantadora que era cuando vivía en Petersburgo antes de la partida y a la que le resulta imposible imaginar gorda, madre de dos hijos y necesariamente celosa de su grueso marido de ojos saltones.

Pero sobre todas las cosas, lo que deseaba era volver a su casa, volver a leer las cartas de Sam porque, y en este momento lo recordaba perfectamente, en ellas había alusiones a lo que había sucedido. No eran amenazas, ni quejas, sino ciertas palabras terribles e irónicas que Sam escribía sobre sí mismo y que eran el punto en el que comenzaba, ahora le quedaba claro, un camino recto y ya abierto que conducía a la muerte, mientras que ella apenas les había concedido importancia: les había pasado los ojos por encima y luego las había olvidado. Él había comenzado a escribirle hacía un año, después de que ella se instalara a vivir en el extranjero y se hubieran encontrado de nuevo. Durante estos años, desde que se habían separado, había transcurrido un período entero de sus vidas: su juventud. Ella estaba en París, él en Estados Unidos. El director de la Orquesta Sinfónica de Filadelfia lo protegía. En una

ocasión ella había recibido un largo recorte de periódico que Sam le había enviado: la crónica de su primer concierto, y luego, en varias ocasiones, le había mandado fotografías; en una vestía un frac, tenía el violín contra el hombro y el arco en pleno vuelo; en otra estaba en bañador y mantenía sobre la cabeza una pelota inmensa (se veía hasta qué punto se habían fortalecido sus piernas); en otra más, al borde de no se sabía qué precipicio, con un amigo (también ruso, ahora crítico de música) y dos chicas. Una de ellas le había puesto una mano sobre el hombro. «Sabes, estoy ligeramente enamorado —le escribía— de una tontuela chillona. Usa unas cintas en el pelo que resultan irresistibles». Después lo habían esperado, debía venir en otoño a Europa, su padre quería despedirse de él antes de morir. Pero no vino y enterraron al viejo Adler sin él. Sí, no se habían visto ni una sola vez en esos cinco años, pero él no la había olvidado: ayer le había escrito su última carta, la misma que ella había devorado apenas entrar en la habitación, y ahora le parecía que todo aquello se lo había dicho de viva voz, que no lo había leído, que lo había oído...

Es de mañana. Un ruido amortiguado, como el mar, llega hasta las ventanas. La lámpara de cristal responde con un débil tintineo a los cláxones de los automóviles, al traqueteo de los autobuses. Vera se aproxima hasta la cama, pero como no tiene en dónde sentarse —Sam está en el borde mismo—, se sienta en una silla, a un lado, toma su mano y lo mira. Allí yace su infancia muerta, ese pasado muerto que acababa de volver a ella de una manera extraordinariamente inesperada y triste. Le habían arrancado un trozo a su vida, y ahora ese trozo sería enterrado al compás de cantos judíos, sería aplastado bajo el peso de cinco libros del Antiguo Testamento y el rabino, el mismo que había enterrado a su padre, pronunciaría un breve discurso sobre Sam, a quien no conocía, pero a quien situaría en la línea de Abraham, al lado de Isaac y de Jacob.

II

En otra época la casa había sido un chalet. En la fachada, que daba a una vieja calle tranquila, había sido colocada una placa: aquí vivió y murió un alto dignatario francés de principios del siglo XVIII. Actualmente esta casa había sido transformada en apartamentos: inmensas y gélidas habitaciones, de techos muy altos, con ventanas semicirculares revestidas de madera oscura y cubiertas con cortinas de seda tosca. Ahí no se podían cambiar los espejos de lugar: estaban empotrados en las entreventanas, ni se podía mover un armario o un sillón ya que todo estaba anclado en el suelo desde tiempos inmemoriales, y cuando se quería cambiar un cuadro de lugar o se deseaba simplemente quitarlo, llevarlo al trastero (retratos de desconocidos, representaciones de batallas napoleónicas), resultaba que aquello tampoco era posible, hasta tal punto había perdido su color la pintura en las paredes. Las gruesas alfombras ocultaban un *parquet* negro y lleno de fisuras que no hacía más que crujir, y en días soleados, entre el polvo que revoloteaba cerca del cortinón, se podía ver volar a las polillas satisfechas de un pompón del cordón al otro.

Vera entró y aguzó el oído.

En la casa reinaba la calma y también al otro lado de las grandes ventanas, donde el tiempo seguía su curso. Un olor a polvo rancio, a humedad de dos siglos se dejaba sentir desde la escalera, una escalera ancha, de caracol, de piedra, con una inmensa telaraña que colgaba como una hamaca. Allí, en ese apartamento, las ventanas se abrían mucho y durante mucho tiempo (había un enfermo) y sin embargo persistía el olor al siglo pasado, ese siglo que tan mal le sentaba a Vera. Aunque en realidad no se trataba del siglo pasado («el del vapor y la electricidad»), sino del anterior, que dormitaba aquí en toda su grandeza irreductible y su onerosa solidez. Vera colgó su *shapka* y su abrigo en la voluminosa percha. En el apartamento no había ni un niño, ni un animal que pudieran percibir su llegada. Con precaución Vera se dirigió a su cuarto. Desde la cocina le llegó el canturreo de Liudmila.

Con todo cuidado, de manera que nada pudiera oírse en la habitación contigua, se sentó a la mesa y sacó una cajita. Desde ese sitio, en ocasiones, ella podía oír lo que sucedía del otro lado de la pared, de la puerta: cualquier

rumor, cualquier respiración, y ahora tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para que allá no se percataran de su regreso, no podía hacer ruido con los papeles que hojeaba. Las cartas de Sam, sus fotografías, incluso el recorte de periódico, todo estaba intacto. En el telegrama que había recibido hacía unos cuantos días —«Estaré en París el fin de semana. Dieciocho concierto. Comunicaré día y hora de llegada.»— ahora se dejaba sentir cierto engaño, una resolución ya tomada. Vera sacó de su bolso la carta que había recibido aquel día y la leyó nuevamente.

«Verka, perdóname el lado literario, pero me pegaré un tiro sin haber vuelto a verte. Seguramente porque no siento verdadera necesidad. Mejor así. La vida me ha engañado, ésa es la cuestión. Ella ganó (por traición), y yo me rindo con honor, mientras todavía no es demasiado tarde. ¡Adiós!

»¿Justificarme? ¿De qué? ¿Y frente a quién? ¿Frente a ti? De todas formas tú dirás: es inocente. Hubo demasiadas promesas. ¿Cómo pudieron prometerme tanto? Pues al nacer recibí no sólo talento, sino “la enfermedad del genio” una mirada distraída... todo lo necesario. Y creció un joven con talento... ¿para el violín? ¿para los negocios? Todo es casual.

»No me convertí en el primero, ni siquiera en el segundo, y no quiero ser el décimo. Hubo una época en que quería ser el mejor. La gente. Dios, yo mismo, todo indicaba que yo era especial. Pero ahora ya todo me es indiferente. ¡Qué hastío! Quería lo que no me fue dado, y lo que me fue dado no me interesaba. Estoy cansado. Tú me dirías: es demasiado pronto, todavía no se puede juzgar, hay que esforzarse. Yo te respondería: ¡al contrario! Hay que darse prisa, de otro modo después ya no habrá tiempo.

»Verka, tesoro mío, comunícaselo a Polina y al tío (las direcciones están en mi agenda, me da pereza copiarlas). Gandelman (mi amigo y empresario) de todas formas vendrá. Ya se le han dado las disposiciones necesarias.

»Si tú supieras cómo me tienta ahora (son las doce de la noche) salir del Grand Hôtel (¡de nuevo la literatura!), tomar un automóvil, volar hasta tu casa, llamar a tu puerta, cubrirte de besos, echarle a él una mirada y gritar: ¡Cómo has envejecido! y oír una palabrita tuya de consolación... Pero al parecer la tentación no es tan grande, porque si lo fuera, ya me habría lanzado, por supuesto. Mi cariño por todo y por todos se ha enfriado. Por ti también... Verka, ¡adiós! No quiero dar rienda suelta a mi alma, porque lo traicionaría todo, me dejaría crecer la barriga y pasaría mis noches tocándole romanzas a una esposa toda pintarrajeada. Si hay algo que aún se pueda salvar, ese algo es mi desesperación.

»¿Te acuerdas —aunque sea sentimental, ahora todo está permitido, incluso lloriquearte acuerdas, Verka, como tú y yo, en Piter^[1], en nuestra casa, a veces nos pasábamos horas enteras tumbados sobre alguna piel, a oscuras, conversando o en silencio? Es lo mejor que me ha pasado en la vida, te lo juro, eso y las punzadas que sentí en el corazón justo antes de mi primera actuación en público. Con las mujeres jamás he vivido nada que valga la pena. Tengo el cuerpo cubierto de pecas y seguramente resulta ridículo. Quién sabe, tal vez el amor sea un espejismo, como la vida misma, por lo demás. (¡Ah, y me ha tocado conocer a un buen puñado de mujeres ruines!)». ¿Te acuerdas de la montaña de hielo en el jardín de Táuride? ¿Te acuerdas en general de Rusia, que en algún lado ha quedado y que tal vez pueda volver a ti, pero que jamás volverá a mí? ¿Te acuerdas de ti misma, Verka, qué encantadora eras, aun sin ser bonita e incluso siendo regordeta? La vida no es digna de ti. Tú, quizá algún día también mueras, como yo.

Aunque... ¿a quién le escribirás tú la última carta, pobrecita mía? ¿Será posible que le escribas a un bellaco cualquiera, a un canalla completamente indigno de ti? ¡Verka! ¡Verka!

»Cuánta lástima me doy, cuánta lástima me das. Cuánto te amo, y a mí mismo, y a todos. Pero la vida es un enemigo, una especie de vertedero, un engaño. ¡Que el diablo se la lleve! Menos mal que todavía hay en esta vida alguien a quien decirle “adiós”, “gracias” y “perdón” por todas las molestias. No llores, querida, querida, amada mía. No llores...».

Ella lloraba en silencio; si alguien la hubiera estado mirando por la espalda, no se habría percatado de nada, ni sollozos, ni lamentos; respiraba como la gente que no sabe llorar y que no llora nunca, y las lágrimas se derramaban tan abundantemente que no le daba tiempo a secarlas, las iba desparramando por todos lados: sobre la mesa, sobre su persona, sobre la alfombra; se levantó y se dirigió hacia la puerta. Necesitaba ver a alguien, contarle a alguien lo sucedido, y se lamentó de que no hubiera en la casa ni un niño ni un animal. Todo estaba en calma. Detrás de la puerta, en el dormitorio, también. En la cocina, Liudmila se ocupaba del almuerzo. Abajo vivía una vieja actriz dramática con su joven amante. En la esquina había un tendedjón. Fresas. Manzanas. Más allá estaba la ciudad en la que vivían conocidos y extraños. No tenía a nadie a quien hablarle de Sam. Si por lo menos hubiera un perro, cualquier can, Díanka o Jack, o... ¿cómo se les suele llamar?, ella se hubiera sentado con él en algún rincón, en algún rincón oscuro —¡hay tantos en casa!— y le hubiera hablado de Sam, de sí misma, de cómo había aparecido Sam en su vida y lo que había significado. Pero no, no había

nadie. Se escurrió hasta la sala sin dejar de derramar lágrimas a su alrededor. En la sala siempre reinaba la oscuridad y siempre, incluso en verano, el frío. Desde la cocina llegaban las notas de un tango que se había tocado en los restaurantes unos quince años atrás. Suavecito. Como dice: «¿Y no se abatirá el rayo divino?». No, no dice así. Aquí se habría sentado y se habría puesto a contemplar la inmensa chimenea vacía. Llegó incluso a imaginarse cómo habría comenzado su relato. Habría dicho:

«Apareció un día, antes del anochecer...» etcétera.

Y su relato habría sido aproximadamente éste...

III

Apareció un día seco, helado, antes del anochecer. El aire tenía el olor puro y vivo del invierno petersburgués.

Debajo de los árboles, entre los troncos negros, allí donde la primera nieve que había caído permanecía aun al comienzo de la primavera, allí donde los niños del jardín de Táuride corrían a esconderse o a hacer sus necesidades, allí había un chiquillo de unos nueve años, estaba acostado boca abajo y no lloraba.

—Te vas a quedar encerrado —le gritó Vera entre traviesa y compasiva, sin saber quién era—. ¡Ya es hora de volver a casa!

Pero el niño no se movió. En medio de la noche que caía con rapidez se distinguía su mano abandonada.

—¡Vérochka, este niño está congelado! —exclamó Nastia y se acercó corriendo por entre la nieve y los árboles—. ¡Niño, niño. Virgen Santa! —comenzó a golpearle las mejillas con la palma de su enrojecida mano, luego tomó un puñado de nieve y se puso a restregárselo contra la cara. Miró alrededor y todo seguía como hasta entonces: no había absolutamente nadie, ni rastros de nana alguna.

El niño recuperó la conciencia entre los brazos de Nastia, abrió los ojos, despegó los labios y se dispuso a llorar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Nastia mientras le frotaba las manos y le ponía la shapka—. ¿En dónde vives?

—Me llamo Sam —respondió el niño.

—¿Cómo que Sam^[2]? ¿En dónde vives? ¡Dímelo!

El niño se echó a llorar ocultando su carita de gruesos labios toda cubierta de pecas.

—¿Así se llama, o qué? —preguntó Vera y dio dos pasos en dirección al chiquillo.

—¿Lo conoces?

—No, no es de aquí.

—Pues hay que buscar a alguien, seguramente debe haber alguna persona mayor con él, no puede haber llegado solo, y además debe de ser rico, mira su abrigo; lleva capucha, y tiene las manitas limpias.

Nastia llevó a Sam hasta el camino.

—¿Quién estaba contigo? ¿Una *mademoiselle*? ¿Dónde está? ¡Pero qué pasa contigo, pareces tonto!

Vera iba detrás de ellos, despacio.

En una ocasión había entrado un gorrión en su cuarto. Ya era primavera y habían abierto la primera ventana. El gorrión, tras revolotear por la habitación, cayó por fin en las manos de alguien y sólo entonces le permitieron a Vera acariciarle la cabecita tibia y dura; después el gorrión alzó el vuelo hacia el cielo y era evidente que aquel pájaro no volvería más, que incluso resultaría imposible reconocerlo entre otros gorriones como él que llegan en parvadas e inundan la ciudad; que es imposible saberlo todo en la vida, tenerlo todo, amar a todo el mundo, alegrarse por todo. Y al mirar a Nastia, que conducía a Sam por aquel sendero desigual y pisoteado. Vera se preguntaba si podría llegar a conocer y a amar a aquel muchachito, a alegrarse por su existencia, y si sería posible, además, conservarlo para ella sola.

No era de allí; hasta entonces jamás lo había visto en el jardín; los «suyos» eran los niños del parque con los que se tuteaban desde siempre, intercambiaban sus trineos y corrían de dos en dos a decirse secretitos en el puente. Sam era pequeño para ellos, pero el hecho de que hubiera aparecido hoy, solo, en el jardín nevado y cada vez más oscuro, le había conferido inesperadamente un encanto secreto, heroico, a pesar de sus lágrimas, de sus sollozos y de su aire aterrorizado. Sus botitas, completamente nuevas, habían ido dejando minúsculas huellas sobre la nieve violeta; en un par de ocasiones, a petición de Nastia, había llamado a alguien en voz alta, dirigiéndose hacia los árboles, hacia el silencio nevado. Su voz delataba sus lágrimas. Y alrededor no había nadie, el árbol resplandecía obstinándose en su silencio. Y Vera caminaba y pensaba cuán pelirrojo era el niño que se habían encontrado: hasta ese momento ella siempre había creído que sólo las niñas podían tener el cabello rojizo. Recorrieron precavidamente toda aquella parte del jardín, llegaron hasta las montañas de hielo, hasta la pista de patinaje en donde los últimos patinadores —unas jovencitas con las mejillas sonrosadas y el pelo en desorden y algunos colegiales vocingleros— ajustaban cuentas sobre el hielo crujiente de la pista.

—Yo creo que debe haber sufrido un desmayo —dijo Nastia, volviéndose a mirar a Vera—. Por eso no consigue decir nada. El guardián lo acompañará a la Comisaría.

El niño caminaba cada vez con mayor lentitud y era evidente que comenzaba a temblar. Los tres se dirigían a la salida, hacia la caseta del

guardián. Éste, sordo y soñoliento, estaba sentado dentro. Reconoció a Nastia.

—Es francesa la institutriz —farfulló el guardián—. No saben encargarse de los niños. Está helado el chaval, tendría que tomar un trago caliente. Déjeme su dirección, Nastasia Egórovna, y lléveselo. ¡Vaya asunto! Como si no tuviéramos ya suficiente...

Pero Nastia no se atrevió a llevarse al niño por lo que se sentó en un banco: ¿sería posible que nadie reclamara a Sam? Anochecía y el frío aumentaba, ya iba siendo hora de cerrar la verja. El niño temblaba cada vez más y por su carita se sabía que todavía no había derramado todas sus lágrimas.

Vera se mantenía a distancia, intentando oír de qué hablaban, tratando de observar hasta el último de los botones de aquel niño.

—Pero... ¿cómo es que no conoces la calle en la que vives? ¡Eres un niño grande! —le reprochaba Nastia—. ¡Ay, ay, ay, caballerito!

Un pensamiento iluminó momentáneamente la cara inánime de Sam, que cayó después en su anterior indiferencia. Sin embargo su rostro se había llenado de color y eso lo hacía parecer tenso y huraño.

—Permítame por lo pronto invitarlo a casa —dijo Vera dando un saltito para acercarse hasta ellos—. Después todo se arreglará.

—Tonta —soltó Sam, llenándose de valor, casi sin abrir la boca.

Pero ya era imposible permanecer en el jardín por más tiempo. Los caminos se desdibujaban en la oscuridad de la noche, estaban llegando los últimos patinadores adolescentes, anunciándose con el ruido de sus patines. El jardín se preparaba para la noche y para la soledad, y la calle detrás de la verja se hallaba revestida de luces; el cielo había desaparecido y no se sabía de dónde, de pronto, caían aislados copos de nieve. Nastia tomó a Sam y a Vera de la mano y con paso decidido los hizo atravesar la calzada. Sam había sido hecho prisionero y Vera, mirándolo discretamente de reojo, lo observaba todo el tiempo sin que se notara. Así iban andando, y en su andar se respiraba inquietud y tristeza, y el corazón se sentía oprimido por esa inquietud y esa tristeza.

Fue la cocinera quien acudió a abrir la puerta y la madre, produciendo un leve frufú con su falda de tafetán, llegó corriendo hasta el vestíbulo; ¿por qué tan tarde? El niño desconocido dio un paso hacia el vestíbulo y la madre se sorprendió al ver al pequeño.

«Está preso —pensó Vera—. Ahora habrá que vigilar las puertas y las ventanas para que no se vaya a escapar, así podré tenerlo para mí, se quedará como un recuerdo de este día de invierno gris y anodino. Podrá vivir aquí, y

ya nunca más estará vacía esta infancia; lo único que hace falta es que no se acuerde de dónde vino, de la calle, de la casa». Ella lo había encontrado y ahora se lo quedaría, y lo daría todo por él: sus juegos y sus libros, y muchas alegrías prometidas. Este niño pelirrojo se convertiría en su propiedad.

Nastia no paraba de hablar y la cocinera no paraba de lanzar todo tipo de exclamaciones, mientras le quitaban a Sam el abrigo y lo llevaban al comedor, directamente hasta un vaso de leche caliente que habían preparado para Vera. Y Sam caminaba, como un autómeta, con la cabeza baja.

—La calle, ¿no te acuerdas de la calle? —preguntaba la madre mientras se recogía un mechón de cabellos claros con una peineta—. Pero ¿por qué no dices ni una palabra?, no tengas miedo, no llores, trata de acordarte... Ay, Dios mío, qué angustias deben estar pasando ahora en su casa, me imagino. ¿Tienes mamá?

—Sí —dijo Sam y levantó la nariz.

—¿Cómo te apellidas? ¿Cómo se llama tu papá? Acuérdate, querido, trata de recordarlo, pajarito, piensa, tú ya eres un muchacho mayor.

Una vez más alguna idea iluminó el rostro de Sam. Hizo un esfuerzo, contuvo la respiración y, derribando el vaso e inundando así el mantel de leche, casi gritó: «¡Adler!» y de golpe soltó una carcajada sonora, límpida, parecía que hubiera tintineado una campana; luego guardó silencio un momento y de nuevo se echó a reír sin poder detener aquella campana: el tintineo se volvió llanto, y luego risa, y desembocó en una larga y sonora crisis de nervios durante la cual comenzó a golpearse convulsivamente contra la silla y contra la mesa. Las lágrimas se derramaban por sus mejillas, y su pecho, enfundado en una camisa marinera, parecía que se fuera a desgarrar por el llanto. Lo cargaron, lo trasladaron a otro sitio, y allí se pusieron a buscar afanosamente las gotas de valeriana. En cuanto las encontraron rociaron unas cuantas sobre un terrón de azúcar.

El desenlace se aproximaba y Vera, de pie junto a la cama en la que habían acostado al niño, observaba conteniendo las lágrimas lo que estaba ocurriendo. Su madre encadenaba palabras cariñosas y extrañas que Vera, sorprendida, escuchaba con secreto deleite. Con ella hablaban de una manera totalmente distinta: en primer lugar, era una niña y nadie, nunca, la llamaba «amiguito», «pajarito» o «tontucio». En segundo lugar, jamás lloraba de aquella manera tan terrible, nunca enfermaba, y nadie se ocupaba de ella, en pleno día, y además con tanta inquietud y tanta dulzura.

—¡Nastia, el listín de teléfonos! —gritó la madre.

El desenlace se aproximaba. Un poco más y ese libro fatal lo traicionaría todo, Sam volvería a la casa extraviada y Vera se quedaría sola, como antes. Por eso había que darse prisa. Mientras la madre hojea las páginas, Vera se acerca a Sam y se inclina despacio hacia él. Pasa sus dedos por el rostro mojado de Sam, roza con sus labios el pelo del niño y siente como emana de él ese olor tibio y familiar que había sentido en el pájaro.

—Adler, Alexandr Semiónovich, Bolshaia Dvoriánskaia, veintiuno —leía su madre—, no, debe ser mucho más cerca... Adler, Albert Grigórovich, taller de corsetería, no, no creo... Vérochka, ¿qué vamos a hacer con él? ¡Ah, espera! Adler, Boris Isáievich, abogado y procurador... y en nuestra calle. ¡Mira! La casa número siete... ¡enfrente! A ver, levántate, marmota, vamos a ver si reconoces la casa, si no, llamaremos por teléfono.

Descorren la pesada cortina helada. En el alféizar de la ventana la nieve brilla y se respira el frío del vidrio oscuro. Allá, hay un farol encendido, la gente camina sobre la acera nevada. Sam continúa inmóvil, las mejillas hinchadas, los ojos fijos allá donde, justamente enfrente, ventana contra ventana, una araña ilumina una bella casa.

Y es entonces cuando de pronto levanta los párpados hinchados de lágrimas, los ojos verdes se vuelven más redondos. Sam abre la boca, donde, en lugar de un diente de leche que ya se ha caído, comienza a brotar un fuerte diente definitivo. Lo recuerda todo, se estremece, recorre la habitación con la mirada, intenta incluso explicar que suele tener desmayos de ese tipo, después de los cuales no recuerda absolutamente nada. De inmediato se vuelve casi un adulto. «Rápido, rápido, hay que llamar a casa, a mamá». Salpica de saliva a Vera, mueve los pies para un lado y para el otro. «Gracias, se lo agradezco, por favor», no pronuncia otras palabras, se disculpa una y otra vez por las molestias y por fin, corre hasta el teléfono.

Vera se queda sola, mientras desde el comedor llega la voz de Sam, una voz madura, confiada y pura: sí, mamita, no, mamita, de acuerdo, mamita. La casa de enfrente, como un barco, había atracado en el muelle de Vera; parecía que hasta aquella mañana en su lugar hubiera habido un solar y que la hubieran construido en una hora y la hubiera ocupado aquella gente de la que de pronto se supieron tantas cosas, y el niño que había llegado de una lejanía desconocida, se había revelado como un simple vecino; ya no era posible ni domesticarlo, ni retenerlo. Ahora mismo llegarían a buscarlo y se lo llevarían.

Sonó el timbre de la entrada y Vera miró en esa dirección. En la puerta había un señor de estatura baja, fuerte, vestido con una pelliza de castor,

quevedos y una bufanda blanca con los extremos que colgaban a los lados del pecho.

Desprendía un fuerte olor a perfume recién puesto. Abrazaba y apretujaba a Sam mientras Nastia y su madre intentaban ponerle el abrigo.

—Disculpen la molestia, y gracias, mil gracias en mi nombre y en el de mi esposa. ¡Ay, Dios, pero qué le pasa a este chiquillo! Suele ocurrirle, pero Viazhlinski dijo que pasaría... La institutriz es nueva, lo buscó por todos lados, quería ahogarse en un agujero en el hielo. ¡Y nosotros... estábamos sencillamente desesperados, tesoro mío! A Viazhlinski le tengo una confianza ciega. Abróchate el abrigo, aquí, en el cuellito... Gracias una vez más, mil gracias; gracias de todo corazón.

Sam, contento y confiado en sí mismo, daba vueltas frente a Nastia. Cuando se acercó hasta Vera, adoptó de pronto un aire grave y desvió la mirada: ella era apenas un poquito más alta que él y para mirarle a la cara tuvo que levantar un poco la cabeza.

—Le doy las gracias —dijo mientras escarbaba su mitón.

—Sí. Y cómo —suspiró Vera sin sonrisa.

—Venga a visitarnos, la invito —dijo Sam, que de pronto había decidido elevar la vista, sonrojándose.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —respondió ella confundida ante tanta alegría.

Él se volvió hacia su padre.

—Pídele que venga mañana durante el día a tomar un té con galletitas. ¡Qué niña más linda! ¡Qué trenza más bonita!

Entre tanto Sam se había acercado hasta la carita de Vera y, frotando con toda suavidad la nariz contra la mejilla de la niña, dio un beso al aire cerca de su oreja.

Ella no se movió cuando la puerta se cerró, y su madre, que por alguna razón le había lanzado una mirada reprobatoria, apagó la luz del salón. No existía ningún castillo en este mundo capaz de retener dentro de sus murallas a un niño desconocido, no existía una fuerza capaz de darle a Vera la posibilidad de traerlo a su casa, de hacerlo sentar, de sentarse a su lado y contemplarlo infinitamente, mirar sus pecas, su camisita marinera y oírlo, y contarle todo lo que se le ocurriera, y acariciarlo. Él no entendió quién era Vera y se traicionó, él no había querido vivir en este mundo sólo para ella, y de aquel extraordinario y terrible acercamiento sólo había quedado una cosa: ahora ella podía pasarse horas mirando la ventana situada al otro lado de aquella ancha calle invernal, que a partir de esa noche —como toda la ciudad,

como el mundo entero— se había convertido un poco en algo de su propiedad.

IV

Los preparativos comenzaron ya por la mañana; le pusieron una blusa limpia bordada de minúsculas ciudades, y unos pantalones que crujían como el cartón; los leotardos rayados más finos (y sin embargo gruesos), un vestido que Nastia había almidonado, unos zapatitos con botones que chirriaban y brillaban de tal manera que era imposible que pasaran inadvertidos. Después de haberse lavado ruidosamente los dientes. Vera se ató y desató varias veces la cinta con la que anudaba el final de su trenza: la cinta anudada justo en el extremo hacía parecer la trenza más larga; anudada al nivel de la nuca. Vera parecía mayor. Justo antes de salir, decidió limpiarse las uñas y lo hizo con una pluma de acero impecable. Sólo una vez se acercó hasta el espejo, para ver si tenía limpia la nariz. Conocía su aspecto perfectamente, aun sin espejo, y no tenía una idea demasiado elevada de sí misma.

—Esa gente no es compañía para nosotros —dijo el padre mirando al lado opuesto de la calle, al lugar donde flotaba, resplandecía y resonaba la casa de Sam. Pero esas palabras se referían, por supuesto, al señor Adler y a su señora esposa; su padre no conocía a Sam como lo conocía ella.

Están dando las tres en el reloj del comedor, Nastia se echa encima una pañoleta que le cubre hasta las rodillas. La madre anuda a Vera la capucha, rozándole la cara con sus dedos fríos y tiernos.

—Regresa cuando sientas que te aburres. No más tarde de las cinco y media. Estaré en la ventana para verte.

Vera vuela escaleras abajo y cruza a toda velocidad la calle nevada hasta la entrada. El conserje encierra a Nastia y a Vera en el ascensor, que se eleva con un suspiro prolongado. El vestíbulo está adornado con maceteros verdes y plantas artificiales. Silencio. La nieve comienza a caer detrás de las ventanas, cada vez más y más espesa...

Una sirvienta abrió la puerta, pero Vera no vio a la sirvienta, sino a una persona alta vestida de rosa, con rizos oscuros y un rostro delicado y triangular. «Tampoco esto es compañía para ti» pensó Vera. La joven tenía, a ojo de buen cubero, por lo menos quince años. Ella también había puesto su mirada sobre Vera, pero no la saludó y sí frunció las cejas con aire de sorna. Antes de que el timbre sonara ella había comenzado a calzarse las botas y

ahora, con un pie aún descalzo, atravesó la habitación cojeando y gritó sin ceremonia ninguna:

—¡Samuel! La niña gorda que viene a verte ya ha llegado.

Después volvió, se puso la ropa de abrigo con un aire indiferente, se abrochó el cinturón y, agitando su manguito de armiño, salió sola, como una persona mayor, elegante, delgada, fría.

Y entonces se oyó a alguien galopar por el corredor. Sam se precipitó sobre Vera con la agilidad cómica de un oso, en un estallido de risa nerviosa, pero en nada parecido al de la víspera, luego se lanzó sobre Nastia, rojo y contento de que también ella estuviera allí, y, retrocediendo un paso, contempló a su institutriz: ¡qué vieja se veía con los quevedos puestos sobre la minúscula nariz que poseía! De nuevo agradeció a Nastia lo de la víspera y le dio un buen apretón de manos. Y cuando Nastia, confusa por una risita que dejó escapar fuera de tiempo, salió a toda prisa, él de nuevo se colgó del cuello de Vera. Ella estaba de pie, como una columna, resplandeciente de felicidad, sin saber si podía abrazarlo. Y sólo cuando la institutriz los dejó en la habitación destinada a los niños (de antemano había decidido que eso era lo mejor, que allí radicaba el «sistema») y por fin se quedaron solos, abrazó a Sam por los hombros, y ambos, muertos de risa, se desplomaron sobre el sillón enorme, viejo, parecido a un barco que hubiera dado tres veces la vuelta al mundo.

Se tumbaron transversalmente sobre el diván, dejando colgadas cuatro piernas relativamente parecidas y, mirando al techo, se pusieron a conversar.

Vera había tenido miedo, la noche anterior al acostarse, y también la mañana de aquel mismo día, de no tener suficiente tiempo para contárselo todo sobre ella y poderlo oírlo todo sobre él; ¡habían vivido diez años separados! Y menos mal que no habían sido veinte o treinta. Tenía miedo de no tener tiempo de embrujarlo, como no había tenido tiempo la víspera; de que el tiempo, que había transcurrido con tanta lentitud hasta las tres, de pronto se desatara como una cascada y tuviera que regresar a casa sin haberlo dicho ni oído todo. Sin embargo, en cuanto se encontraron solos en la gran habitación de estudio de Sam y al sentir que estaba echado a su lado, que allí junto a ella tenía su mano de pequeños dedos sudorosos y esa carita que todavía no había tenido tiempo de ver detenidamente pero que ya le era tan querida, con la mancha de pecas color ciruela sobre los pómulos, con sus fosas nasales oscuras, con aquel ojo suyo que la miraba con alegría y ternura; en cuanto sintió que estaban juntos, se sintió maravillada por la ola de seguridad festiva que la inundó ante la idea de que todo sería justamente

como lo había soñado. Sobre todo le sorprendía y le alegraba el hecho de que el enorme reloj redondo que colgaba sobre sus cabezas funcionara con regularidad, sin precipitarse a ningún lado, que Sam no huyera de ella a ninguna parte, que nadie entrara ni les indicara lo que tenían que hacer. Y todo aquello, en su fuero interno, ella lo denominaba felicidad, porque duraba.

Sam comienza su relato desde muy lejos, desde sus primeros días, desde el día en que había nacido tan minúsculo que había que mirarlo con lupa. Después había crecido hasta alcanzar un *vershok*^[3] y luego dos, y finalmente cinco. Brotaba de la tierra, como un arbolito, pero tenía piernas aquello lo recordaba perfectamente y podía asegurar que toda la gente. Vera también, por supuesto, brotaba de la tierra.

—No puede ser —se sorprende ella.

—Bueno, no importa de donde broten, en todo caso —dice Sam haciendo alusión al vientre de su mamá—, lo que importa es que brotan pequeñititos, tanto que apenas se ven, y después rápido-rápido-rápido, en un mes, crecen hasta medir una *arshina*^[4] pero todo empieza en la tierra.

—¡No puede ser! —repite Vera abriendo los ojos a más no poder.

Sí. Y él se acordaba perfectamente de cuando medía dos *vershok*: lo bañaban en un fregadero, y en una ocasión cuando estaba caminando entre las tazas sobre la mesa, se había caído en la mermelada. Su papá lo llevaba en el bolsillo del frac al tribunal y dormía en una de las pantuflas de su hermana Polina.

Vera reprime su risa y dice:

—Bueno, por supuesto, quizá sea posible, muy posible, pero tal vez sea mejor no decirlo.

Y entonces Sam abandona de un salto el diván y grita:

—¡Lo he inventado todo! ¡Todo esto es imposible! —y feliz se lanza otra vez al diván.

La verdad sobre su memoria consiste en que en realidad no se acuerda de nada, salvo de la música y además sabe multiplicar mentalmente, pero eso se lo había prohibido el doctor. En la infancia, cuando tenía tres años, había enfermado de meningitis. En una ocasión, durante la convalecencia (ocurrió durante una primavera resplandeciente y esta misma ventana estaba entonces abierta) había pasado por la calle un regimiento de soldados que apenas dejaba oír su andar sobre el pavimento; y de pronto cuarenta trompetas hicieron sonar una marcha militar. Dicen que Sam había gritado de tal manera, que incluso le sangró la nariz. Después sufrió un desmayo. Pero ahora se desmayaba cada vez con menos frecuencia.

Cuando él le hablaba de su enfermedad, no se justificaba frente a ella por lo de la víspera, ni presumía de tener un aspecto enigmático, sino que simplemente confesaba algo que resultaba un poco incómodo y, para él, fatal. He aquí el pequeño armario con las medicinas, las suyas, aquí, en el cuarto de estudio. Y éstos son los libros, también suyos. Y éste es su violín.

—Yo soy violinista. ¿Y tú?

Y Vera sin siquiera pensarlo le respondió:

—Yo no soy nadie.

Sam continúa su relato. Ella lo escucha con avidez, le parece que no puede perderse una sola palabra, que él tiene necesidad de decírselo todo. Ella se apoya sobre su codo y pasa largo tiempo mirándolo, observa su cara de gruesos labios que le hacen muecas. Lo escucha con atención y le parece que el hechizo que había realizado sobre él la víspera no había sido en vano. Él le pertenecería. Él le pertenecería...

Después del té, arrastraron todos los cojines de la casa, desde los de cuero del despacho de trabajo hasta los almohadones de seda del tocador, a uno de los rincones de la sala, el que estaba entre la ventana y la puerta; le arrebataron a la nana que vivía en calma y tranquilidad su pañoleta a cuadros, se llevaron el cubrecama rosa de la habitación de Polina, y construyeron una cueva, añadiendo con ayuda de alfileres y de chinchetas todo tipo de sábanas, edredones y cortinas. Y cuando finalmente terminaron su construcción, se sentaron en la oscuridad, cansados y contentos, y guardaron silencio. Y luego las palabras volvieron a fluir. De vez en cuando alguien entraba en la habitación (la institutriz, el colaborador de Boris Isáievich) y echaba un vistazo hacia ese lado, aunque sin acercarse ni preguntar nada. Sobre el piano había un candelabro encendido, pero hasta ellos apenas si llegaba la luz. Comenzaban a sentir calor. Ahora hablaba Vera, y lo más increíble de todo era que se sentía incontenible e increíblemente feliz de estar allí sentada relatándole su vida. Él, pequeño, sentado ya casi en el suelo, apoyado en sus dos manos, la escuchaba, y había momentos en que ambos sentían que era demasiada la alegría que estaban experimentando, que el pecho les hormigueaba, y entonces se echaban a reír, así, sin ninguna razón aparente.

Hablaba de su padre, de su madre, del abuelo que vivía con ellos. Hablaba del último verano que habían pasado en la aldea, de los caballos, de las vacas, de los perros (Sam tenía miedo a los animales y jamás se acercaba para acariciarlos). Después habló de libros y de sus sueños y de muchas cosas más. Y luego, de nuevo, reinó el silencio. Hasta que de pronto en el reloj sonaron las seis clara y delicadamente.

Vera se asustó y sintió como si el miedo la hubiera privado de las piernas. Se levantó con dificultad.

—¿Adónde vas? ¿Ya te vas? ¡Pero si acabas de llegar!

—Me va a caer una buena... —dijo ella con sinceridad.

Pero resultó que desde hacia un buen rato todo había sido ya arreglado por teléfono. Vera no volvería a la hora de la cena, ni por la noche... Ella era la que estaba cautiva, no él.

Vera deambulaba por el inmenso gabinete de trabajo de Boris Isáievich, se sentaba en un sillón, luego en otro; iba a la sala en donde se encontraban colgados unos cuadros llenos de colorido y la luz blanca de un pequeño reflector había sido dirigida sobre los brazos separados de una mujer desnuda de mármol; una luz amarillenta caía sobre la alfombra. Lev Tolstói, desde la pared de enfrente y encuadrado en la negrura de un lóbrego marco, miraba a la mujer desnuda que tenía delante. Un terciopelo carmesí cubría las ventanas, los sillones y el piano, confundiéndose con el raso color púrpura. Vera flotaba, navegaba cada vez más lejos por aquellas gigantescas habitaciones tan bien arregladas, y no dejaba de resultarle extraño acercarse a las ventanas, levantar el tul bordado y ver —como si desde un sueño espicara la realidad— aquella misma calle sobre la cual, del otro lado de la acera, en esa casa de allá, había vivido y soñado durante tanto tiempo precisamente con aquel día. Sam la seguía, se detenía a su lado. Y de nuevo se refugiaban en su rincón, a donde alguien les llevaba un plato con dátiles. Se sentaban sobre los cojines. Continuaban con sus historias. El abuelito era muy, muy viejo y tenía cara de tártaro; el abuelo hacía ya tiempo que estaba enfermo y se podía morir en cualquier momento.

—Y yo no quiero perderme detalle cuando empiece a morir. Definitivamente. Quiero saber cómo ocurre la muerte. ¡Es una oportunidad! Piensa. Me ocultaré para verlo y así enterarme de todo.

—¿Qué es lo que vas a saber?

—Cómo se muere.

—¿Y cuándo va a pasar eso?

Se hablaron en secreto.

Detrás de tantas mantas ni se les veía ni se les oía. Cuando Boris Isáievich volvió a casa, los llamaron a cenar.

—¿Dónde están los niños? —preguntó mientras atravesaba la sala con su paso rápido y ligero, alegrándose profundamente por el desorden reinante.

Salieron de su penumbra.

—¡Ah! —gritó él, gesticulando. Llevaba unos paquetes—. Hola, jovencita, ¿se siente usted bien aquí? ¿Está contenta? —De detrás de su espalda de pronto surgieron las *Obras completas* de Nikolái Vasílievich Gógol y un par de resplandecientes y helados patines—. Para usted.

La fiesta continuaba. De nuevo estaban en el comedor. Había invitados a comer: un cantante famoso, un hombre con una barba larga, negra y puntiaguda, que no dejó a nadie decir ni una sola palabra, y algunas damas. Para Vera todo se confundía en una especie de bruma: la institutriz, el colaborador de rostro alargado, Polina... todo se confundía, y sólo veía claramente frente a ella el rostro de Sam, de ojitos verdes y pícaros —ojitos de conspirador—, el mechón rojizo sobre la frente, el agujero en vez del diente en su sonrisa, el susurro: «¿Te gusta la crema batida? Una vez batí con una escoba toda una bañera de crema, me metí en ella y me pasé la noche entera allí dentro y después me la comí»... Y la risa apagada por la servilleta sobre la boca, y el trago ceremonioso del vaso de agua con un chorrito de vino: ¡brebaje mágico!

¿Dónde está ella? ¿Por qué está aquí? ¿Qué ocurre en su corazón? No sólo el corazón, toda ella bulle y palpita imperceptiblemente para los demás — para sí misma—, debido a esa sensación salvaje y maravillosa de vida. La conjura de la amistad.

—¿Puedes leer mis labios? —pregunta ella en voz baja a través de la mesa.

Él asiente con la cabeza, mirando fijamente sus labios. La sirvienta le quita por debajo de los brazos, el plato de perdiz a medio comer.

—La conjura de la amistad —lee él en los labios de ella.

—Nuestro santo y seña —le responde él de la misma manera—. Haz algo que lo consolide.

Ella se lleva a la boca una corteza de pan negro. Él hace lo mismo. Juntos, al mismo tiempo, lo tragan y comprenden el significado que aquello tiene.

—Mamá, no quiero que se vaya —dice él después de la cena.

—No se irá. Papá os llevará al teatro. Ya nos hemos puesto de acuerdo por teléfono con sus padres.

¡Cómo! ¿Todavía? La nieve se agita a la luz de los faroles, el caballo tiembla ligeramente de cuando en cuando bajo la red azul, la manta de viaje ya está extendida. Boris Isáievich entra el primero, perfumado y engalanado, y luego hace subir al trineo a Vera y a Sam. Arreglan rápidamente la manta, se eleva una nube de vapor, el reloj que el cochero lleva en la cintura se empaña. Vera pone sus pies (pensando que se trata de un banco) sobre la

pierna inmóvil de Boris Isáievich. Está sentada en medio, con las manos ocultas. Sam le cae encima cada vez que hay una curva en el camino y siente su peso macizo; él le echa el cálido aliento y Vera entorna los ojos. El caballo hace saltar la nieve con sus pezuñas; la mano grande enfundada en piel de Boris Isáievich los sostiene desde atrás. ¿Quién está cautivo de quién, Sam de ella o ella de Sam? No se sabe. Pero ojalá que ese cautiverio dure mucho, porque esto es la felicidad.

Y dura. Dura más y más. No tiene fin. El viento corta la cara, los ojos distinguen, a través de las lágrimas, algunas lucecitas, la mano los sostiene a ambos cada vez con mayor fuerza, con mayor calidez. Boris Isáievich de cuando en cuando lanza un pequeño graznido, su bigote se cubre de escarcha y en vez de gafas tiene sobre los ojos dos bolas de nieve.

—¿No tenéis frío, tesoros míos? —pregunta él, pero Vera no responde y Sam no le oye. Ella siente que va volando por los aires y canta a voz en cuello, siente que en cualquier momento se romperá y que de su pecho, de su justillo con botones de tela, su alma saldrá volando hacia Dios.

Y en ese momento, cuando su corazón está listo para estallar en pedazos, de pronto, la mano que la sostenía por el hombro la suelta, y cesa el viento. Están en la entrada del teatro.

V

«¿Acaso esta agua puede ser la misma —pensaba Vera cerrando el grifo de la bañera—, la misma que hay en los estanques, en el río y en el mar? Esta agua parece fabricada».

La bañera estaba lista y Vera se metió en ella con cierto recelo. Inmediatamente después su madre, riendo, le pasó una esponja por la cara, y Vera, refunfuñando, se dejó caer en el agua imaginándose que la esponja que se alejaba de ella era precisamente aquella isla desierta en la que iba a instalarse el dedo gordo de su pierna derecha.

El aire caliente hacía que continuara silbando el tubo del agua, y la luz eléctrica se fundía con el cobre rojizo de aquella tubería, las paredes exudaban gotas de rocío y en medio del vapor caliente, Vera cerraba los ojos, se cubría con la espuma de jabón y se restregaba una y otra vez con el estropajo hasta tener la barriga roja. Después, tras colocar humildemente su espalda debajo del cántaro azul y esperar que cayera el agua, emergió, asfixiándose bajo la gruesa sábana que le habían echado encima y con enorme dificultad, como si de pronto hubiera aumentado de tamaño, se puso los leotardos, la camiseta de lana y su vestidito marrón.

En ese momento Vera se soltó del cabello la única horquilla que durante todo aquel tiempo le había detenido la trenza fría y tersa, se secó la cara sonrosada de nariz chata, y con un ruido ligero al caminar con sus botas altas, sintiendo una especie de debilidad soñolienta en las rodillas, se dirigió a su habitación y se enfrascó en su libro. Mientras tanto en el baño la escoba, el trapo y el cepillo limpiaban y hacían desaparecer las huellas que Vera había dejado en el suelo al salpicar y, siempre con el mismo gorgoteo, el agua se alejaba en peregrinaciones sofocantes.

Más tarde, con estrépito, traían desde la cocina un nuevo haz de varas de abedul y otra vez comenzaba todo a crujir y a silbar. La madre se envolvió los cabellos en una toalla, se quitó por debajo de la bata un corsé lila con dos copas para los senos, y se encerró. Vera puso su libro a un lado.

—Mamá, déjame entrar.

Sonó una risa y un chapoteo.

—Ya estoy, ya estoy sentada.

—¿Por qué otra vez has cerrado la puerta con llave?

—Para que no entres.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza que me veas.

—¿Y en verano, en el mar?

Una risa, de nuevo chapoteo.

—Ah, en la playa es diferente, allí todos andan desnudos, pero aquí yo soy la única.

Vera intenta mirar por la cerradura de la puerta; lo que ve es un codo desnudo y una esponja llena de jabón que va de arriba abajo.

De pronto algo parece salir flotando por los aires y llega a posarse sobre la empuñadura de la puerta. Ya no se ve nada. Eso quiere decir que la madre acaba de posar sobre la alfombrilla su pie menudo. Comienza entonces a cantar en voz baja, y se oye algo que cruje y respira muy cerca de Vera.

Olía como en otras épocas olían las mujeres jóvenes que jamás utilizaban ni perfumes ni lociones para después del baño y que usaban la ropa almidonada. Su cuerpo estaba absolutamente desprovisto de vello y no se notaban los huesos: aun sin el corsé lila su cuerpo tenía la forma de un ánfora. Para ella la mayor de las indecencias consistía en mostrar sus tobillos delgados y sus hermosas piernas (cuando el viento levantaba su vestido), aunque a los bailes asistiera con vestidos enormemente escotados: ésa era la moda.

Vera comenzaba a pesar demasiado para ella, pero aun así continuaba sentándola sobre sus rodillas sorprendiéndose una y otra vez de cuán distinta a ella era su hija gordita. En aquellos momentos se abrazaban dulce y largamente, acercándose mucho una a la otra con ternura; se besaban mucho y con sonoros besos, y se declaraban mutuamente su amor grande y eterno.

—¿Entiendes lo que es esto? —preguntaba la madre manteniendo a Vera muy cerca de ella—. ¿Entiendes que mientras yo esté viva, tú estás ligada a mí como por un hilo? Te siento íntegra, conozco tus sueños, adivino hasta el último de tus pensamientos. ¿Lo entiendes?

Vera asentía, lo creía y no lo creía. Tenía la impresión de que el alma de su madre estaba hecha de una perla encendida y que incluso tenía el mismo color.

—El abuelo dice que tienes novios regados por todo el mundo —comentaba la niña.

La madre se echaba a reír, se sonrojaba, recogía los cabellos que se habían soltado de la peineta.

—No creas lo que dice el abuelo.

Sin embargo, así era: antes de casarse había rechazado a cuatro pretendientes, y estos cuatro, uno tras otro, habían desaparecido de su vida sin que ella conociera su paradero.

—¿Y si de pronto aparecieran?

—¡Pues que aparezcan!

Ay, cómo pronunciaba aquellas palabras. No acudían con frecuencia a sus labios, pero cuando lo hacían, reflejaban toda su alma: seguramente así debió ser en la época en que había dicho no a aquellos cuatro. Seguramente así continuaría siendo para el resto de su vida.

Olía a almendras y sus cabellos despedían un olor áspero, sobre todo cuando estaban recién lavados, y entonces el cuarto de baño se impregnaba del mismo olor, así como también las habitaciones en las que secaba aquellos largos, ondulados y cenizos mechones. Nastia vertía la espuma jabonosa de las grandes palanganas decoradas en una cubeta, se agachaba y en sus manos retumbaban los cántaros al ser cambiados de lugar sobre el suelo mojado y brillante.

En aquellos momentos la frente inclinada de su madre resplandecía con tanta frescura y parecía tan lisa —sin una sola arruga, sin ninguna preocupación— que Vera arrancaba de un cuadernito una hoja mate de papel empolvado y le limpiaba la cara para que no brillara de una manera tan graciosa.

Solían abrazarse sobre el sillón, en el dormitorio. El corazón de Vera se dividía entre el amor por el mundo entero y el amor que sentía por su madre. Aquello sucedía, por lo general, entre la tarde y la noche, y no tenía en realidad ninguna importancia cómo se llamaba aquella hora. Allá, en la ventana, enfrente, se veía una araña encendida, como cada noche, en la ventana del cuarto de estudio de Sam había un gallo de tela colgado; era la señal para indicar que Sam estaba en casa. El padre leía en el comedor. El abuelo, en ocasiones, llegaba con dificultad hasta ellas, y se sentaba en silencio, las miraba y suspiraba, muy viejo ya, minado por la enfermedad.

—Abuelo —le gritaban al oído (todos lo llamaban así, incluida Nastia)—, ¿qué le duele hoy?

Y él, con una sonrisa, señalaba sus piernas sin vida, o sus manos reumáticas. Vera siempre esperaba de él algo imprevisto, ¡sólo Dios sabe por qué! En una ocasión el abuelo sonrió con su sonrisa acostumbrada, y así se quedó durante un par de meses, inmóvil, mudo, con la boca torcida. Luego se levantó una vez más sobre sus pies hinchados y se echó a andar. Y nada de

aquello, ni tampoco la muerte que en cualquier momento llegaría para vencer al abuelo, le parecía a Vera lúgubre o terrible: lo consideraba algo tan natural como la salud de la que gozaba ella misma o el hecho de estar viva y seguir estándolo durante muchos años.

Muchos años. Es decir, casi eternamente. La nieve que lamía de los puños de su abrigo era insípida como el pan eucarístico, pero el sol, en un día tan inesperadamente largo y luminoso, la fundía con ardor; lo inundaba todo, inundaba la ciudad. Soplaban el viento del mar; la calle estaba alborotada. Una gota vuela por el aire, y el jardín de Táuride se esponja por el agua, por la hojarasca, por el gorjeo de múltiples aves, y en los puentes huele a la Fontanka, a moho. Sam afirma «¡Venecia!». Es... la primavera.

Sam había estado en Venecia, y también en Niza, en Biarritz, en Suiza: a su padre le encantaba Italia, a su madre el Tirol, a Polina le gusta Francia. Pero ha olvidado aquellos nombres sonoros y refinados en los que había tantas «ts»; se acuerda de los olores, del clima, de la música; de un célebre pequeño violinista en pantalones cortos (París), de los conciertos sinfónicos (Viena); o de su enfermedad, la complicada secuela que le había dejado el sarampión y que los obligó, a él y a su madre, a permanecer medio invierno en Berlín.

Había días en los que casi no podía hablar debido a una incomprensible fatiga mental. Le habían prohibido las matemáticas. Todas las mañanas llegaba un maestro, quien durante el invierno siguiente se instaló a vivir en casa de los Adler, en el lugar que hasta entonces había ocupado la institutriz. Las materias que estudiaba Sam estaban fuera de cualquier programa escolar, no tenía ningún tipo de exámenes en ningún lado. El maestro se dedicaba exclusivamente a contarle cosas curiosas que él, o bien olvidaba casi en el mismo momento, o bien las transformaba en su imaginación hasta dejarlas irreconocibles; cosas sobre gente de diversos países y distintas épocas, sobre la vida en el planeta, sobre los elefantes, las estrellas, el hombre, la política rusa. Dos veces por semana llevaban a Sam a su clase con Awer.

Lo más complicado para Vera fue acostumbrarse al violín. En un comienzo ella no hacía más que dejarse fascinar por su manera de tocar, sin oír nada. Sam tocaba raras veces en presencia de Vera; durante las horas de estudio ella no iba a verlo, y las noches en que los Adler recibían visitas y Sam, a petición de su madre, tocaba el violín. Vera no estaba invitada. Los domingos, cuando Vera pasaba todo el día en casa de los Adler, Sam a veces se ponía a tocar. En un principio a ella le sorprendía la manera en que sus dedos recorrían el mástil, y la fuerza y precisión de la mano derecha. Un día

incluso creyó intuir una melodía en medio de aquello tan complicado y tan veloz que él estaba tocando. Le gustó mucho, hasta ese momento la música le había parecido algo de demasiada gravedad como para ser un asunto del alma, y frente a todo lo que era espiritual, Vera se sentía ligeramente confundida: frente a las romanzas gitanas; los discursos tan elocuentes y tristes del señor de la negra barba en punta que solía frecuentar la casa de los Adler (discursos sobre Rusia, sobre el Futuro, sobre la Humanidad); el juramento, inútil y ridículo, de fidelidad que le había hecho una niña que conocía; la postal que Nastia había colgado en el cuarto de la servidumbre: un caballero y una dama que, con las frentes unidas y la mirada baja, observaban una flor.

Pero el violín rozó su alma de manera distinta: aquello más bien se parecía a lo que solía sucederle cuando oía recitar algún poema, o cuando le llegaba el eco de una plegaria o simplemente sentía un éxtasis indefinible ante la visión de una estrella en el cielo o de una flor en el campo. De eso no podía hablar.

Ni tenía a quién. Cuando las estrellas brillaban sobre su cabeza, cuando del jardín llegaba el olor a alhelí, a largo verano. Vera estaba sola; Sam no le escribía con frecuencia desde la cálida orilla del mar, ni tampoco ella sabía expresar demasiado bien sus pensamientos por escrito. Esperaba el invierno, esperaba el gallo de tela colgado en la ventana, esperaba las miradas que ellos intercambiaban entre sí, los signos, las conversaciones por teléfono (que mantenían hasta que tenían las orejas completamente entumecidas), los encuentros conseguidos con picardía en medio de esos días tan llenos de estudio y de lecturas. Y mientras tanto, ponía el libro o el cuaderno de ejercicios a un lado y se iba a jugar al jardín, adonde llegaban dos niñas gemelas que por alguna razón se consideraban sus amigas y vivían en la dacha vecina.

En verano ella tenía tiempo para observar la vida que la rodeaba, en invierno no tenía tiempo suficiente para ver la vida del jardín, del patio, de los campos. En verano ella crecía, cambiaba. Y todo le producía alegría: la llegada, la partida, el apetito constante, el bronceado regular. Unos dos días antes de volver a la ciudad Vera fue al bosque con Nastia; allí recordó cómo había corrido por él tres meses antes, el día que llegaron al campo, y cuánto había disfrutado de aquel aire que estaba respirando. Y pensó que ahora, cuando estaba tan próxima la partida, de nuevo no sabía por qué se alegraba. Todo era agradable: la dacha, Petersburgo, el verano, el otoño, las últimas flores en el parterre que cortaron en el último minuto y que había recogido su madre, el lugar donde habían colocado al abuelo en el carruaje, y la estación de madera llena de moscas y escupitajos, rodeada de la somnolencia de los

bosques y de los trigales, hasta donde llegaba el tren expreso y los pasajeros aburridos y muy cansados (habían salido la víspera por la noche de Moscú), se apretaban para dejar lugar a los veraneantes.

Este tren expreso era el que conducía a Vera hacia el invierno. Con una agitación húmeda se arremolinan las hojas en el jardín de Táuride. Las hojas secas dibujan un delicado esquema en el cielo pálido y descolorido. La corriente de aire del Golfo se enfría, las pellizas desprenden olor graso a naftalina, se extiende la maltratada alfombra. La estufa se enciende despidiendo chispas. Y un buen día, cuando Vera vuelve de la escuela, ve que en la casa de enfrente están limpiando los vidrios, borrando así las caras que Sam había dibujado la primavera pasada; quitan el forro a la lámpara convertida en crisálida. Y dos días más tarde Sam llama a la puerta: qué delgado está, qué mal se ha bronceado, cuán rápida y enfermizamente ha crecido.

Los niños, esquivando aquellos viejos armarios tan enormes que más bien parecen cabinas, se dirigen al cuarto de Vera en la que se percibe un ligero olor a cocina y a tabaco (como en toda la casa, por lo demás), contra el que no se puede luchar.

¿Sigue vivo el abuelo? pregunta Sam y se sienta a la mesa recubierta con papel secante. Vera, desde un banquito cercano a la ventana, echa una mirada rápida a la habitación: ¿está todo en orden? La cama con la manta de algodón, el lavamanos de pedal, los dos retratos colgados en la pared: Pushkin y la abuela.

—¡Qué bien que hayas vuelto! —le dice ella—. ¡Qué bien que ya haya llegado el otoño! También a Pushkin le gustaba el otoño.

Él pone los codos sobre la mesa, sus ojos se achinan y se oscurecen.

—Me examinaré en el Conservatorio —le dice—. Como alumno externo. Polina estuvo a punto de casarse.

Vera junta sus manos con asombro. En el relato de Sam, intenso y poco verosímil. Vera ve una orilla lejana, piedras blancas, palmeras de gruesos troncos, una barca roja y alargada y el nido ruidoso de gaviotas que alborotan en la roca. Vera oye la música nocturna de las estrechas callecitas que serpentean entre los hoteles de mármol y más allá, el silencio, donde acaban las casas miserables, sucias, desnudas como las paredes de la cárcel y comienza el escarpado campo italiano, cada vez más alto, más empinado y más frío, detrás de aquella curva hay que arroparse, y detrás de la que sigue, anudarse la bufanda alrededor del cuello. Un burro baja por el camino y viene a nuestro encuentro palpando con sus pezuñas el abrupto cascajo. Un campo

de olivos argentea por ambos lados del camino y un vino dorado, dorado — ¡de noventa y seis grados, palabra de honor de soldado!— se vierte en gruesos vasos. Los cipreses permanecen inmóviles en lo alto de la colina desde donde, ¿te acuerdas?, Hector Servadac, en la novela de Julio Verne, se lanzó en vuelo por los aires con un trozo de tierra.

Sam cambió de lugar las cosas que estaban encima de la mesa, rompió la punta de un lápiz, estuvo jugando con el despertador. Después recostó su pelirroja cabeza en la mesa, sobre el cuaderno de Vera y se quedó dormido. Solía sucederle. ¡Dios, lo que no le sucedía a él!

VI

El 31 de diciembre, por la noche. Vera se quedó sola: sus padres se habían ido a casa de unos amigos dejando la habitación en un desorden increíble: el vestido viejo de mamá atravesado sobre la cama con las mangas desparramadas, y encima, lanzada a todo vuelo, la chaqueta de su padre. Los zapatos altos de ella, que no estrenaría en su vida, se habían quedado tirados en la mitad de la habitación, y los zapatos de él —en el mismo frenesí— parecían estarlos pisando; todos los cajones del mueble del baño estaban abiertos (ella había estado buscando su abanico). Ya en el vestíbulo ella había continuado estirando sus largos guantes de cabritilla, luego se había echado encima del peinado alto su pañoleta de Orenburgo que era fina como el encaje, y sobre los hombros una estola de zorro un poco usada, pero aún elegante, y había salido corriendo sin dejar ni un momento de estirar sus guantes. Papá se había precipitado detrás de ella, con su gorro nuevo y el cuello de astracán levantado.

Al otro lado de la calle había invitados.

Vera adivinaba, detrás del tul que cubría las cortinas de la casa de los Adler, a Polina, a un huésped moreno con barba y a muchas otras personas que había conocido en casa de la familia Adler. Entre los huéspedes, por momentos, distinguía la sombra pequeña y rápida de Sam. En la entrada habla una larga hilera de trineos y varios coches. Los cocheros seguramente no oían nada de lo que ocurría arriba, ni el piano, ni las voces. Pero Vera sí lo oía, los sonidos le llegaban desde lo alto del piso del doctor Borman («no te hagas ilusiones, no es ni siquiera pariente de George»), caminaban, corrían, reían a carcajadas, rasgueaban la guitarra, lanzaban exclamaciones, cantaban... en una palabra, recibían el Año Nuevo entre amigos. Y no había por qué mirar el reloj o aguzar el oído para saber si en el comedor iban a dar las doce, aun sin ello estaba claro, primero porque las ventanas de enfrente se habían quedado vacías: los huéspedes de los Adler habían pasado al comedor (cuarenta cubiertos, seis camareros contratados para la ocasión); y luego, porque acababan de mover de lugar algo en casa de los Borman; de pronto hubo un minuto de silencio. Parpadearon los faroles de la calle, resplandecieron las estrellas. Y después, inmediatamente, se dejó sentir el estruendo de un trueno:

las sillas se movieron todas a una. A-a-a-a-a —gritó a coro una docena de voces.

El abuelo estaba acostado en la pieza contigua, preparándose para morir.

Hacía mes y medio que se preparaba para morir y mientras tanto la vida a su alrededor seguía su curso, imposible detenerla, ¿para qué? Pero ahora moría de verdad. Antes de acostarse. Vera pegó el oído en la puerta del abuelo.

—Yegoza, palomita mía —le oyó farfullar y entró en ese mismo momento porque así era como él la llamaba.

—Yegoza, palomita mía —era imposible entender nada más.

A Vera le pareció que le pedía de beber. Le acercó un vaso. Después tuvo la impresión de que le pedía que le levantara los pies.

Y en el piso de arriba continuaban haciendo ruido. Sonó una polka y se pusieron a bailar. Afortunadamente el abuelo estaba sordo.

Poco a poco, quejándose, deslizó su mano hacia el lado donde estaba Vera.

—Me deslumbra —alcanzó a comprender ella. La lámpara que tenía a sus espaldas estaba encendida y cubierta por una hoja de periódico. En la habitación reinaba un olor concentrado y penetrante a medicamentos, a una hierba (que por alguna razón guardaban en la mesita de noche), al gorro de piel que el abuelo en ocasiones se ponía cuando estaba en cama. Vera comenzó a tener sueño. Contó veinte gotas de un frasco cuya receta parecía la larga cola de un vestido, y con cuidado las vertió en la boca del abuelo. Él la miró sorprendido, como si no la hubiera visto en mucho tiempo.

—Yegoza, mi niña, ¿cuántos años tienes? —le preguntó sin quitarle la vista de encima.

—Doce, abuelo.

—Ah.

Cerró los ojos, suspiró. Suspiró también ella y de pronto vio que el abuelo se protegía de alguien con la mano y en su cara se dibujó el miedo, silencioso y perplejo.

No había sido más que un sueño momentáneo; Vera abrió los ojos.

—¿Qué te pasa, abuelo? —pero su respiración era débil y no le respondió.

«Con tal que no me quede dormida —rezaba—. No tardará en suceder. No hay nadie... —No tenía miedo—. Puedo llamar por teléfono, puedo subir a buscar al doctor Borman... Puedo despertar a Nastia... Pero no hace falta. Nada de eso hace falta».

Se le cerraron los ojos. Intentando que la puerta no rechinara, salió y subió un piso por la helada escalera. Se abrió la puerta. El alboroto y la música llegaron hasta ella. «El doctor, por favor» dijo, procurando distinguir desde la entrada (donde olía a pan recién horneado) qué estaba sucediendo en las habitaciones. Se acercaron hasta ella unas personas (entre las cuales estaba Sam), la tomaron de la mano y emprendieron la carrera por el pasillo. ¡Pero si estaba en la sala de los Adler, y aquéllos eran los huéspedes de Adler! Y de pronto algo le golpeó el corazón: él está aquí, él, el cantante con el rostro de terciopelo, con los ojos como dos estanques, con aquella voz que te hace... La primera vez lo había oído cantar el Herman, luego el Fausto. Él, por supuesto, no advierte su presencia. No importa. Llegará el día en que se dé cuenta y le diga: Ámeme, bella dama, lo he perdido todo, la vida, la voz... Y ella le responderá: Hace mucho tiempo que le amo, y le amaré siempre.

De nuevo abrió los ojos. El abuelo ahora tenía la boca entreabierta, y cada vez que expiraba el aire, el hilo de saliva que le pendía de su boca se hacía más largo. Vera lo limpió con la punta de la sábana. No, no subiría a buscar al doctor Borman, pero sí llamaría a la casa donde se encontraba su madre. Pero no puede levantarse. El abuelo la tiene fuertemente asida de la mano. Tiene la impresión de que más fuerte sería imposible.

—Léeme algo, Yegoza, madrecita —lo oye decirle.

Y ella, venciendo el sueño, en voz tan baja que se pierde y sólo a veces se distingue, le recita el Padre Nuestro y nota que duerme, hace mucho que duerme, duerme profundamente...

Después nunca le dijeron en qué momento el abuelo había dejado de oír y de respirar, mientras ella había estado sentada a su lado o después de que se la llevaron a dormir y su madre se quedó a solas con el abuelo, sin haberse quitado siquiera su vestido plateado de encaje. Por la mañana Nastia entró en el cuarto de Vera, la besó en la cabeza y le dijo:

—El abuelo ha fallecido.

Ella se levantó de un salto. Pensaba que sería como en el cuento alemán: alguien irrumpiría en la casa, detendría todos los relojes, apagaría todas las estufas, prohibiría la respiración... Pero no ocurrió nada semejante. El sol caía vertical sobre la ventana, del alféizar chorreaba agua en la habitación. Era la mañana, una mañana de enero y en casa reinaba el mismo silencio que reina en la iglesia cuando aún es temprano, y el sacerdote aún está ataviándose junto al altar.

VII

Y a para el año siguiente, el primer año de la guerra. Vera había aprendido a mirar con absoluta indiferencia al cantante de rostro de terciopelo que frecuentaba la casa de los Adler. Comía mucho, bebía más, llevaba un portafolios completamente cubierto de monogramas y de motivos decorativos y se colgaba muchos dijes, uno de los cuales tenía una inscripción; pero ella era incapaz de volver a enamorarse de él y de todos sus adornos. Ahora quien le interesaba de verdad era Polina.

Con ella podía no sentirse avergonzada, y entrar en la habitación y quedarse inmóvil al lado de la puerta tomando aliento de vez en cuando y mirar cómo alrededor de aquella chiquilla delgadita que invariablemente iba vestida de rosa, había algo que fulguraba, resplandecía y oscilaba, como la belleza misma.

—Vete, me incomodas.

Vera se ruboriza, se sonroja, con las mejillas encendidas se queda inmóvil en una posición poco natural: las puntas de los zapatos hacia adentro, el cuello metido entre los hombros, los brazos como dos leños separados del cuerpo.

—Vete, me incomodas.

Polina se está cortando las uñas y no levanta la cabeza.

Pero Vera se separa de la pared y da unos cuantos pasos. (Se ve como Polina levanta una ceja). —Un momentito— dice Vera y toma de la mesa la larga uña nacarada que Polina se acaba de cortar y la mide con las suyas, igual que se mide uno un anillo.

—Vete, me incomodas —repite Polina por tercera vez y Vera, con el mismo cuidado con el que había entrado, sale.

Después también eso queda atrás. Es necesario hacer a un lado las historias del corazón. Sam y Vera llegan a la conclusión, simple y llanamente, de que no les queda tiempo para las cuestiones emocionales.

Catorce años. Quince años. Pasa la época en la que, echados frente a la chimenea del cuarto de trabajo de Boris Isáievich, recostados sobre la cabeza de la piel de oso que sirve de alfombra y mirando el fuego, con aire de auténticos soñadores, sostenían que indiscutiblemente el mundo era un espejo,

que el universo se reflejaba en otro universo y en algún lugar, a una distancia de billones de años luz, seguramente debía existir un niño como él y una niña como ella y que, como ellos, eran amigos y que estaban en ese mismo momento en una penumbra igual a la que les rodeaba... Es imposible que el hombre haya sido creado solo, sin su reflejo... Pero esta época también pasa. Ahora, con la cara encendida, los ojos resplandecientes, más alta, más delgada, inexplicablemente menos bonita. Vera se sienta en el extremo del diván en el cuarto de estudio (el lugar del pupitre lo ocupa ahora un escritorio que resulta inútil dado que Sam nunca escribe nada), mientras Sam se sienta apoyando la barbilla en el respaldo de la silla.

—Países extranjeros. Tú has visto países extranjeros. ¿Y qué? ¿La gente es la misma en todos lados? ¿En todos lados hay suciedad, mentira, bandolerismo?

—Por supuesto. Y vulgaridad.

Quince años. Dieciséis años. Leían el periódico. Todo, desde los anuncios del tipo de «viuda de espléndida figura...» hasta «se batieron en retirada a las posiciones preparadas de antemano». Se enteraban de todo. Y con la misma curiosidad desenfrenada se adentraban ahora en los libros, los autorizados y los prohibidos. El hemisferio oriental seguía suspendido encima del diván, y Rusia, la Rusia de los costados en declive, estaba coloreada de verde, pero aquello era un engaño, porque no existía ninguna Rusia verde.

Y el hecho de que un gran escritor ruso hubiera sido sometido a trabajos forzados, y que en la fortaleza de San Pedro y San Pablo murieran y se pudrieran los más valientes y los más fuertes (cosa que venía sucediendo desde hacía noventa años), que hubieran enterrado a Tolstói sin una cruz, y que «el ungido de Dios» que hablaba de sí mismo como de «nosotros» tuviera una cara tan poco inteligente, tan indolente y tan familiar, todo aquello los perturbaba, y en todo, en los cuchicheos de la servidumbre, en las peroratas de los huéspedes que los Adler recibían, en las discusiones violentas que oían fuera de casa, en todo aquello buscaban la respuesta a las sospechas que tenían en relación con aquel país salvaje y misterioso que estaba en ebullición, que vacilaba bajo sus pies intentando escaparse del sueño verde de las aldeas, de las ciudades unidas por un cinturón negro, en donde aullaba, bramaba cada vez con mayor fuerza la pobreza, la ignorancia, la bestialidad absurda, la mortandad infantil y una tea humeante.

Sam miraba a su alrededor con los ojos entornados. Como siempre, seguía inventando historias de todo tipo, no se acordaba de nada; algunas veces decía agudezas con justeza, como si fuera un hombre viejo. A los quince años,

delgado y pelirrojo, era ya un músico formado y le habían profetizado una gloria embriagadora. Sus desmayos desaparecieron poco a poco, sus lágrimas también. Seguía luchando contra la somnolencia. Con una especie de sonrisa y un brillo sin sentido en los ojos, robaba pañuelos y guantes de los bolsos y de los bolsillos de las amigas de Polina, los llevaba rápidamente a su habitación y los escondía debajo del colchón y cuando salía a la calle por las mañanas los arrojaba, siempre desde el mismo puente al Moika, siempre con los mismos rápidos movimientos de asco. Ahora podía salir solo, aunque en casa continuaran temiendo por él; se rodeó de ciertos compañeros, jóvenes músicos, entre los cuales gozaba de la fama de tener un enorme talento, pero de ser excesivamente vanidoso y seguro de sí mismo.

Aquella primavera, cuando sobrevino la revolución y Vera cumplió dieciséis años, se habían aficionado a dar un paseo a pie por las tardes; iban desde el puente Litieni hasta la maderera Gromóvskaia, mientras todavía había luz, es decir hasta la medianoche. Después del pasaje Voskresenski, el malecón quedaba desierto y silencioso; había algunas patrullas que no se sabía bien qué cuidaban, si el Palacio, de Táuride o el Smolni. En el camino de regreso, ya de noche, al pasar junto a los restos del tribunal, todavía se sentía el olor a cola quemada. No había forma de que el cielo se apagara o de que ellos pudieran separarse, hablar hasta la saciedad, despedirse. «Tú y yo», «yo y tú» es lo que escuchaban los transeúntes. Ella seguía siendo un poco más alta que él, sus faldas se habían alargado considerablemente, pero su trenza continuaba sin ser recogida en un peinado. Sam sabía que una buena mitad de la vida de Vera transcurría en otro lado, lejos de él: el colegio, que terminaría dentro de poco, los profesores, sus amigas (una cierta Shurka Ventsova, descarada y de busto prominente, que sacaba el humo del cigarrillo por la nariz, y la nerviosa Shleifer, de ojos negros; a las dos las había conocido en cierta ocasión en casa de Vera y se había aburrido mucho en su compañía) e incluso el futuro de Vera. Sam no estaba al tanto de todo, ni aspiraba a estarlo. En él mismo había muchas cosas a las que Vera jamás se refería, y en particular a la telaraña doméstica acerca de la cual no quería hablar con ella. Y si a ambos les hubieran preguntado qué era lo que les unía, por qué no podían vivir ni un solo día sin verse o sin llamarse por teléfono, habrían contestado que los unía el amor, pero no ese amor extraordinario, con un regusto a España o a Escocia, no ése, no, sino éste, un amor común y corriente que para él, por su intensidad, «superaba al que sentía por Polina» y para ella era «como el que sentía por su padre».

—¿Cómo? ¿No me amas más que a él? —exclamó su padre al oír esta confesión, al tiempo que con sus dedos secos y fuertes le apretaba con demasiada fuerza el brazo a la altura del hombro—. Ven, ven aquí. Entonces, ¿es verdad?

Sus ojos brillaban, sus dientes también; la barba y el bigote se los recortaba —le crecían de la misma forma que al abuelo— a la tártara, haciendo que su negrura enmarcara la boca y el mentón.

—Pero si él, cuando crezca, se casará con alguna judía o con su violín y tú irás detrás de algún polizón, un príncipe de sangre azul; de este amor no quedarán más que cenizas, sólo cenizas. ¿Has pensado en ello?

Parecía que no bromeaba, parecía que todo aquello lo decía en serio.

Y tú y yo... Pero no, esto lo sentirás dentro de unos veinte años, cuando comiences a envejecer, cuando tus hijos en el momento de mi muerte organicen una vivisección conmigo, como tú hiciste con el abuelo. La ligazón del tiempo... ¿Has leído *Hamlet*?

Ella asintió en silencio. Sentía miedo, angustia. Era parecida a su madre, aunque los rasgos de su cara no recordaran a ninguno de sus padres pero ¿qué había en ella detrás de todo esto? Por primera vez sintió que también corría en ella la sangre de su padre y no sólo la alegre y pura sangre de su madre, y se asustó.

Apoyó su cara contra la chaqueta y durante mucho tiempo no quiso apartarse. Un botón le miraba directamente al ojo.

VIII

Shurka Ventsova era huérfana de madre y su padre era sacerdote; los compañeros de su hermano, desde los catorce años la manoseaban en los rincones oscuros y fueron ellos quienes le enseñaron a echar el humo por la nariz. En todas las clases hay chicas así, dos o tres años mayores que las demás, que desde el tercer curso se hacían peinados y exhibían los pechos, se pintaban las uñas y eran unas grandes desvergonzadas. Shurka se diferenciaba de estas repetidoras de año en que era candidata a la medalla de oro, siempre lo sabía todo y se distinguía especialmente en trigonometría. Todo cuanto oía y leía se grababa con tanta claridad en su cabeza, que cuando explicaba algo a alguien durante el recreo (física, latín), la comprendían mejor que al profesor. Además de los libros de texto, Shurka leía novelas de amor y soñaba con escribir algún día novelas rosas.

—¿Tú también sientes a veces un desasosiego sin motivo alguno? —le preguntaba a Vera, relajada después de haber bebido una copa de oporto, mientras contemplaba con sus hermosos ojos redondos aquellos brazos torneados de adulta—. Así, simplemente, sin ningún motivo. Algo así como un deseo... Como ganas de llorar...

—No, no lo siento —contestaba Vera sin entender qué era lo que le preguntaba.

En el colegio, Shurka se sentaba detrás de Vera. Junto a Vera se sentaba Shleifer. Las tres habían entrado el mismo año y se habían sentado juntas desde el principio; desde el principio se habían apoyado y habían continuado apoyándose mutuamente tal y como lo hicieran desde ese primer día.

Su primera conversación había sido acerca de Dios. Shleifer sabía con toda seguridad que no existía ningún Dios. Tenía un tío que había escapado del destierro y que ahora vivía en Londres, casi ciego. Durante toda su vida había escrito y sostenido que Dios no existía. Era marxista. Shleifer también era marxista. Se excitaba tanto cuando hablaba de esto, que al final comenzaba a tartamudear violentamente, sus delgados dedos manchados de tinta apretujaban todo lo que estaba a su alcance y sus ojos miopes y saltones, profundamente negros, tan negros como las cerezas más negras, parecían cubiertos por un cristal de alegría, se agitaban y se oscurecían aún más.

—Si existiera Dios, una clase social no oprimiría a otra —dijo con un temblor en la voz y calló.

A Shurka le gustó mucho la manera en que dijo con toda autoridad;

—Dios, naturalmente, existe. ¿Cómo podríamos vivir sin Dios? Todos comenzarían a robar y a matar. ¿Qué se lo impediría, si no? Dios existe, por supuesto.

—Y... ¿por qué —preguntó Vera—, puesto que yo lo he observado, cuando uno le pide algo desagradable, por ejemplo: Dios, haz que esta persona se sienta mal, por qué Dios también lo cumple?

Shurka miró a Vera con horror.

—¿Tú has pedido algo malo? ¿Y Él lo ha cumplido?

—Sí, una vez me pasó. Y me sorprendió mucho.

Shleifer le pidió que contara algo más sobre aquella ocasión, pero Vera no quiso, y entonces se pusieron a hablar de otra cosa.

Esa amistad, surgida en la escuela, en la escuela se quedaba; en casa cada una seguía sus costumbres; Shurka iba al cine, bailaba los sábados al son del gramófono, los domingos iba a la iglesia, y después del desayuno iba a Óbujovo a visitar a su madrina. Shleifer vivía en casa de su hermano casado, un dentista que tenía sus propios hijos, y ella no tenía en donde recibir a sus amigas. Para Vera el domingo era el día de Sam. El intento que había hecho de que Sam se llevara bien con sus amigas no había tenido ningún éxito: la que peor lo había pasado era la propia Vera: había sentido miedo por los tres. Temía que Shurka dijera alguna imprudencia a propósito del gramófono, que Shleifer le echara a Sam un discurso, que Sam saliera con alguna de sus historias fantásticas. Pero sólo había sido tremendamente aburrido.

—¿Está enfermo? ¿Raquítico, puede ser? —preguntó Shurka—. ¿Te besas con él?

—¡Estás loca! ¡Soy once meses mayor que él!

—¡Qué increíblemente tonta eres! —se sorprendió Shurka y con ternura le dio una palmada a Vera en la mejilla.

Unos cuantos días más tarde Shleifer anunció a Vera que Boris Isáievich era un charlatán insoportable y que sus amigos «cadets» se reían de él; que no vivía con su mujer sino con la mujer de otro abogado y otras muchas cosas por el estilo. Pero Vera se lo perdonaba todo a Shleifer y nunca más volvió a mencionar a Sam. En esta vida, de alegría, de trabajo, en esta vida maravillosa él era para ella, por supuesto, lo más maravilloso y al mismo tiempo —lo había entendido el día mismo en que lo conoció— algo intraducible a ninguna lengua. Y cuando alguien quería insinuarle que había sido ella quien lo había

moldeado de ese modo para sí misma, respondía (porque ahora era mayor y había tenido tiempo de pensar en todo):

—¡Y qué! Lo hice tal y como él es. Y eso sólo quiere decir que él se ha vuelto hacia mí como un girasol que se vuelve hacia el lado que más necesita.

Y eso resultaba particularmente conmovedor si se pensaba en la fisonomía pelirroja y llena de pecas de Sam.

—¿Que te parece que pueda uno imaginarse como lo más maravilloso en este mundo? —le preguntó él cuando estaban ambos sentados en la terraza de su dacha en Qkulovka (corría el verano del año dieciocho. Polina y su madre se habían instalado cerca de Petersburgo, en una pensión cara y espantosa, Boris Isáievich estaba, por alguna razón, en Moscú)—. ¿Puedes decirme qué es lo más maravilloso que hay en el mundo, cuál es el mayor bienestar? —le preguntó él, meciéndose en una silla y oliendo alguna florecita: primero los pétalos, luego el tallo y luego sus propios dedos que habían estado frotando la planta.

—Sin duda, el paraíso —suspiró ella.

—Digamos que sí. Entonces piensa, pero te pido que lo hagas sin ningún ardid de la imaginación...

—Tú mismo eres un ardid de la imaginación.

—... Imagínate que te encuentras en el colmo de la felicidad. El tiempo no existe, como para los peces dentro del acuario. Sólo el éxtasis eterno. Te has encontrado con todas las personas que querías conocer, has sentido a Dios. Pero de cualquier forma hay algo que no tienes y que no puedes tener: objetos. Allí no los hay, no puede haberlos, y ¿cómo vivir sin ellos? Imagínate: ni violín, ni tu vestido preferido, ni siquiera te podrás llevar contigo la calcomanía que más te gustaba en la infancia. Pero... si lo que más me gusta son los objetos, ¡qué triste me será vivir allá! Dios mío, qué triste...

Aquel verano (el último verano). Sam llegó para pasar dos semanas. La primera noche, cuando el perro silencioso pero decidido se lanzó a sus pies, y Vera estaba en el porche con un candelero de cobre en la mano mirando la llama abultada por el viento, él comentó que en casa «poco le había faltado para volverse loco» de soledad y desorden, y que no había podido ir a ver a su madre porque... bueno, en una palabra, le había prometido a su padre que no lo haría y punto.

Sam cenó con avidez. La luna brillaba en la ventana. En la esquina de la habitación se encontraba el piano de cola, irremediablemente desafinado; la luna estaba en el espejo, en el suelo y, en su tercera encarnación, también en el candelero abandonado. Salieron al jardín. El estanque emitía reflejos

plateados, un pájaro nocturno se desgañitaba. Pero Sam pidió que lo condujeran hasta su habitación, y Vera en ese mismo momento ocultó para él la noche de julio y le mostró en donde podía lavarse, en donde acomodar sus cosas, dónde acostarse.

Le dieron dinero para que pudiera volver: todo se desplomaba, y junto con Rusia se desplomaba también el barniz y el brillo de la vida de los Adler.

«Pronto nos iremos al Sur, al extranjero —le escribía a Vera desde Petersburgo—. Hace unos días me desmayé (ya sabes que no me había pasado desde hace dos años). Ven, por favor, ven pronto. Durante el verano la hierba creció entre los adoquines e, imagínate, el conserje consiguió una cabra para que pastara...».

IX

Todo el barniz, todo el brillo de la vida de los Adler empacado en largas cajas, abandonaba Petersburgo. Boris Isáievich volvió de Moscú y aceleró la partida. Era un día gris del otoño petersburgués, según el calendario del nuevo estilo: uno se confundía todavía con el viejo y seguramente hubo quien afirmara que todavía corría el mes de septiembre.

En su devastada habitación color de rosa, donde sobre el papel de la pared habían quedado impresas las tristes y lastimeras huellas de las fotografías descolgadas, donde ya no quedaban ni los rastros de la elegante cama con encajes, Polina abría los cajones de su tocador y, secándose las lágrimas o empolvándose, le regalaba a Vera sus frascos medio vacíos y unas cajitas que no se sabía bien para qué servían.

—También mis perfumes —decía con voz triste y arrastrando las palabras—. Dame la mano. ¿Verdad que huele bien?

Vera se acercaba la mano a la nariz y sentía el aroma confuso de toda una mezcla de olores.

—Y mi unguento —y ponía debajo de la nariz de Vera una pequeña cajita de porcelana.

Pero a Vera no le dolía nada y definitivamente no sabía lo que iba a hacer con aquel unguento.

—Y los polvos —y Polina de pronto empolvó la nariz de Vera con una borla de plumas de cisne.

Vera tomó la mano de Polina y estrechó sus finos dedos cubiertos de polvos contra su ardiente mejilla.

Se marchaban. Polina, de la cual en una época no había podido despegar la vista de tanto que la admiraba, no estaría más aquí, y ya no habría ningún «aquí» porque la vida se había desvertebrado.

—Ya tienes edad de empolvarte. Ya tienes edad de ponerte un corsé —le decía Polina— y de probar algún peinado. Ah, cuando nos volvamos a ver tú ya serás mayor.

—No sigas, Polina.

—A tu edad yo ya tenía cintura, mientras que tú, mira, tienes las piernas de un suboficial.

Vera soltó la mano de Polina y se sentó sobre el polvoriento sillón de raso. —Me da igual —dijo distraída—. Quiero que vuelvan a colgar las cortinas, que vuelvan a poner todos los adornos en su lugar. Para broma ya es suficiente.

Apoyó los codos sobre las rodillas y ocultó el rostro entre las manos.

—Pronto no habrá nada de comer aquí —sentenció Polina con la voz de su madre.

En el corredor, en las habitaciones vecinas, la gente iba y venía, empaquetaban los últimos objetos, revisaban los armarios y las cómodas, hablaban de llaves, de billetes, de cocheros. La noche comenzaba a caer. La ventana anunciaba lluvia.

Aquí, antes, gracias a todas las cortinas ahora arrancadas, a los retratos, a los cojines, no había quien se preocupara del tiempo ni de la luz: desde el mediodía, en invierno, se encendía la lamparita de pantalla de abalorios color violeta; en verano reinaba la penumbra. Con cuánta frecuencia recibían a los amigos —los amigos de Polina— a los jóvenes y a las muchachas que no se percataban de la existencia de Vera y que se burlaban de Sam llamándolo «futuro Kreisler». Y cuando Vera cayó aquí por casualidad, entre las mesitas repletas de vinos y de flores, ella misma se había sentido como un elefantito.

Se asomaba desde la pequeña habitación vecina, en donde ahora todo el mobiliario verde pálido había sido arrinconado para dejar paso a los objetos extraídos de las entrañas de la casa de los Adler, objetos ahora olvidados pero que habían sido de utilidad: el estuche del violín de cuando Sam era pequeño, el sable de cuando Boris Isáievich era estudiante, una especie de inmensos platos con alambres, los viejos sombreros. Aquí en el terrario seco de Sam, que antaño había albergado tortugas, habían colocado los viejos juguetes destinados a ser destruidos, una caja de cartón ligeramente torcida que contenía los adornos de Navidad e incluso —¿de dónde y cómo logró sobrevivir?— la muñeca de cuerda de Polina con su vestido de principios de siglo, la que levanta sus bracitos extendidos, la de carita mofletuda.

En el comedor, sobre la mesa puesta, estaban los restos de la comida, la ventana que daba al patio estaba abierta, un trozo de mantequilla envuelto en un papel se balanceaba suspendido de la ventana; los cofres y las canastas, amontonados en la mitad de la habitación, estorbaban el paso de todos, y todos, para no tropezar contra alguna caja, acababan golpeándose contra la lámpara de bronce que no habían logrado colgar más alto.

Desde su despacho, Boris Isáievich, con el abrigo puesto, miraba el patio. Acababa de quitar de la puerta principal la placa de bronce en donde estaba

escrito su apellido. Vera había recogido los tornillos en la mano. Ambos guardaban silencio.

La cocinera —todo lo que quedaba de la servidumbre de los Adler— y un desertor ancho de hombros, compadre y novio suyo, apretujaban en la consola un montón de cojines. Vera entró en el antiguo cuarto de estudio, que tampoco existía ya: el escritorio, los libros, todo había sido llevado a otro lado y sólo quedaba el viejo sillón verde, el de siempre.

Vera tomó un lápiz que encontró en el alféizar de la ventana, se encaramó en una silla junto a la puerta y justo debajo del techo, sobre el rugoso papel de la pared de color azul, escribió: «En esta habitación Sam y Vera cultivaron su amistad. 1912-1918. Infancia petersburguesa. Adiós a todos...».

—Bueno, adiós, Verka, ha llegado el momento de ir a la estación —dijo Sam al entrar.

Sin embargo se sentó a su lado y ambos guardaron silencio a lo largo de un minuto.

—Se estaba bien aquí —dijo Sam mirándola de reojo—. ¿Te acuerdas lo bien que llegamos a estar aquí?

—Sí, Sam.

—Tal vez jamás volvamos a sentirnos tan bien.

—¡Qué dices! Eso es imposible.

—Pero y si... Piénsalo: ¿y si nunca, nunca más en esta vida volvemos a sentirnos tan maravillosamente bien?

—No será igual, pero será diferente.

Él la tomó de la mano.

—¿No me olvidarás? —dijo de repente en voz muy baja.

—No, Sam.

—¿Ni dentro de diez años?

—Ni dentro de diez años.

—¿Ni dentro de cien?

Ella lo abrazó por el cuello y lo miró a la cara durante un buen rato. ¡Qué pálido era, qué delgado y qué cercano y qué querido!

—Ni dentro de cien.

Él acarició sus dedos.

—Y si no nos volvemos a ver nunca más, entonces, ¿qué pasará?

—Cállate, Sam, eso es absolutamente imposible.

—Todo es posible. Vera.

Le tomó la mano y la llevó hasta su rostro.

—Adiós, Verka, adiós, adiós... No, nada puede haber más límpido ni mejor de lo que hemos vivido.

—No digas esas cosas.

—Entiéndelo, lo que hemos vivido tú y yo ha sido algo absolutamente maravilloso.

Vera sintió que estaba a punto de echarse a llorar. Sam apretó su mejilla contra la de ella.

—Entiéndelo, todo se acabó. Entiéndelo, jamás se repetirá lo que hemos vivido. Entiéndelo, Vera: ahora comienza la vida.

—Sí, sí.

Abrazó la cabeza de Vera y besó sus lágrimas.

—Y nadie sabe lo que sucederá con nosotros. Hay que irse... No llores, por favor. Me hubiera gustado estar a tu lado toda la vida.

—Y a mí también, toda la vida, Sam.

—Y nadie más nos haría falta, ¿verdad?

—Por supuesto, nadie más.

—Nadie en el mundo entero. ¡Ah, Verka, mi pececillo dorado! Adiós, Verka.

Ella lloraba, se apretaba contra él y estrujaba su mano entre las suyas.

—Qué bien que hayamos vivido todo esto —decía él—. Así tenemos algo más que llevarnos además de los candelabros y los platos. Y ahora tú sabes, y yo sé, lo que es la amistad.

—Sí, Sam.

—Y no le diremos nada de todo esto a nadie. Que la gente piense que no es posible, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Y nosotros nos reiremos de ellos dentro de diez años, y también dentro de cien. Y nos sentiremos felices.

—¡De haber vivido lo que hemos vivido!

—De haber vivido lo que hemos vivido...

Verka —de pronto la abrazó con todas sus fuerzas. El dolor le nubló la vista y sintió que él también lloraba.

—¡Sam! —gritó Polina—. ¡Ya es hora!

—¿Estás llorando, Sam?

—No, no estoy llorando.

—Claro que estás llorando. Hemos llorado juntos.

Vera se separó de él.

—¿Me podrías dar un mechón de tu trenza? —le preguntó él.

—Eso resulta sentimental.

—¿Sabes qué?, bendíceme.

Ella se sonrojó.

—Yo... ya lo sabes... no soy demasiado creyente... —dijo con cierta incomodidad, pero lo bendijo justo sobre el puente de la nariz.

—Que Dios te guarde, que Dios te ayude. Señor, si existes, haz que nos volvamos a ver algún día.

Y de nuevo se precipitó hacia él.

—Sam, ¿dónde estás? —lo llamaron desde lejos.

Vera se levantó.

—Acuérdate siempre de lo que dijiste: ni dentro de diez, ni dentro de cien años...

—Sí, sí.

—Y si llego a verte estando Dios sabe como, inválido, sarnoso...

—Llegarás a ser un gran músico.

—... pobre, sin nariz...

—¡Qué tonto eres!

—¿Me lo juras?

—Lo juro. ¿Y si fuera yo?

—Tú... Espera, Verka, no te vayas. Tú... sé prudente, sé... cómo decirlo... Dios mío, lo mejor sería llevarte conmigo.

Ella le puso las manos sobre los hombros, él la tomó por los codos.

—Adiós —dijo Sam y la besó—. ¿Porqué no te besé nunca antes? ¿Me amas?

—Sí.

—¡Ah, qué bien me sentía a tu lado!

Ella lo llevó hasta el vestíbulo. La puerta que daba a la escalera estaba abierta: estaban sacando las cosas.

Abajo esperaban tres cocheros con las capotas levantadas: la lluvia azotaba las grupas de los caballos, los hules de las carrozas. Vera no vio en donde se sentaba cada uno, temblaba como presa de la fiebre y en un instante su ropa quedó empapada. Las primeras ruedas se pusieron en marcha.

—Vida mía, adiós. Acuérdate de mí —leyó en la cara de Sam.

—Adiós, y si ha de ser para siempre, pues que sea —respondió ella con voz apenas audible.

Tras las ruedas del primer carruaje, las segundas y luego las terceras se pusieron en movimiento, bajo el aguacero torrencial, rumbo a la estación de Nikoláiev. Oh, cómo giraban aquellas ruedas, cómo saltaba la carrocería,

cómo se balanceaban los capotes negros que resplandecían con un brillo luctuoso.

SEGUNDA PARTE

I

Vera se repuso. Frente a ella estaba la chimenea vacía, hacia donde dirigía su mirada, sentada en mitad de aquella sala, en la que antaño había vivido un magnate francés del siglo XVIII. Era como en una romanza cruel: sobre la pantalla negra de aquella chimenea se proyectaba la película de esa infancia de la que no podía decir ni una palabra a nadie. Las lágrimas se secaron sobre su rostro que ahora parecía de madera.

—¡Por fin! —exclamó Liudmila cuando Vera entró en la cocina—. ¿En dónde se había metido? Durante su ausencia, aquí ha habido de todo: lágrimas, gritos, caprichos...

Sus ojos rápidos y penetrantes recorrieron el rostro de Vera. Y ésta, en respuesta, la miró larga y atentamente, como nunca antes lo había hecho.

Un rostro cansado y fruncido, unos ojos negros. Una boca ya triste para siempre a fuerza de tantas lágrimas. Esta mujer delgada y morena, hacía mucho tiempo —una eternidad— que había cumplido los cuarenta años. «¡Qué hacer!» —pensó Vera. Tal vez antes, en algún otro lugar, habría podido pasar por una mujer hermosa, no era su culpa que en París, en los años veinte, ya no estuvieran de moda los rostros como el suyo: con un tenue bigote, las cejas juntas, la mirada ardiente, la nariz ligeramente abultada. Ahora estaba de moda la nariz chata, la boca grande, la cara redonda. «¡Qué hacer...!».

—Es sorprendente hasta qué punto han perdido valor en nuestros días las lágrimas de una mujer... No valen más que las barbas de una ballena o la pluma de un avestruz. Es un tipo de mercancía que nadie necesita ya —había dicho la propia Liudmila en alguna ocasión.

—¿De dónde ha sacado usted eso? —le había preguntado entonces pensativo Alexandr Albértovich—. ¡Qué tontería!

Pero Liudmila se mantenía con gran firmeza en sus trece. Tres años atrás la había abandonado su marido después de haber vivido con ella dieciocho años. Cuando la conversación versaba sobre su marido, por alguna razón desconocida, siempre era a él a quien se compadecía.

—¿Por dónde andaba? —preguntó de nuevo—. A veces, cuando anda usted deambulando Dios sabe por dónde, tengo la impresión de que no

volverá.

Vera sonrió ampliamente.

—Si un día yo no volviera, usted deberá casarse lo más rápidamente posible y sin que nada la detenga, con Alexandr Albértovich. Pero... yo siempre volveré.

Los ojos de Liudmila adquirieron un brillo inusual.

—¡Cómo no le da vergüenza! Cómo no le da vergüenza asustarme de esa manera. Aunque tenga que pedir ayuda a la policía, la traeré de regreso a casa.

—Le estoy diciendo que no pienso irme a ningún lado —sonrió Vera nuevamente—. También aquí me siento bien.

—No es verdad.

Vera se sentó junto a la puerta.

—Se me ha muerto un amigo de la infancia —dijo ella, bajando la vista—. Se suicidó.

Liudmila guardaba silencio.

—No lo había visto desde Petersburgo, éramos muy amigos. Pensó en mí. Silencio. «Debo contárselo en breve, si no, no tendrá tiempo».

—Era violinista. Llegó a París desde América.

—¡Vera! —gritó Alexandr Albértovich desde el dormitorio.

—¿Se colgó? —preguntó Liudmila ávida.

—No, se pegó un tiro.

—Vera —de nuevo gritó Alexandr Albértovich y ella dio un salto—. ¿Qué pasa, Dios mío? ¿Qué pasa? ¿Por qué no vienes? ¿Dónde estás? ¿Dónde estabas? ¿Con quién? ¿Estabas dando un paseo? No me dijiste nada. Me abandonaste... Me desperté y no estabas, eran más de las once. Liudmila decía que no sabía nada. He tosido mucho. Mira —y le extendió a Vera una palangana pequeña con las flemas.

Ella miró la palangana y luego lo miró a él.

—Por favor, no se preocupe usted, querido —y, tomándolo por los hombros, lo obligó a volverse a la cama—. No pasa nada.

Pero no podía mantener aquello en silencio.

—Ha ocurrido una desgracia, pero no se asuste, no es nada relacionado con usted, solamente conmigo. ¿Recuerda que en alguna ocasión le hablé de Adler?

—Sí, sí, de Adler. Ahora me hablarás de él. Pero yo estoy muy enfermo. He tosido. Y rompí el termómetro, se me cayó.

Ella envió a Liudmila a la farmacia a comprar otro termómetro, ayudó a Alexandr Albértovich a lavarse y arregló la cama. Luego trajo de la cocina el

caldo y la avena. La palangana de porcelana la sacó ella misma. Él no dejaba que Liudmila se le acercara.

Alexandr Albértovich tenía treinta años. Sus ojos eran muy grandes pero estaban completamente privados de vida, parecían los ojos de alguien que hubiera nacido ciego, no parecía posible que pudiera ver con aquellos ojos. Daba la impresión de oír con los ojos. Sobre su rostro alargado y fino aquellos ojos daban la impresión de ser dos manchas claras que, en su inmensidad y transparencia contenían algo femenino y, al mismo tiempo, mórbido. Él era tan delgado como un espectro y tan bello como aquellos hijos enfermos, y seguramente locos, del rey Eduardo que están representados entre encajes y terciopelos en el célebre cuadro de Delaroche. Después de tomar el caldo y la avena tosió y escupió sangre. Vera lo cubrió bien y abrió la ventana.

—Mis pobres pies —farfulló él quedándose dormido. Ella le llevó una bolsa de agua caliente.

Y entonces comenzaron a transcurrir las horas, las horas de su vida. Eran muchas aquellas horas. Liudmila se iba después de haber sacado brillo al grifo de la cocina. Afuera podía ser mayo o diciembre, daba igual, porque a Vera le gustaba todo, ésa era la decisión que había tomado una vez y para siempre. ¿Y acaso importaba qué tiempo hiciera afuera y quién estuviera dentro, a su lado, y qué cosa le esperara detrás de aquella hoja del calendario, si de todas formas ella lo amaba todo y a todos?

«Lo entiendes todo». «A todos les caes bien». «Siempre estás contenta con todo». Le decían. «Tengo que seguir, tengo que seguir (cuando se despertaba por la noche se lo repetía a sí misma llena de miedo), debo seguir adelante con este amor criminal e inflexible por la vida, no tengo nada más, sólo el amor por la vida no me abandonará, no me traicionará, morirá conmigo...». Y el tiempo se balanceaba detrás de las ventanas de aquella casa, semejante a una ola de fondo.

«Y detrás de la ventana de la floristería las plantas prometían una vida tan inmensa y tan dichosa...».

¿De dónde venía aquello?

Había sido ella quien lo había inventado todo el día en que había estado de pie frente al cadáver de Sam. Hacía un año de eso, no más. Se acordaba de Polina que había llegado (sola, sin su marido, sin los niños), se acordaba de cómo habían ido juntas al hospital para enfermos nerviosos con el fin de preparar un poco a la señora Adler. Al entierro había asistido poca gente. Al parecer había sido en primavera. No ésta, la otra, la pasada. Y ahora era diciembre.

Entonces había sido hace un año y medio.

Liudmila enjuaga la ropa blanca; Alexandr Albértovich mira con sus ojos enormes e inundados de lágrimas; Vera está en mitad de la habitación con la palangana de porcelana entre las manos.

II

Vera intentaba acordarse con precisión del momento en que por primera vez había deseado que él muriera. Recordaba su vida con Alexandr Albértovich, los tres años. Ponía a prueba su memoria. El año pasado, cuando todo era igual que ahora, ella ya albergaba ese deseo; y también el año precedente, cuando él todavía se levantaba de vez en cuando y de vez en cuando daba unos cuantos pasos; y lo mismo un año antes, el año de Davos, un sitio que él no había tolerado, que no le gustó y del cual huyó. Seguramente, ese deseo se había gestado entre la primera y la segunda pleuresía, un mes después de haber llegado de Rusia. Sí, fue entonces cuando ella sintió que anhelaba su muerte. No, quizá fue incluso antes, antes de la partida, cuando él todavía gozaba de buena salud. Hurgó entonces en los últimos meses petersburgueses. No, jamás estuvo sano. Y en ese momento recordó cómo se casaron en la iglesia y también en ese momento prefirió dejar de recordar, de pensar, de remover su vida.

Ahora dormita casi todo el día, y ya son pocas las cosas que necesita. El médico viene cada vez con menos frecuencia. Liudmila exige que Vera contrate a una enfermera para que la ayude, pero la gente extraña incomoda a Vera.

—A la única persona que tolero en estos momentos es a usted —le responde a Liudmila—, y sólo porque se marcha a tiempo.

—¿Pero no tiene miedo? —pregunta ésta, más oscura y angulosa al cabo de los años—. Siempre espero que la embargue el miedo para empaquetar mis cosas y mudarme para acá.

—Por lo pronto no hace falta —responde Vera mirando a través de la ventana: siempre está completamente abierta, de día y de noche. En el patio... debería ser invierno. Pero no hay invierno.

—Una primavera falsa —dice el doctor—, igual que existe la falsa angina de pecho. En pleno diciembre resulta sorprendente. Para los tuberculosos es fatal.

Una lluvia tibia repiquetea de día y de noche sobre las tuberías, sopla un viento suave y pesado, adormecido; amanece a las diez de la mañana, y a las dos de la tarde ya están encendidas las luces en las casas. Dicen que en las

avenidas los castaños están en flor. A veces, durante la noche, rugen y retumba una verdadera tempestad de primavera, una bandera que el viento ha arrancado amenaza a un transeúnte, tintinean los cristales al romperse, vuela una chimenea de piedra. Al amanecer se calma. Las nubes están suspendidas sobre la ciudad; el Sena, crecido, arrastra lentamente desde la orilla ladrillos, arena, casetas de vigilancia.

Desde hace algún tiempo Vera comenzó a dar un paseo diario por las orillas del Sena: se lo había recomendado el médico.

—Lo entiendo, lo entiendo todo: el heroísmo, el amor, el sacrificio. Pero una hora al día de un poco de ejercicio físico, es indispensable. Usted es una mujer joven.

«Yo soy una mujer joven —se repetía a sí misma—. Sólo Dios sabe lo estúpido que esto suena. ¡Vaya idiota!».

Pero en una ocasión optó por seguir su consejo y salió, simplemente salió, sin ningún fin, salió después del desayuno con su impermeable y sus gruesas botas. Anduvo alrededor de una hora y media, cruzó a la otra orilla, dio una vuelta por las Tullerías, y le resultó tan poco habitual el hecho de moverse, de respirar un aire dulce y agradable, que volvió a su casa como si hubiera bebido algo verdaderamente fuerte: sus ojos brillaban y ardía su cara. ¡Una hora y media! Alexandr Albértovich no habló con ella hasta que cayó la noche y sólo entonces le dijo que la perdonaba y lo olvidaba. Y que si lo deseaba, podía salir de nuevo al día siguiente.

Ahora ella tenía dos vidas. La primera era la de siempre, aquí, con Liudmila, con el doctor y con él, a quien ya no había para qué trasladar a ningún lado, ni para qué curar, y que adquiriría una transparencia fantasmal cuando no había suficiente luz, y ahora nunca había suficiente luz. Desde el fondo de la habitación aquellos dos ojos se posaban sólo sobre ella, la jeringa y el alcanfor. No curaban la enfermedad, aliviaban los males relacionados con ella: las llagas, los espasmos, las hemorragias. Y ella ya no se avergonzaba de confesar, a cualquier persona con la que se encontrara, que esperaba y que deseaba la muerte de Alexandr Albértovich. Pero, ¿cuándo había comenzado aquello? ¿Cuándo? ¿Acaso no se había percatado? Ese deseo se había infiltrado en su vida como el propio Alexandr Albértovich: ella no había reparado en su persona, había sido él quien reparó en ella... «Un señor preguntó por ti —le había dicho un día Shurka Ventsova (ahora todo aquello estaba muy lejos)—, preguntó quién eras; tú lo has visto, es aquel muy alto y delgado. Era el único que no estaba borracho el otro día».

Y Vera, confundida y pálida de miedo, sintiendo incluso hasta una cierta náusea y una gran debilidad debida a la emoción, preguntó:

—¿Y le dijiste cómo me llamaba?...

La segunda vida comenzaba al otro lado de las puertas de la casa. La tienda de ultramarinos. Las manzanas, las naranjas. Una lluvia fina, las aceras mojadas, y de pronto, un charco en el que con toda claridad y calma se reflejaba muy vivamente alguna cosa; el aire que corría a su encuentro, el mecanismo obstinado de su propio cuerpo, la sensación de vida, indispensable, una sensación sin la cual ella no podría existir, sin la cual se sentía perdida, se sentía morir, aquella sensación de «el viento y yo», «el cielo y yo», «la ciudad y yo», que le procuraba no felicidad —no se trataba ahora de la felicidad—, sino un descanso, una tregua. Caminaba sin pensar en nada, y cuando iba de regreso comenzaba a darse prisa y al final incluso se cansaba. Sin quitarse la ropa de abrigo, entraba directamente al dormitorio y se quedaba en la puerta. No había pasado nada, él estaba como siempre y dormitaba, con los ojos cerrados. Así era mejor.

Solamente a ella le permitía que lo levantara y arreglara un poco la cama.

—Está harta de mí —murmuró en una ocasión mientras señalaba a Liudmila, que en ese momento pasaba frente a la habitación haciendo más ruido que el tolerable—. Le gustaría que me muriera cuanto antes.

Ahora hablaba siempre en un susurro: había perdido la voz. En una ocasión, cuando estaban los dos solos y las horas transcurrían interminablemente, mientras Vera cosía distrayéndose a cada momento de su labor para echarle a él una mirada o decirle alguna cosa, él de pronto pronunció con increíble lentitud:

—Vayámonos juntos.

Ella lo miró, puso su labor a un lado, y entonces él añadió:

—Cuanto antes.

Ella pensó que de todo lo que él solía decirle, aquello no era ni con mucho lo peor, y que a ella no era tan fácil asustarla.

—Tú te quedarás aquí... Tendrás una vida muy, muy larga; una vida larga...

Él hizo una nueva pausa. Ella seguía en silencio.

—¿No quieres irte conmigo?

Vera reposó su mano sobre el enjuto pecho del enfermo: el dedal brilló. Ella seguía en silencio sin quitarle la vista de encima.

—¡No quieres! —susurró él y cerró los ojos.

Ella ocultó su rostro entre las manos. Así permaneció durante un tiempo. Cuando lo miró, él ya se había quedado dormido. Su sueño era ahora tan delicado que no se podía siquiera suspirar hondo en su presencia, y el hecho de no poder aspirar una buena cantidad de aire en aquel momento le pareció particularmente terrible.

«¡Ay, si finalmente ocurriera esta noche!» pensó ella. No obstante esa noche él exigió que le mostrara la caja que contenía las ampollas de alcanfor. Su vista se había debilitado tanto que no podía leer lo que estaba escrito en ellas, pero las estuvo contemplando mucho tiempo, apretando la caja entre las manos hasta que el llanto le deformó el rostro.

—Querido, querido —lo consoló ella—, no tiene por qué llorar. Gracias a Dios hoy no le ha dolido nada y la temperatura fue mínima. Mañana no saldré a ningún lado.

Y entonces clavó la jeringa en su pierna seca y cubierta de piquetes.

Ahora ella ya no se apartaba de él durante la noche. Se acostaba en un sillón bajo y angosto, que por lo menos tenía doscientos años, como todo en aquella casa, por lo demás. Había aprendido a oír cuanto sucedía en la habitación. A través de la ventana entraba una frescura húmeda, y en el espacio que había entre dos casas de vez en cuando se veía una estrella. ¿Cuándo había sentido por primera vez ese deseo de liberación? Hacía mucho, mucho tiempo. Había llegado con tristeza, con furor. Quizá incluso antes de la boda...

—¡Ya veo que le ha dado una noche imposible! —le dijo Liudmila por la mañana—. Debe usted estar completamente agotada.

—No, no del todo.

—Oígame, ¿no le gustaría un alivio, para él y también para usted? De todas formas es igual.

—No, no me gustaría.

—Usted misma sabe lo que se podría hacer.

—Lo sé, pero no pienso hacerlo.

—¡Vaya con la vida que le ha tocado vivir! ¡Qué juventud más alegre! Si no fuera por usted, desde el año pasado todo esto se habría acabado. ¿Para qué quiere que las cosas sigan así?

Vera no respondió. De pronto lo recordó: todo aquello había empezado en el momento mismo en que había visto, por primera vez, a Alexandr Albértovich. Shurka había abierto frente a ella la puerta del «saloncito» de los Ventsov.

—Conózcanse, ciudadanos.

Y el hombre que Vera vio en una silla, junto a la jaula del canario, sobre el fondo de un ficus que alguna vez había sido monumental, no era la persona que ella había esperado ver.

III

La soledad y el silencio que sobrevinieron después de la separación con Sam eran increíbles. Petersburgo había enmudecido: no circulaban los tranvías, crecía la hierba por entre las hendeduras que unían los bloques de granito, no repiqueteaban las iglesias, callaban las sirenas de las fábricas; el mundo entero había enmudecido, hasta la casa no llegaba ni un solo eco: no se oía nada de los terremotos en Filipinas, ni de las invenciones de los científicos norteamericanos, ni de la paz que se había firmado entre los Aliados y los alemanes. Vera también enmudeció, porque no tenía con quien pelear, ni reír, ni hablar en secreto, ni tenía a quien esperar, ni a quien correr a recibir con los brazos abiertos, ni a quien amar. El colegio había quedado atrás, Sam no estaba, Shleifer resultó estar en la Cheka (no detenida, sino empleada); el padre de Shurka Ventsova, el sacerdote, había sido enviado a Ladoga, y su hija iba a visitarlo y desaparecía durante semanas enteras. De estos dos primeros años de su juventud no había quedado en la memoria absolutamente nada, salvo el recuerdo de una existencia salvaje y cavernícola: un hambre de lobo, una estufa, largas colas, la *kasha* que se dejaba por la noche sobre el pequeño armario tibio de la cocina y que devoraban por la mañana, los chillidos de aquellos niños desconocidos que habían instalado en la habitación del abuelo con su padre, un obrero que trabajaba en las fábricas Putilov, y su madre, una mujerona rubia que todavía no había aprendido a utilizar el retrete.

A Nastia le habían concedido unos días de permiso y ésta, mientras alistaba sus cosas para irse, no paraba de repetir que jamás había vertido una cantidad semejante de lágrimas por nadie. Le dejó a Vera la pañoleta que la cubría de la cabeza a las rodillas, la misma que se ponía para atravesar la calle corriendo cuando iba a la tienda y a casa de los Adler. Vera la usó durante todo el invierno, poniéndose encima su abrigo viejo y ajustado. No quedaba ningún sombrero en la casa, en su momento los habían cambiado todos, uno tras otro, por grano.

También cambiaron la alfombra, la pelliza de zorro, la vajilla y la máquina de coser, y el rostro luminoso, joven y alegre de la madre se vio surcado por una expresión de cansancio y tristeza. El padre no aparentaba

nada: estaba cada vez más con la izquierda, intentando encontrar a todo una explicación, una justificación. La madre le creía bajo palabra, pero Vera veía que a la madre le costaba, no era que creyera, sino que se esforzaba para creer. En sus sienes, todavía jóvenes, apareció una cana: se rizaba y brillaba, y Vera la arrancaba sin compasión. Después fueron muchas las canas: estaban a tono con los ojos tristes de la madre.

Había libros, había teatro, y Vera en más de una ocasión, gracias a alguna casualidad inexplicable, llegó a sentarse en el palco del Zar en el Teatro Alexandriski, donde habían arrancado el terciopelo del barandal y entre las sillas rojas se encontraba totalmente fuera de lugar una simple silla de hierro. Había semillas de girasol y capotes; tinieblas en invierno y noches blancas en verano, particularmente largas y claras aquel año, quién sabe por qué razón. Al principio se había formado una pista de patinaje en el comedor, el agua que se escapaba por una tubería averiada en el cuarto de baño se congelaba formando estalactitas; después, una ciudad completamente especial, en ruinas, en agonía, cuya belleza y muerte lenta Vera estaba dispuesta a cambiar por una lata de leche condensada abierta con un clavo, pero de la cual se pudiera chupar el líquido grasoso, o por un trozo de tocino duro, o por un poco de cacao en polvo, de ese que hace cosquillas en la garganta y que ella se comía a cucharadas cada vez que su padre llegaba del instituto con la ración a cuestas. Pero lo más terrible era la soledad: no había nadie a quien visitar, nadie a quien esperar, nadie a quien amar. El mundo entero se sosiega alrededor, se sosiega la ciudad. Pero Vera no quiere sosegarse, quiere armar alboroto. Tiene veinte años y su sueño se está realizando: se parece cada vez más a su madre, cada vez es más bella. Comienza una especie de florecimiento secreto: sabe cantar; poco tiempo atrás había dibujado el paisaje que se puede ver si se asoma uno a la ventana (la verja del jardín, el célebre chalet puesto a disposición de un distribuidor de pan, un árbol); sabe bailar y en una ocasión incluso escribió un poema. Pero lo más importante de todo es que no le tiene miedo a nada.

No tenía a quien amar, y el alboroto secreto que experimentaba la inquietaba cada vez con mayor intensidad, tenía la impresión de que un poco más y —como en el cuento de Garshin— la planta rompería el techo de vidrio y los trozos de cristal se desparramarían alrededor. ¡Que se desparramen los pedazos de vidrio! Será excelente. Magnífico. Espléndido. Una sola cosa, por favor, nada de matrimonio. Nada de ningún caballero muy correcto que le hubiera sido presentado en la casa de algún conocido, nada de consentimientos paternos. Nada de declaraciones ni de primeros besos...

Tiene ganas de algo completamente distinto; sólo que todavía no ha tenido tiempo de pensar qué precisamente.

Y he aquí que de la nada, del vacío y del silencio de la vida congelada alrededor, surge de pronto Shurka Ventsova: la boca ligeramente coloreada como una remolacha, flequillo, botines con cordones, altos y vivamente rojizos sobre las piernas desnudas. La echaba de menos. Vino. Vino para ver en qué se había convertido su tontita del alma, para ver si no la habían ensuciado las moscas.

Sentada con una pierna cruzada muy en alto, una mano que sostenía un cigarrillo y despidiendo un fuerte olor a perfume francés, le hablaba de sí misma. Había cambiado su sonrisa, resultaba divertido mirar aquella sonrisa. Tiene un cuello hermoso lo lleva descubierto, llevaba también el botón superior de la blusa abierto, mostrando así el comienzo de su pecho. Su voz era provocativa, su boca húmeda. Era difícil quitarle la vista de encima.

—No me ocupo de política —decía—, mi vida es el cine. He escrito una novela: una mujer madura, una actriz que se enamora de un médico joven. Siente que no tiene derecho pero... un momento de pasión, y se apodera de él, como de un objeto. Después se sabe que el médico era su hijo. Se suicidan... Me encontré con Shleifer y se lo conté (por cierto, está a punto de perder la vista). Shleifer dijo que ni los obreros ni los campesinos tienen necesidad de esto. ¡Como si en la vida todo se redujera a obreros y campesinos! ¡También nosotros existimos en este planeta!

Vera, con la boca entreabierta, asiente con la cabeza.

—Resulta que desde la escuela había comenzado a padecer cataratas —suelta Shurka a borbotones—, ahora es el fin: ¿para qué fue a la Cheka? ¿Dios existe! Me preguntó: ¿qué hay de tu padre?, ¿era un servidor del culto, no?

—Y ¿con qué fin se sabe que el médico era su hijo? —pregunta Vera con retraso—. Sería mejor que la abandonara, como a un objeto, y que se suicidara sola.

Shurka piensa, tiene el ceño fruncido.

—Tal vez. Pensaré en ello. Ahora no tengo tiempo: me encuentro bajo los efectos de un sentimiento demasiado fuerte.

E, instalándose en la cama al lado de Vera, comienza un largo relato, lleno de detalles, como si estuviera elaborando un guion de cine. «Él estaba de pie a la izquierda, yo un poco más atrás, y entre nosotros había una lámpara. Él volvió la cabeza y dijo: pero no, espera, no es así. Primero él sonrió, y yo pensé que estaba pensando que yo estaba pensando que él estaba pensando... ¡Y resultó algo extraordinario!».

Y etcétera... habla de no se sabe qué sentimientos, qué palabras, qué besos, de la experiencia auténtica de la novela de Shurka, de una noche terrible en que le había salvado una falda angosta —larga y estrecha—, y de otra, ésta menos terrible, cuando nada la había salvado.

Shurka se suena, se despereza y, tras abrazar a Vera, se queda un momento en silencio.

—¡Con cuánta fuerza te late el corazón! —dice de pronto—. Resulta cómico. ¿Siempre es así?

—Debe ser siempre... ¿Lo amas?

—Por supuesto.

—¿Y él te ama?

—Evidente.

—¡Qué felicidad!

—¡El cine! —y Shurka alza los hombros—. Vaya, de verdad es increíble lo ruidoso que es tu corazón. Me recuerda las vías del ferrocarril.

IV

Al apartamento del pope se entraba —ya desde hacía algunos meses— por la escalera de servicio. La puerta que conducía a la cocina estaba entreabierta, y desde allí llegaba un vapor dulce y pegajoso: el olor a vino caliente. Una pariente del pope estaba en mitad de la cocina, colorada, con una gota suspendida de la nariz; se encontraba lista para arremeter, llegado el momento, con cualquier tarea, pero por lo pronto se contentaba con pasear los ojos por la mesa donde estaba el pan de centeno ya cortado para los bocadillos y por la cocina en donde se encontraba una marmita de cobre llena de vino. En la ventana había un cuarto del vodka de fabricación casera y el hermano de Shurka, Guenia Ventsov, que antaño había sido estudiante de una escuela de comercio y ahora era un joven de actividades indeterminadas, daba vueltas a un sacacorchos. Su amigo y compañero, Matreninski, que no paraba de lamerse los dedos ni de retroceder por miedo a ensuciarse, cortaba trocitos de arenque y de vobla^[5] para los bocadillos. Había también un salchichón largo y duro de color liliáceo.

Mucho antes de aquel día, Guenia Ventsov había decidido organizar un festín con motivo del Año Nuevo. Matreninski y él se habían encargado de conseguirlo todo, comenzando por la leña para la estufa y terminando por la levadura para el pan. La víspera habían preparado la masa, y ese día, desde muy temprano por la mañana se habían puesto a calentar las habitaciones: Shurka y Guenia vivían en el comedor y la salita, las demás habitaciones que daban al pasillo habían sido destinadas a los arrendatarios admitidos en su momento. Invitaron a la parienta de Obujov. «Solamente, tía, le pedimos que no se asombre por nada y que se guarde sus impresiones» le había pedido Guenia mientras besaba sus regordetas manitas. «Tía, aunque usted ya haya envejecido un poco, le rogamos que se encargue de las cosas de la casa». La tía puso cara de ofendida y con esa cara se quedó. Los invitados eran Vera, dos nuevas amigas de Shurka, Matreninski, los tres arrendatarios y una pareja de vecinos: un señor y su esposa. En el comedor, la mesa estaba puesta: el mantel, los cubiertos, lo que todavía quedaba de la plata. Habían instalado el gramófono en la sala y todos los muebles estaban amontonados en un rincón. Shurka, con un vestido muy elegante, sacado de un baúl, con un collar de

fantasía y unas medias liliáceas, recibía a los huéspedes y los sentaba en una esquina de la pequeña sala. En las paredes estaban colgados los retratos de algunos obispos.

En el momento en que Vera entró en la cocina, la tía salía rumbo al comedor, con la ensaladera de *vinegret*^[6]. En la cocina Vera se encontró con Matreninski. Éste se presentó, se enjuagó los dedos, le quitó a Vera el abrigo y lo llevó al pasillo.

—¿Vino caliente? —le preguntó al volver y levantó la tapa de la olla—. ¡Calienta! —y lanzó a Vera una mirada harto significativa.

Para aquella noche, la noche de su primer baile —según las palabras de su padre—, se había confeccionado un vestido con un trozo de cheviot azul que durante años había estado guardado en su cómoda, y había añadido al cuello que caía sobre los hombros, un viejo encaje, muy delgado y lleno de agujeros. A ella le parecía que el resultado era un perfecto vestido de baile. No tenía zapatos, llegó con sus botas de fieltro, pero Guenia estaba sobre aviso y en cuanto vio a Vera le trajo los viejos zapatos puntiagudos de Shurka, que le quedaron espléndidamente bien. Ahí mismo, en la cocina, Guenia la invitó a brindar con él y con Matreninski. Entrecruzaron una mirada y sacaron de detrás de la ventana una jarra para vodka. A Vera le dieron un trozo de salchichón sobre la corteza de un pan. Ella se bebió un trago y permaneció de pie, sin siquiera moverse.

—¿Nos tuteamos? —preguntó Guenia que, al parecer, ya había tenido tiempo de ir tomándose una copita con cada uno de los invitados.

—¡Suélteme! —dijo Vera cuando se dio cuenta de que Matreninski se había marchado y que la tía todavía no había vuelto. Pero Guenia ya se las había ingeniado para colocar su mano por debajo del codo de la joven; entonces ella tomó un segundo trago y puso el vaso vacío al revés sobre la mesa. La puerta que daba a la habitación la acogió como una escotilla abierta.

En la salita se desgañitaba el gramófono. Sobre su bocina de estaño se reflejaba el vestido de Shurka, el rostro de Matreninski, las cabezas y las piernas de los invitados, que a Vera le parecieron muchísimos. En ese mismo momento la sacaron a bailar. El caballero que la había invitado era ligeramente más bajo que ella y muy silencioso. Después bailó con otro, después con un tercero que le resultó conocido.

—Ya hemos bailado juntos hoy usted y yo, ¿no? —le preguntó ella, volando a ritmo de vals a lo largo de todo el saloncito.

Pero él guardaba silencio. La sostenía de una manera diferente a como hasta ese momento la habían sostenido los otros caballeros: sentía la mano

que tocaba su cuerpo. Había algo que le impedía recordar los rasgos de su cara, distinguirlo de entre los otros, y no podía reconocerlo por la voz, porque no la había oído. De inmediato tuvo la sensación de que no era demasiado joven. Cuando éste se retiró, le saltó a la vista su incipiente calvicie y, a pesar de ello, o quizá precisamente por ello, se percató de su nuca: era sorprendentemente limpia y agradable.

—¡Ése es el mío! —le susurró Shurka señalándole con la vista a Matreninski, y Vera casi no se sorprendió. Le faltó poco para preguntar: ¿quién es? Pero se contuvo.

La cena estaba lista. Los invitados se trasladaron en tropel al comedor. Los caballeros atendían a las damas, desempolvaban las sillas con sus pañuelos, comentaban en voz muy alta cuánto habían sudado y servían *vinegret* en sus platos y en los de sus damas. Los invitados resultaron muchos más de los que Shurka había previsto: Guenia había convidado a unos señores medio militares, y uno de ellos había llegado con una chica encantadora, un poco bebida ya, que no debía de tener más de catorce años. El señor que había acudido con su esposa también trajo consigo su guitarra. Se vertió el vodka en todas las copas y cada uno tomó un bocadillo. Matreninski tocó las campanadas sobre un perol de cobre que había quedado de la mermelada. «Ah-ah-ah» gritaron a coro unas cuantas voces. Acababan de recibir el Año Nuevo.

—Esto yo ya lo había vivido alguna vez —cruzó por la mente de Vera. Seguramente había sido un sueño. Pero ahora no tenía tiempo para ponerse a recordar. Estaba sola entre aquella gente extraña y ebria, pero era una persona adulta, valiente, y se encontraba bien... Bien... Después del vodka le sirvieron vino caliente. A su derecha estaba sentado el comunista que había traído a la niña, a su izquierda... ¡por fin lo veía a gusto! Parecía tener un poco más de cuarenta años, su rostro estaba curtido por el viento, tenía una mandíbula prominente.

Resultaba extraño que apenas la mirara, pero ella sabía que no había un momento en que la perdiera de vista. Alrededor de la mesa estaban un poco apretados y por momentos Vera le rozaba el hombro con el suyo; no obstante había tornado la decisión de no sentir nunca miedo por nada. Había una gran algarabía y, para hacerse oír, había que acercarse, pero él no intentó hacerse oír, no se le acercó. Hubo un momento en que tomó su mano y la obligó a coger el vaso y vaciarlo, y sólo entonces la miró, pero no a los ojos, sino directamente a la boca, y sonrió, y recorrió —siempre en silencio— con los ojos, a todos los comensales, pero nadie pareció advertirlo, y entonces Vera se

dio cuenta de que en realidad, alrededor, no había nadie que se acordara de ellos: Shurka y Matreninski habían desaparecido, todos los demás estaban borrachos, alguien tocaba la guitarra, y al final de la mesa había un hombre que estaba solo, sospechosamente sobrio, y que miraba las cuerdas; intentaban convencer a la niña ebria para que no se desnudara de pecho para arriba. Del mantel subía el humo ocasionado por los cigarrillos que lo habían agujereado.

«No hay nadie a quien amar —pensó Vera y se levantó, y él también se levantó—, quizá sólo a él». Pasó al saloncito y sintió que su mente se aclaraba ligeramente. Allí, sentadas en una de las esquinas de la habitación, dos de las amigas de Shurka se besaban con dos caballeros. De vez en cuando Guenia corría detrás de la puerta para apagar la luz y acto seguido se oían unos gruñidos intermitentes.

El hombre silencioso de pronto preguntó:

—¿Usted no sabe en donde podríamos encontrar un lugar para sentarnos y hablar?

Vera no lo miró.

—¿Acaso sabe usted hablar?

Él se echó a reír.

Vera sabía a donde ir: había varias habitaciones que daban al corredor, una de ellas antaño había sido la de Shurka. En pleno pasillo, de pronto, la tía les salió al encuentro.

—Por aquí —dijo Vera, abriendo una puerta y activando el interruptor.

Pero la luz no se encendió. Se quedaron de pie junto a la puerta hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudieron distinguir la otomana larga y baja que estaba situada a la izquierda junto a la pared.

—Quedémonos aquí —dijo Vera—, aquí no hace tanto calor.

Ella se acercó a la otomana y de pronto se recostó, estirándose cuán larga era y echando los brazos detrás de la cabeza. Él se acercó a la ventana y levantó la persiana hasta la mitad. Gracias a la luna entró un poco de claridad.

—Dígame alguna cosa —le pidió ella. Pero él se obstinaba en su silencio—. ¿Dónde está? ¿Está usted aquí?

—Sí, aquí estoy.

—¿Por qué no dice nada?

Él se aproximó a la cabecera de la otomana, tapando a Vera la vista de la ventana.

—¿Tiene usted ganas de alguna cosa? —preguntó él.

—Tengo ganas de vivir, de perderme. ¿Es malo?

—No.

—¿Es ridículo?

—Un poco. Pero bueno, es natural.

Vera echó la cabeza hacia atrás y lo miró a la cara.

—¿Acaso es usted un ser inteligente?

Él sonrió.

—Hágame un sitio —dijo él.

Se sentó junto a Vera, de lado; su rostro cansado y duro cambiaba en la penumbra, los ojos miraban hacia arriba, atraídos por la luz de la ventana.

Ella comenzó a esperar su mirada. Él pasó su mano, fina y pesada, por la de ella. Siempre en silencio, rozó su cuello y después fue hasta su rostro, y de pronto aquella mano perdió todo su peso, rozó su oreja, después su sien, luego sus cejas y Vera descubrió sus caricias.

Él se levantó, se alejó y de nuevo se perdió; estaba de pie junto a la ventana y ella no podía verlo.

—Supongamos que es usted lunático —dijo ella.

Él no reaccionó.

—¿Se ha ido usted por la ventana?

Él respondió con toda seriedad.

—No, aquí estoy.

Ella soltó una carcajada y al instante fue consciente de qué manera la traicionaba su risa. Guardó silencio, pero ya era tarde. Él apareció en el extremo de la otomana y se recostó a su lado.

Su mano cubría el rostro de la joven, ella sentía la palma de aquella mano con sus labios, respiraba el olor que despedía. Era como la máscara que antecede la operación: ahora golpeará la sangre, ahora se perderá todo... Ahora ella... Un segundo más...

Vera cerró los ojos; la cara de él, cada vez más cerca de la de ella, la asfixiaba aun más que la mano. Él comenzó a besarla en los labios, y el segundo beso (¡ella lo presentía!) había sido más dulce que el primero, y el tercero, más dulce todavía que el segundo. Ella sintió cómo el frío recorría sus piernas desnudas.

—Mejor que no —dijo de pronto e intentó zafarse.

—Cómo que no, sí, sí —le susurró una voz justamente en el oído. Ella no se imaginaba que sería tan doloroso y dejó escapar un grito; él le cubrió la boca con la mano, ella se debatía sin conseguir reconocer aquella mano.

En la habitación se hizo un silencio particularmente oneroso.

—Oh, perdóneme. ¡Dios mío, pero por qué no me lo advirtió! —articuló él con dificultad, arrastrando las palabras y tomando a Vera por el brazo. Ella no retiró aquella mano, pero tampoco lo miró.

Borracho, pero correcto —le dijo.

—Discúlpeme. ¡Dios mío, si lo hubiera sabido!

—... ¿fue una sorpresa desagradable?

—No diga eso. ¿Por qué?

—Pues entonces no hable usted tanto. No hacía más que guardar silencio y ahora de pronto no para de hablar.

Él le compuso el vestido con mucho cuidado y volvió a tomar su mano.

—Por lo menos dígame, ¿cómo se llama?

Ella le dirigió una mirada. Continuaba acostada de espaldas sobre la otomana, él estaba sentado a su lado. La habitación se hacía cada vez más clara; la luna pálida y oblicua entraba por la ventana que tenía la persiana a medio subir. Una enorme estufa de azulejos se podía distinguir en una de las esquinas. Y de pronto Vera sintió que no podía más, que una inquietud (le pareció que era una inquietud que la humillaba) se estaba apoderando de ella. Los sollozos estallaron en su pecho.

—Marusia —dijo en voz apenas audible.

Él la miró, apretando con fuerza su mano, tampoco no sabía qué decir. La luna de pronto dibujó un gran cuadrado sobre el suelo pintado. Y solamente entonces llegó hasta ellos el ruido de los pasos de quienes bailaban al son de gramófono.

—¿De quién es esta habitación? —preguntó Vera dominando su voz.

—No lo sé. Es la primera vez que vengo de visita a esta casa.

—¿Acaso no vive usted en casa de los Ventsov?

—No.

De nuevo guardaron silencio.

Él se llevó la mano de ella a los labios y la besó con dulzura, mientras ella le tomaba la otra mano y se la llevaba hasta la cara para ponerla sobre su frente.

—El año pasado estuve en Arjánguelsk —dijo él con una voz sobria y clara—, y allí encontré a un hombre que había recorrido todo el camino que hay desde Groenlandia hasta el estrecho de Bering.

Ella se recostó de lado y lo miró atentamente.

—Ya sin eso tengo frío. No me cuente nada de Groenlandia.

—Este hombre después se fue a dar la vuelta al mundo.

—¿Y volvió?

—Todavía no.

—Y no volverá.

—¿Por qué?

—Porque no hay nadie que vuelva de dar la vuelta al mundo.

Ahora, en vez del gramófono, se oía a alguien cantar a voz en cuello acompañándose de la guitarra.

—Cuando tenía diez años, yo me embarqué en la aventura de dar la vuelta al mundo. Y no me imagino que pueda volver.

Él sonrió.

—Marusia, usted es muy, muy encantadora. Yo, si he de confesar la verdad, no me imaginé que fuera usted como es.

Vera sintió que se le congelaba el corazón. Una palabra más, y ella sabía que besaría esa mano que tenía al lado mismo de su rostro.

—¿No está usted enojada conmigo?

¡No es eso, no es eso!... Negó con la cabeza.

—Entonces todo está bien. Cuando estoy borracho, soy una persona terriblemente silenciosa. ¿Lo ha notado?

Él se levantó, se sacudió ligeramente y se acercó a la estufa.

—Está helada.

Vera también se levantó.

—Por favor, quédese aquí un momento todavía —dijo ella—, sólo hasta que me vaya. ¿De acuerdo?

Encontró el zapato de punta de Shurka detrás de la otomana, se arregló el cabello, compuso el cuello de encaje agujereado sobre sus hombros.

—Adiós.

—Adiós, Marusia. ¿No está enfadada?

Ella le extendió la mano y él la estrechó con fuerza, incluso la sacudió ligeramente. Vera salió al pasillo y una vez allí se dirigió al comedor. Shurka, soñolienta y con una cara que delataba un llanto prolongado, había puesto la cabeza sobre uno de los platos sucios de aquella mesa llena de manchas de vino. Junto a ella se encontraba Matreninski, también soñoliento y desmelenado. Desde el pequeño salón que estaba a oscuras, llegaban las voces melancólicas y disonantes de un coro; parecía que estuvieran cantando unas ocho personas desde distintos puntos de la habitación, sin tomarse en cuenta unos a otros. Vera buscó su abrigo y su pañoleta en la entrada, cambió los zapatos por las botas de fieltro y salió por la cocina. Allí, encima de la estufa caliente, se había quedado dormida la tía, con la cabeza recostada sobre una

almohada y con una pañoleta cubriéndole el cuerpo. Vera levantó con cuidado el gancho de la puerta de salida.

V

No eran todavía las seis de la mañana y estaba aún completamente oscuro. Las nubes habían ocultado a la luna. Estaba helando. Vera caminó sobre la nieve, sin hacer ningún ruido, con rumbo a su casa. Debe haber unos diez minutos a pie de camino, y durante esos diez minutos no encontró ni un alma. Llegó incluso a ocurrírsele que debía estar prohibido por la ley pasear por Petersburgo a esa hora. Recordó que hacía muy poco tiempo, justo frente a la cooperativa cerrada con tablas claveteadas aquí y allá, le habían quitado a un hombre su abrigo: se lo había contado su padre. Pero ella no tenía miedo. Incluso le gustaba el hecho de andar sola, completamente sola por aquellas calles anchas y desiertas. Si alguien, por ejemplo, la mirara desde arriba —no Dios, por supuesto, no estaba pensando en Dios en ese momento, sino en algún hombre sentado, digamos, en un globo—, se sorprendería al ver caminar por ese inmenso laberinto a aquel ratoncito o a aquella lagartija; tal vez incluso la tomara por un ser humano adulto, audaz, orgulloso, alguien que había decidido darle la vuelta al mundo... Y si algo le ocurriera durante ese viaje, era porque así tenía que ser. Porque todo lo que pasa, siempre, es para bien.

Sin embargo... esto no se parece en nada al amor. Aunque quién puede saberlo, tal vez si él la hubiera dejado llorar, si le hubiera dicho alguna cosa que, por escrito, por ejemplo, resultara ridícula, alguna cosa ordinaria pero única, aquello podría haberse convertido en amor. Pero no lo había hecho: gracias. ¡Menos mal que no lo había hecho! Y no obstante, qué triste era que no se hubieran dado así las cosas. La noche ya había transcurrido, también había transcurrido su «primer baile». (Natasha Rostova, Andréi Bolkonski, ¡ay, dónde están!) y ahora ella corre a casa y, al parecer, está llorando. Nadie le ha dicho que le gustaría conocerla, que le gustaría saber en dónde vive, qué hace, qué piensa, cuándo volverá. «Marusia». Y nada más. Sin embargo habría podido hacer con su corazón lo que hubiera querido, y ella estaría cautiva. ¡Gracias a Dios que no lo hizo!

Tenía la llave de casa y entró en completo silencio, se quitó el abrigo y con mucha precaución, temiendo hacer ruido con la puerta, fue hasta su dormitorio. Había alguien acostado en su cama, encima de las mantas.

—¡Mamá!

Su madre abrió los ojos.

—Sabía que no me despertarías, bribona, por eso me he acostado aquí, para saberlo absolutamente todo. ¡Cuéntamelo todo!

—Mejor cuéntame tú cómo era en vuestros tiempos. Retumbaba la música, repiqueteaban las espuelas, las parejas se deslizaban por el *parquet*...

—Solíamos invitar a un pianista.

—... Él decía: la amo. Y ella le respondía: pregúntele usted a mamá.

—Así hablaban con nuestras abuelas.

—... ellas se asomaban a su balcón, comían helados, se resfriaban y morían. O no, se casaban y tenían hijos.

—¿Vuestra fiesta no ha sido así?

—En absoluto. No te habría gustado.

—No me digas que fue con acordeón.

—No, con gramófono.

Se desvistió, se lavó detrás del biombo derramando agua por todos lados hasta que no quedó ni una sola gota en el cubo que la había esperado lleno y se acostó junto a su madre, abrazándola.

—Hueles a tabaco y a vodka. ¿Qué clase de gente estaba en la fiesta? ¿De aquella que se limpia la nariz con el puño de la camisa?

Vera hizo un movimiento casi imperceptible para alejarse de su madre.

—Había de todo: había quien se limpiaba la nariz con el puño de la camisa, pero había otras personas que, aunque estaban con copas, eran muy gentiles.

—Me imagino.

—Se disculpaban por cualquier tontería. Incluso había uno que estaba completamente sobrio. Los obispos estaban colgados en las paredes.

Estuvieron todavía mucho tiempo hablando en voz baja, pero ya no de lo que había ocurrido, sino de cuánto se querían. Y la madre dejaba escapar de vez en cuando una risa dulce y alegre, como si no tuviera canas en el pelo, como si no hubiera vendido su pelliza de zorro, y Vera también se reía de vez en cuando, y se limpiaba los ojos y la nariz a escondidas con la funda de la almohada, como si nada hubiera ocurrido.

Cuando la madre se fue después de haberla abrazado y besado muchas veces. Vera sintió cómo comenzaba a tensarse un resorte invisible, comprimido en espiral. De nuevo, como entonces, echó ambos brazos detrás de la cabeza y le pareció que alguien cerca de la cabecera de la cama le ocultaba la ventana. Intentaba con todas sus fuerzas no recordar nada, ya que

cuando se logra no recordar es señal de que no ha ocurrido nada, así lo había decidido en una ocasión, en tiempos de Sam todavía. Si pudiera, en vez de todo lo que acababa de vivir, retener en su imaginación la cabeza pelirroja del niño que había desaparecido de su vida... ¡La infancia! Sí, la había habido. Y también había habido algo que ya nunca más tendría la fuerza de repetir. Imposible volver a vivir por segunda vez ese momento de orfandad, esa conciencia tan cruel de su propia inutilidad.

Estaba acostada mirando al frente y sus pensamientos trazaban círculos y volvían una y otra vez, insistentemente, a los momentos que había pasado en un cuarto ajeno en la casa de los Ventsov y que ahora la atormentaban. Todo lo que hasta entonces había leído o había oído decir del amor carnal, acudía a su mente, se agolpaba, la asfixiaba. Era incapaz de encontrar en medio de todo eso un lugar para ella o para el encuentro que había tenido. Alguien había caminado por entre el hielo desde Groenlandia hasta el estrecho de Bering. Y los bloques de hielo entrechocaban. Un bebé lloraba. Era el bebé de uno de los obreros de las fábricas Putilov (su esposa estaba encinta del cuarto), que ocupaba la habitación del abuelo. Por la ventana ya despuntaba el alba serena, vacía e invernal. Un versículo medio olvidado del Evangelio le martilleaba una y otra vez el cerebro. Los hielos retumbaban; en el sonoro desierto de hielo estaba sola, se deslizaba... sobre su trineo color añil, hacia allá, donde tal vez entre los montones de nieve la podría estar esperando aquel niño con la *shapka* de largas orejeras. A lo lejos, en alguna parte, un tren salía de una estación que tenía un nombre gracioso. Sonó la sirena y alguien, con un ramillete de flores, le dijo adiós desde la ventana del vagón...

VI

—Preguntaron por ti —anunció Shurka Ventsova una semana más tarde al entrar en casa de Vera—, quieren volver a verte, dicen que entonces estaba muy oscuro y que no pudieron verte bien.

El corazón de Vera dio un vuelco, como si presintiera alguna desgracia.

—¿Pero no le dijiste cómo me llamo?

No, Shurka no se lo había dicho, pero él tampoco lo había preguntado. Simplemente había pedido que se invitara de nuevo algún día a aquella dama alta y hermosa que llevaba el cuello de encaje.

—¿De mí dijo «hermosa»?

—De ti.

—Evidentemente estaba muy oscuro.

Y Shurka había venido a buscar a Vera para llevarla a su casa.

—No, no iré, no tengo tiempo. Y él, ¿está esperando?

—Vive en nuestra casa.

—Pues con mayor razón puedo ir cualquier otro día. Además... me dijo que no vivía en vuestra casa. O sea que me mintió.

Esto lo cambiaba todo. Ella se sintió tan confundida, que no logró sentir alegría alguna; ella, que según las palabras de su madre, era una persona a la que absolutamente todo le producía felicidad, en esta ocasión, cuando tenía un motivo para lanzarse al cuello de Shurka, para cantar y armar alboroto, se mantuvo inmóvil y en silencio. Petrificada por dentro miraba con ojos de piedra los ojos tan vivos de Shurka. ¿Para qué había pedido que la llamaran? ¿Por qué había decidido volver? ¿Qué era lo que quería? Ya era demasiado tarde. No hacía falta.

Pero Shurka obligó a Vera a ponerse el abrigo y juntas salieron a la calle.

—Podemos dar un rodeo, hace muy buen tiempo —propuso Vera. Y dieron un rodeo.

Era un deseo velado de alargar el tiempo. ¿Quién era él? ¿Un Pechorin que la había martirizado a lo largo de toda una semana, antes de aparecer de nuevo (aunque ella, en realidad, no había sufrido nada y en este mismo momento se lo haría saber)? ¿O simplemente una persona tan ocupada con sus asuntos (que había partido en viaje de negocios y que no había vuelto sino

la víspera) que no tendría ningún inconveniente en resucitar una aventura? ¿O quizá durante la semana había conseguido olvidar todo lo que había sucedido entre ellos y había conservado de Vera un recuerdo distinto, maravilloso, y ahora deseaba empezar todo desde el comienzo, desde un comienzo distinto, desde un comienzo seguramente muy difícil?

—Entremos aquí —dice Vera y arrastra a Shurka a una relojería que hacía poco tiempo habían abierto y que, por lo pronto era la única de la ciudad—. Desde hace mucho tengo ganas de entrar en esta tienda.

—Lo nuestro no es una tienda, es un taller de relojería —dice con voz potente y convulsiva un hombre pequeño asustado ante la propuesta de Vera.

—Es igual. Quiero vender un anillo.

—¿De oro?

Vera se quita el anillo de oro que lleva en el dedo anular; tiene un rubí y diamantes. El hombre de pequeña estatura lo examina con la lupa: el rubí es fundido, las chispitas de diamante no valen nada. Con una rapidez asombrosa extrae el rubí igual que si fuera el empaste de una muela, y lo pone en la balanza.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Shurka.

Una vez hubo guardado el dinero en su bolso, ya en la calle. Vera se lo explica: tiene que hacer algunas compras, tonterías, pero necesita dinero y no tiene. Polvos, perfume, un par de medias, unas horquillas, un collar. Carece de todo aquello.

—Déjalo —responde Shurka.

Una cosa era indudable: él había querido que ella fuera a verlo. Por primera vez llegaba hasta ella algo del corazón de aquel hombre. Es decir que tenía un corazón. Ese pensamiento le pareció tan dulce y tan impreciso al mismo tiempo, que resultaba imposible aferrarse a él y colgarse de él con todo el peso. ¡Cuidado de no destrozar algo tan tierno! Con el deseo de volver a verla estaba llenando el vacío que él mismo había creado entre ellos.

Shurka de nuevo le contaba a Vera su guión, tormentos y éxtasis que dependían completamente de Matreninski. Era un día claro de invierno, montañas de nieve se habían apoderado de las aceras de la avenida Nevski y los paseantes caminaban por la calle. En el sótano de la casa, frente al Gostini Dvor, hacía apenas unos cuantos días, habían abierto la primera pastelería con mesitas para sentarse. Vera empujó a Shurka a entrar. ¡Con tal de estirar el tiempo!

No dejaba de resultar sorprendente el hecho de estar sentadas la una frente a la otra en una habitación en penumbras y con la calefacción demasiado

fuerte. La camarera les sirvió dos vasos de café y dos pastelillos con unos adornos de aspecto más bien grasoso. En una fuente había galletas con sabor a coco.

—¿No nos arrestarán? —preguntó Vera de pronto, y Shurka respondió enfadada:

—Termínate de prisa el café. Contigo siempre pasa igual.

¿Pero cómo va a responder por todo esto? La primera vez que la llama, acude a verlo. Sí, sólo acude y ya se siente como un perrito. ¿Por qué? Por amor... Nada más. Lo que pide es amor. Allá, en casa de los Ventsov, por la noche, en el momento en que él puso la mano sobre su cara, pensó que podía tratarse de amor. Después, cuando él le preguntó cómo se llamaba, de nuevo y a pesar de todo, creyó que el amor era posible. Y ahora, de nuevo, tenía esa impresión.

Acabó por sentirse satisfecha y cuando llegaron a casa de Shurka, el alma de Vera estaba tranquila, plácida. Shurka abrió de par en par la puerta del saloncito de los Ventsov:

—Conózcanse, ciudadanos. Disculpe, Alexandr Albértovich, por el retraso.

Y Vera no vio al hombre que esperaba ver.

Los recuerdos se desempañaron enseguida: sobrio, silencioso, muy serio, no había bailado ni bebido, sino que se había dedicado a mirar las cuerdas de la guitarra o a examinar con curiosidad y sin ningún tipo de repugnancia a la gente que tenía alrededor, con la cual no tenía absolutamente nada en común. Era incomprensible la razón de su presencia en aquel lugar, entre aquella gente. «De pura casualidad —le explicó más tarde a Vera— unos amigos de mis amigos me avisaron de que había una habitación en la casa de Alexandra Gúrievna. Me trasladé en el año veinte, después de que mi padre...».

Era una larga historia.

VII

Dos inmensos ojos claros, el rostro pálido, el cabello fino y delicado, una mano alargada. Entonces parecía más joven de lo que era en realidad. Iba vestido como solía ir vestida la gente cuatro años antes —cuello pequeño, corbata y raya en el pelo— y no había ni una manchita ni una mota de polvo en todo su atuendo. Pero, a pesar de su juventud, no resultaba ni ridícula ni desagradable su forma de vestir un poco anticuada. Su cara lo compensaba todo de antemano.

—¿Hace frío hoy? —le preguntó a Vera cuando ésta se sentó.

—En realidad no me he dado cuenta, tal vez sí.

—Pensaba que no vendría. Ya son las cinco.

Tuve miedo de que se encontrara usted enferma.

—Jamás estoy enferma.

Él cruzó las manos sobre las rodillas y de pronto recordó alguna cosa que lo hizo reír.

—¡Mire lo que encontré!

Vera lo miró fijamente.

—Lo encontré en mi habitación, debajo del sofá —y de nuevo se echó a reír. Y sacó de uno de sus bolsillos un peine, el peine de Vera, aquel que ella no había podido encontrar a la mañana siguiente.

—Únicamente por esto supe que usted había estado aquí de visita.

Él la miró y en sus ojos había algo inhumano, entusiasta y enfermizo. Estaban sentados junto a la ventana, pero no habían abierto la cortina. La lámpara que colgaba del techo estaba encendida. Frente a ellos había una mesita y Vera colocó una mano abierta en la bandeja laqueada que había encima; la otra la dejó suelta a un lado de la silla. Él miraba la cara de Vera, luego su mano, luego nuevamente su rostro. El haber estado caminando en el frío había teñido las mejillas de Vera de un color rosado intenso, pero sus ojos le parecieron poco alegres a pesar de que ella intentaba que sus miradas no llegaran a cruzarse.

—He estado pensando durante toda la semana —dijo él en voz baja y por alguna razón con un deje de tristeza— que si acaso es posible amar a alguien

en este mundo tan terrible y tan desagradable, tan lleno de maldad y de porquería, seguramente ese alguien no es otro que usted.

Vera frunció las cejas y desvió todavía más su mirada.

—No se enfade, por favor. No he dicho nada que fuera seguro, he dicho únicamente que me parecía así. No estoy haciendo una declaración de amor. ¡Dios me ampare!

De nuevo la miró con enorme atención a la cara, ella retiró la mano que tenía puesta sobre la mesa sin que él hiciera ningún intento por retenerla.

—Le voy a hablar un poco de mí. Mi padre es francés, quiero decir, era francés pero se nacionalizó ruso. Y figúrese, lo fusilaron porque lo confundieron con un espía. Pero lo más sorprendente es, se lo aseguro, que en realidad lo era, porque padeció mucho después de la revolución y decía que cualquier medio era válido con tal de poder luchar.

Vera escuchaba. Valoraba que él no le exigiera hablar.

—Mi madre (¡figúrese, es realmente extraño!) era alemana. Y yo hablo muy bien el alemán, tanto como el ruso. Era traductora de novelas de moda: Schnitzler y Hoffmannsthal. Incluso conozco todo tipo de cancioncillas tontas, como las que les cantan a los niños, porque mi madre me las cantaba. Pero me gusta más Francia. Aunque... nunca he estado en el extranjero. Mi madre era mayor que mi padre y murió durante la guerra. La guerra la minó enormemente. ¿Me está usted escuchando?

—Por favor, cuénteme más.

—Tuve un hermano dieciséis años mayor que yo. Sí, figúrese, dieciséis años. Vivía en París y era muy rico. Lo mataron en la guerra. Dejó una viuda que me ha invitado a ir a París. Se llama Lizi. Hace poco he recibido un paquete que ella me envió.

—¡Qué maravilla! —Verano se contuvo—. ¿Y qué había dentro?

—Encontré, apenas abrirlo, un abrigo de paño de lana; también había una colonia; tres madejas de hilo, chocolate, dos pares de calzoncillos de invierno (discúlpeme por hablar así) y unos guantes de lana. El chocolate y el hilo se los di a Alexandra Gúrievna, y los guantes se los regalé a Guénichka. Y a usted, sólo si me lo permite, me gustaría ofrecerle en un frasquito un poco del agua de colonia. Tiene un olor exquisito.

Vera sintió que algo se movía en su garganta y le subía hasta los ojos.

—Gracias —dijo, y bajó la cabeza—, pero mejor consérvelo para usted.

Él retomó el aliento.

—Ahora le hablaré de mí. Vivía con mi padre, y cuando terminé la Annenshule, ingresé en la Facultad de Filología.

—¿Por qué en filología? ¿Qué pensaba usted hacer?

—Nada. En realidad lo que quería era recibir una educación superior, y me daba igual cuál. Mi padre tenía dinero, y yo no mostraba capacidades especiales en ningún terreno. Ingresé, pues, y fui estudiante durante un año. Después, ya sabe. Vino la revolución, yo me quedé solo, caí enfermo...

—¿Y cómo vive ahora?

—Doy clases. Pero además es que yo necesito realmente muy pocas cosas. Se están ocupando de mi traslado unos parientes lejanos que tengo en Moscú. Si las cosas salen bien, me iré.

—¡Dios mío, qué triste es todo esto! —exclamó Vera.

—Rusia es un país triste —respondió él. Y en la habitación se hizo un silencio profundo.

Estaba sentada junto a él, y tenía la impresión de que no respiraba, de que su corazón no palpitaba, hasta tal punto el silencio era profundo. El mundo, desvertebrado, desmembrado, desventrado como estaba, de pronto se concentró en un solo punto: la perplejidad que sentía frente a aquel hombre. Y la embargó una necesidad tan salvaje y tan fuerte de bondad, que todos los otros sentimientos que la torturaban o aquellos que apenas habían comenzado a insinuarse, se esfumaron. Comprendió que todo lo que la había abrasado durante los últimos meses y quizá aun años, era el deseo de hacer el bien a alguien. Y adivinó que sólo la bondad podía salvarla de su orfandad, de sus pasiones y de su soledad, que sólo la bondad podía hacerla feliz de nuevo, como en su infancia; que sólo la bondad, únicamente la bondad era para ella en ese momento el amor. Y que todo lo demás no era sino traición y soledad.

—¿Qué enfermedad padece? —preguntó después de un silencio.

—De los pulmones —y esta vez, de buena gana y manifiestamente, captó su mirada—. Son débiles. También mi padre tenía débiles los pulmones. Voy a traer algunas fotografías.

Salió de la habitación a grandes zancadas y volvió enseguida.

—Mire, éste es mi padre —dijo, mientras le mostraba el retrato de un señor bien parecido, de poblado bigote y con un cuello alto y almidonado—. Mi padre también estuvo enfermo, pero logró curarse. Yo también, seguramente, conseguiré curarme. Era un hombre muy alegre y, figúrese, me avergüenzo un poco de decirlo, pero lo más importante en su vida eran las mujeres. Siempre estaba rodeado de damas muy hermosas. Recuerdo que en una ocasión, en pleno invierno, en pleno mes de diciembre, tuvo necesidad de conseguir unas lilas blancas... Pero bueno, eso se lo contaré en alguna otra ocasión. Y ésta es mi madre. Vea usted qué aspecto tan severo.

La foto mostraba el rostro severo de una mujer con quevedos. El busto de la dama, realzado por el corsé, comenzaba justo a la altura de los hombros.

Escondió la fotografía en el primer sobre que encontró y se quedó pensativo. De nuevo estuvieron algún tiempo en silencio.

—¿Dónde estará Shurka? —preguntó Vera, aunque sospechaba que Shurka hacía ya mucho tiempo que no estaba en casa.

—Pienso que Alexandra Gúrievna debe haber salido con el señor Matreninski. Estaba sentado en el comedor cuando ustedes llegaron.

—¿Por qué no estaba sentado aquí con usted?

—Tengo la impresión de que, por alguna razón, estaba enfadado.

—¡Enfadado con usted! —exclamó Vera—. ¿Pero cómo se puede enfadar alguien con usted?

Vera sintió que aquella pregunta podía haber sonado un poco demasiado tierna, y por si acaso, sonrió.

—Cuénteme algo más.

Él tomó aliento una vez más.

—Todo lo que usted quiera. ¿Quiere que le cuente lo de las lilas? ¿Q
prefiere que le cuente cómo, en una ocasión, reanimé a un ahogado?

—¿Usted reanimó a un ahogado?

—Sí. Pero bueno, se lo contaré mañana.

—¿Por qué piensa usted que volveré mañana?

—No, no osaría pensarlo. Pero quería pedirle su autorización para ir a visitarla mañana.

Vera se volvió bruscamente hacia él y puso su mano sobre el puño de su camisa.

—Está usted solo —le dijo—, sin padre ni madre; y sin conocer siquiera cuál es su nacionalidad; y sin tener una profesión. Y enfermo de los pulmones. Y... ¿y qué más?

Los ojos de Vera comunicaban una gran tristeza, brillaban como nunca. Dentro del pecho, le parecía sentir que su corazón rezumaba un líquido caliente y salado.

Él puso su mano sobre la de ella y esbozó una sonrisa extraña con sus delgados labios color rosa pálido. Después, en el corredor, la ayudó a ponerse el abrigo, y cada movimiento que hacía le parecía a Vera lleno de una cierta nobleza ahora inútil y vana.

VIII

Comenzó a visitarla todos los días. Vestía una gruesa camisa de lana y el abrigo de paño que había recibido del extranjero. Padecía terriblemente el frío con aquel abrigo pero ignoraba qué había sucedido con el abrigo de piel que tenía antes. (Mucho tiempo después se supo que Matreninski se lo había pedido). No buscaba quedarse con Vera a solas, se contentaba con tenerla a su lado, y poco le importaba que hubiera alguien más en la habitación. Solía sentarse en una silla del comedor con los puños apretados entre las rodillas, y sin quitarle a Vera la vista de encima. Era la habitación más caliente en toda la casa; había una estufa de metal recubierta de ladrillos, y encima, la tetera. En el horno, la olla con kasha. Alexandr Albértovich llegaba después de comer y nunca aceptaba nada de lo que le ofrecían.

El padre permanecía sentado allí, al final de la mesa; su oficio de ingeniero ahora era cada vez más estimado. Pasándose los dedos por los espesos y canosos cabellos, lanzando de vez en cuando un gruñido, pasaba su grueso lápiz por unos papeles volátiles, metía su nariz puntiaguda en un libro o, dejando todo aquello de lado, se ocultaba detrás del *Pravda*. Y, cuando para responder a alguna pregunta que alguien le había lanzado, emergía de detrás de la hoja del periódico, sus ojos y sus dientes brillaban de una manera todavía juvenil en aquel rostro amarillento de rasgos tártaros. Respondía con una voz ahora aguda pero que alguna vez había sido baja. Era imposible llevar la cuenta de los vasos de té (desde hacía mucho tiempo sin azúcar) que se bebía a lo largo de la tarde, en todo caso no eran menos de diez.

Frente al padre, en un sillón con un cojín pequeño, se sentaba la madre y jugaba solitarios con unas viejas cartas rusas que tenían motivos rosas y azules. No era una ocupación que le fuera bien, la avejentaba, pero ella ya no se preocupaba de eso: se cansaba durante el día y una vez que dejaba lavados los cacharros y algo de comer preparado para el día siguiente, los trapos limpios, y el cuarto de baño seco (después de que hubieran pasado por él los obreros de Putilov), y sus manos tiernas y frías, estaban enjuagadas y bien secas, se sentaba en el sillón del cojincito y se dedicaba a las cartas. Vera se sentaba a su lado con una aguja y un desgastado huevo de zurcir ropa: a veces

remendaba la chaqueta de su padre, y a veces era su uniforme del colegio lo que ocupaba sus manos.

Alexandr Albértovich hablaba en voz muy suave para no interrumpir la lectura del *Pravda*, y sus relatos estaban siempre tan llenos de elementos inesperados, sorprendentes y conmovedores, que en ocasiones Vera no se contenía y levantaba la vista hacia él. Su madre, cuando terminaba un solitario, continuaba inclinada barajando las cartas sobre la mesa y en silencio escuchaba y reía con suavidad. Ahora se reía muy bajito, pero su risa era igualmente prolongada y pura. Durante aquellas veladas se hablaba de las lilas y del ahogado y de muchas, muchas otras cosas.

A veces sus relatos se referían a los últimos años, y cuando contaba cómo habían arrastrado a su padre por la nieve, cómo se perdían los paquetes con provisiones entre Gorójova y Shpalernaia (en la cárcel solo les daban avena); cuando contaba cómo se marchaban los que habían optado por la nacionalidad francesa —a través de Polonia, a través de toda Europa se dirigían allá, a aquel remoto país de la paz, la victoria y la libertad—, se apoderaba de sus ojos algo insoportable. En esos casos bajaba todavía más la voz para que no lo oyera el padre de Vera, porque ya en una ocasión había discutido con él por cuestiones políticas, y no le resultaba sencillo escucharlo. En esa ocasión a Vera le había parecido (¡ya entonces!) que él era el más infeliz de todos, más infeliz que aquellos que habían optado por otra nacionalidad (enfermos de escorbuto), más infeliz que todos, que todas las personas de edad, agotadas, que en algún momento, en algún lugar hubieran sido arrastradas al paredón.

Llegó marzo y dejó de hacer tanto frío en el apartamento. Ahora ya se podía estar en la habitación de Vera. Envuelta en el viejo chal de Nastia, se sentaba en el sillón bajo de tres patas, mientras él se instalaba por allí, infaliblemente en la silla más incómoda que hubiera. Estaban solos. Vera leía. Atravesaba por una época de lectura voraz, y leía todo lo que le caía en las manos. Alexandr Albértovich también tenía un libro sobre las rodillas, y no se podía decir que no lo mirara, pero por alguna razón cada página provocaba que se arremolinaran a su alrededor un montón de pensamientos inútiles, y él lo sabía.

—¿Y nunca, nunca ha sentido —le preguntaba Vera apoyando la mano en la rodilla—, que se le oprime el corazón por alguna cosa tonta, por el rocío, por el alba, por la idea de que ninguna muerte le podrá quitar lo que tiene usted de más importante? ¿Eh? Piense.

—No.

—¿No recuerda que algo lo haya alegrado algún día al punto de perder el conocimiento, de perder la razón?

—No.

—¿No gritaría usted «un momentito todavía» si se encontrara a los pies del cadalso?

—No... Sabe, yo no me suicidaría jamás, pero si alguien me matara...

—A usted es imposible matarlo.

En ocasiones, por la noche, salía a acompañarlo hasta la esquina, se quedaba viendo cómo atravesaba la calle, cómo se quitaba una vez más el sombrero y luego desaparecía. Con frecuencia intentó rezar por él. Una noche, viéndolo alejarse, se le ocurrió que debía ser muy ligero, y que si se acostara y lo dejara caminar por encima de ella, seguramente no experimentaría dolor ninguno. El día que comenzó el deshielo, ella le propuso que fueran a dar una vuelta por la avenida Nevski.

—Me es imposible —respondió él—. Estos días son terribles para mí.

Ella sintió que el corazón se le encogía.

—Entonces no hace falta —dijo—, yo tampoco iré.

Él la miró con inquietud.

—No, usted vaya, usted lo necesita.

Pero ella no fue. «Todo con medida —se dijo a sí misma—. Ir juntos y quedarnos allá un rato, tomando el sol y recibiendo el viento, y además amar así, sería demasiado para el alma, no lo resistiría. No, no es posible. Es mejor que todo sea con medida».

Por la tarde él llegó como de costumbre.

—¿Por qué no nos sentamos en su habitación? —dijo—, tengo algo que decirle.

Vera abrió con dificultad la boca de la estufa que había permanecido mucho tiempo cerrada, se arremangó las mangas de la camisa, tanteó y sacó las llaves del tiro, y trajo del trastero un montón de periódicos viejos. Comenzó lentamente a arrugar el papel, a encenderlo y a echarlo en la estufa. El viento silbó en la chimenea. El fuego se elevó vivamente por los aires, hubo un momento de calor, y seguramente, en el cielo, encima de la chimenea, se habrá dibujado un resplandor rosado.

—Hoy he recibido un papel —comenzó él, experimentando un bienestar inquietante gracias al calor, a la idea de que el hollín se inflamaría y se produciría un incendio, a que Vera estaba sentada muy cerca, de espaldas a él—. Hoy recibí de Moscú la autorización para salir. La he estado esperando durante mucho tiempo. Pero si usted no quiere partir conmigo, me quedaré.

Guardó silencio un momento. Ella continuaba desgarrando y arrugando las hojas de periódico.

—¿Sabe cómo podrá partir? Como esposa mía. La pondrán en mi pasaporte. Y también quiero decirle que en París no le faltará nada. Mi hermano nos ha dejado. Lizi está allá.

Ella se volvió.

—¿Sabe qué? Lo que pasa es que yo puedo perfectamente vivir aquí. París no me hace ninguna falta —dijo diligente.

La miró serio y sin embarazo alguno.

—Ya sé que puede vivir como quiera y donde quiera, porque tiene usted veinte años. Y que a los treinta y a los cuarenta también podrá vivir como sea porque ahora tiene veinte años. Ya sé que usted es de aquellas personas a las que no las asustas con nada, pero tampoco las seduces con nada... Ya sé... Por favor, no me interrumpa. La amo. Nunca antes había amado a nadie.

«Lo creo» dijo Vera para sí.

—No he querido amar a nadie, pensaba que no era capaz de amar. No sé hacer nada y no quiero aprender. Pero usted es para mí la vida.

—Una vida que usted no parece estimar.

Él se quedó un momento pensativo, mirando hacia otro lado.

—Pues entonces, más que la vida.

La estufa ardía frente a ellos, y parecía que la habitación entera estuviera en llamas.

—Antes de conocerla —continuó Alexandr Albértovich—, pensaba que así serían las cosas. Me imaginaba diversos «gestos» sueltos del amor: arrodillarse frente a la dama; estrecharla en un abrazo; no sé qué más. ¿Conoce usted mi «gesto»? Estoy aferrado a usted. Sólo intente imaginarse una persona que muere de vida. Tiene hielo sobre la frente, sobre el pecho un tanque de oxígeno, la mano en una mano conocida. Pues todo eso es usted: el hielo, el oxígeno y la mano...

Ella echó el último refuerzo a la estufa. Estaba sentada en el suelo con las rodillas entre los brazos y no quitaba la vista del fuego que se extinguía.

—La amo. Le ruego que acepte ser mi esposa. Espere, no tiene que responderme inmediatamente, todavía no le he dicho lo más importante.

En ese momento un desasosiego repentino cambió su rostro. Se levantó, dio un par de vueltas por la habitación angosta y pequeña y de nuevo se sentó.

—Le estoy proponiendo esa unión terrible, abominable y animal a la que Leonardo da Vinci llamó monstruosa, ridícula y siempre humillante para el ser humano. Si a usted llega a gustarle la idea, entonces la llevaremos a cabo.

Por supuesto no tiene nada en común con la pasión, pero ¿acaso es posible edificar toda una vida con base en una atracción física casual, en algo que si hoy le resulta agradable mañana puede resultarle agotador?

Siguió hablando, pero sus palabras ya no llegaban hasta Vera: le castañeteaban los dientes, se había envuelto completamente en su chal, apretaba sus rodillas entre sus brazos. Leonardo da Vinci... Al parecer alguien ya había pensado en todo eso antes que ella... Leonardo da Vinci... La Gioconda... Tenía la impresión de que alguna vez había sido robada. Apenas llegue a París, iré a verla. Boris Isáievich Adler opinaba que la Gioconda era una mujer totalmente desprovista de interés. Alexandr Albértovich dice «enlacemos nuestras vidas» en vez de «casémonos». Suena ridículo. Dios mío, qué delgado es, qué pantalones tan raídos lleva.

Le resultaba muy difícil controlar los temblores que se acrecentaban. No le pedía una respuesta, ni ella se la hubiera podido dar. Él se inclinó para darle un beso en la cabeza, y comenzó a frotar su cara contra aquella cabellera espesa, recogida en un moño detrás de la nuca. Una horquilla cayó del pelo con un ruido casi inaudible, él quitó la otra, y el cabello se desmadejó. Él comenzó a acariciarlo con ambas manos, a enrollarlo entre sus dedos, a dejar sus manos perderse en él.

—¡Qué cabellera tan espesa! —dijo en voz muy baja—. Y qué fría está.

Después puso sus dedos, también fríos y largos, sobre el cuello de ella. Y de pronto ella dejó de temblar y se giró hacia él, todavía sentada en el suelo. Él comenzó a besarla sobre la frente, luego en los ojos, en las mejillas... Eran unos besos diferentes, sí, distintos, no se parecían en nada a lo que había experimentado antes, ligeros, presurosos; allí, junto a ellos, en ese momento, se desató un mar de lágrimas, un mar de palabras y todo el destino de una vida humana.

Después de aquella tarde, sobrevino la primera noche de insomnio para Vera: como si hubiera llegado inmediatamente la cuenta por la primera cercanía que había tenido con Alexandr Albértovich, como si tuviera que pagar con su sueño. Durante aquellas horas ella se sentía dispuesta a dar todo un año de su vida para terminar con el silencio que reinaba en su casa, para que en algún lugar —arriba o abajo— cayera alguna cosa o se produjera algún ruido. Pero todo continuaba en silencio. Lo más terrible era que no podía llorar. No encontraba razón para hacerlo. ¿Por qué? ¿Por quién? Por la vida, que ella amaba tanto y que ahora le pagaba con una felicidad tan enfermiza e insatisfactoria.

Y no dejaba de martillearle la cabeza la idea de que todavía nada había sido decidido, de que todo podía arreglarse, de que todo podía cambiar aún porque no había sido hecha aún ninguna promesa. Pero ella sabía que aquello no era más que una tentación y una mentira, porque ya todo estaba decidido y nada podría modificarse, y que había dado su palabra con mayor firmeza que bajo la corona del matrimonio. Y entonces una piedad irracional y apasionada por él la embargó y esta piedad era tan semejante a la felicidad, que si en ese momento hubiera aparecido otro hombre, un hombre sano, fuerte, que le besara los labios y los senos, que corriera feliz a su lado a disfrutar del deshielo, ella no habría comprendido qué hacía allí. La piedad la había envenenado, le había atravesado el corazón, la había asfixiado. Ella ya no podía hacer nada: ni desear, ni luchar, y le parecía que toda la tristeza del mundo —no del mundo de ella, radiante, lleno de fanfarrias y de arco iris, sino del mundo de él— se le había venido encima, como si ella fuera un recipiente que pudiera contenerlo todo y soportarlo todo.

IX

La habitación de Alexandr Albértovich tenía un balcón. Era la antigua habitación de Shurka, la misma en la que se encontraba la otomana y en la que resplandecía a la luz de la luna la estufa de azulejo. No había sido, pues, una casualidad que Alexandr Albértovich hubiera encontrado allí el peine de Vera. En el balcón pequeño, que daba a la calle, había dos sillas. Vera llegaba de visita, se sentaba, y miraba hacia abajo, a la calle; Alexandr Albértovich siempre se sentaba junto a ella. Shurka solía venir, cruzaba una pierna delante de la otra, y se quedaba en el marco de la puerta:

—¿Y cuándo se van a casar finalmente?

Ya hacía muy buen tiempo, era el final de abril. Sobre la miseria y la desolación de la ciudad hambrienta resplandecía un cielo azul que prometía un verano largo y claro. Había unas cuantas tiendas, una peluquería a la que Shurka llevaba a Vera para que se rizara el cabello; había también un restaurante en donde todo era muy caro y muy malo. Cada día Alexandr Albértovich pegaba algo a sus botines y luego se pasaba mucho tiempo limpiándolos con un cepillo, para acabar tiñéndolos con tinta. En ocasiones, por la noche, cuando todos se acostaban, él iba a la cocina, ponía agua a hervir en un perol y lavaba su camisa. Durante el día le subía la fiebre, se recostaba; decía que era debido a la inquietud, a la espera, sabe Dios a qué.

—Entiende una cosa —le dijo a Vera su padre mientras la tomaba, como era su costumbre, por los hombros, produciéndole un ligero dolor—, yo no puedo estar ni a favor, ni en contra de ese matrimonio. Tú eres un ser libre. Pero piensa, ¿no se reducirá todo esto a pura compasión?

—No sé cómo explicártelo —respondía ella, sombría—. La compasión es algo demasiado impersonal. Y actualmente eso es imposible, ahora todo es personal.

Él se quedaba mirándola muy fijamente, luego le quitaba los ojos de encima y le revolvía el cabello con la mano.

—Lo mejor sería, por supuesto, que no tuvieras ninguna duda, lo mejor sería que te quedaras aquí con nosotros. Porque ¿qué va a pasar, si no? ¿Eh?

—Volveré —respondía ella, intentando no pensar ni cuándo, ni cómo llegaría a ser posible.

El día de la boda Vera se puso de nuevo su vestido de cheviot: era el mejor, el único. La víspera había ido con Alexandr Albértovich al comisariado y allí los habían registrado como marido y mujer.

—¿Qué va a pasar ahora, te irás a su casa por la noche? —preguntó la madre al ver que Vera no hablaba de mudarse.

—No, para qué. Esta semana que aún queda hasta la partida, continuaremos viviendo como de costumbre. De todos modos estamos juntos el día entero.

La madre no hacía más que sentarse: en la silla, en la cama, sobre el baúl, no se tenía en pie.

—Sabes —le dijo a Vera desde algún rincón—, en una época me gustaba mucho vivir.

Vera miraba por la ventana.

—Pero ahora me da lo mismo.

«No debo preguntarle por qué, no debo» pensó Vera.

La madre continuaba sentada mirando a Vera. Las manos, maltratadas por el trabajo, caían a los lados de la silla, llevaba puesto un vestido burdo: su cuerpo se había agotado prematuramente.

—¿Parezco una anciana? No tengo demasiados años, pero me siento muy vieja, y el día que te vayas con él, seguramente sentiré que cumplo cien años.

—¿Por qué? ¡Qué tonterías estás inventando!

—Ah, no seas tan severa conmigo, soy capaz de echarme a llorar. Ahora estoy muy susceptible —ocultó la cara y se limpió una gruesa lágrima—. Y pensar que todavía se encuentran personas como tu Alexandr Albértovich... —Vera levantó la cabeza—. ¡Quiérello! ¡Quiérello mucho! Si ya estás en ello, no vayas a abandonarlo.

A la iglesia llegaron todos juntos: Guenia y Matreninski sostenían las coronas, Shurka estaba de pie con un ramillete de narcisos, el padre y la madre un poco más lejos, y junto a ellos, se encontraban dos damas que vestían blusas iguales con corbata, ambas llevaban un reloj de bolsillo y quevedos: eran amigas de la difunta madre de Alexandr Albértovich, también traductoras de novelas de moda; una traducía novelas escandinavas y la otra, novelas españolas. Lo llamaban Alik y lo besaban y abrazaban como si fuera todavía un niño.

Sosegados, cansados y hambrientos volvieron a la casa, y la madre se puso inmediatamente en actividad: allí se enteraron de que los esperaba todo un banquete: *borsh*^[7] *zrazy*^[8], manzanas al horno de postre; se enteraron de

que había una botella de champán guardada en el aparador, era *champagne* francés, importado, y todos tuvieron derecho a un sorbito de la espuma.

—Me resulta muy incómodo haberle causado tantas molestias —dijo Alexandr Albértovich, y todo el mundo se rió de él, y también él rió porque daba igual, que más daba que se rieran, que más daba que se hundiera el universo, él contemplaba a Vera, sostenía su mano y ahora ya no la dejaría nunca que se fuera de su lado.

En aquel momento, en la isla Gutuiev, ya estaban limpiando y cargando el barco (de mercancías y de pasajeros) que debía conducirlos a Shtettin...

A los acompañantes no los dejaban entrar hasta el muelle, y tenían que despedirse en la aduana, en un corredor estrecho que acababan de pintar con pintura al aceite; todo el tiempo había que tenerlo en mente para no rozar las paredes; había gente que quería pasar y había que apartarse para dejarles paso. Vera tenía ganas de abrazar una y otra vez a su madre, bañada en lágrimas, temblorosa y, a pesar de todo, sonriente; a su padre, cuyos besos eran tan fuertes que le hacían daño; necesitaba decirle algo importante a Shurka, necesitaba decírselo, no quería olvidarlo. Pero fueron confinados a una esquina, y aquel patizambo de polainas no hacía más que volver y exigir que no se amontonaran, que no entorpecieran el paso, que pasaran lo más rápido que pudieran. ¡Adiós, adiós! Tienes una mancha verde en la espalda. Sé feliz, buen viaje, y usted también que tenga una vida llena de felicidad. Escribe, escribe, con toda la frecuencia que puedas, escribe sobre todas las cosas. Y no te preocupes: limpiaré la casa con trementina, todo irá bien.

Así, para toda una vida, sin que se supiera cuál, quedaba el olor corrosivo del aceite de linaza cocido y la mansedumbre de su madre, y la pasarela echada distraídamente entre la tierra y el puente del navío alemán con dos chimeneas.

Zarpó de noche, como si hiciera algo prohibido. Hasta que oscureció, Alexandr Albértovich y Vera no dejaban de mirar, subidos encima de una caja, el contorno de Petersburgo que se perdía en el lento crepúsculo del verano: la fábrica Kalinski, la fábrica de Koenig, y la aguja lejana que estaba más allá de las casas envueltas en la bruma.

Ella nunca había pensado que Petersburgo fuera así visto desde el puerto.

—Yo tampoco —dijo él.

Le dolía no haber estado nunca antes en ese lugar, allí donde el mar tenía un olor tan fuerte que uno llegaba a pensar que perdería el sentido.

—A mí también —dijo él nuevamente.

Ella soltó una carcajada, le quitó el sombrero y le revolvió el cabello.

—Gracias —dijo él y le besó la mano.

Ella fingió querer estrangularlo.

—Gracias otra vez —dijo él de nuevo, la miró, se tapó los ojos, y cuando él se cubrió sus enormes ojos claros. Vera tuvo la impresión de que algo se extinguía a su lado, de que se extinguía su propia vida, tan amarga, tan difícil y maravillosa, hecha de separaciones, de países desconocidos y lágrimas saladas.

Recordó dos despertares. El primero, la mañana antes de llegar a Shtettin. Viajaba en la litera superior, como en una red (el camarote era pequeñísimo) y oía el golpeteo de la máquina. «Sin regreso —se dijo de pronto a sí misma—. Vivo. Me voy. Golpetea». Qué significaba aquello, ni ella misma lo sabía, pero sentía que no era posible detenerse, ni a la Tierra alrededor del sol, ni a las ruedas de los coches, ni a ella.

—Hemos llegado a algún lado —dijo ella mientras se asomaba a la litera inferior y descubría que él también ya se había despertado.

Le extendió su mano tibia y él se acercó hasta ella y comenzó a besar la palma, los dedos, acariciándose el rostro con el dorso y abandonándose completamente a ella. Fue un momento de felicidad convulsiva. Después se inició el día.

El segundo despertar fue cuando estaban a punto de llegar a París. Él no se había despertado y ella estaba sola y tenía miedo. Salió al pasillo. Había poca gente en el vagón. Se puso a mirar los tejados de tejas de las casas de los suburbios, los primeros rótulos, la ropa blanca tendida afuera, los montones de hierro viejo. Cada vez tenía más miedo. «¿Adónde? ¿Para qué? Espere»... Se abrió de golpe una puerta, pasó el inspector. El tren parecía estar descendiendo una montaña, su andar parecía todavía más irreversible, más desesperado que las ruedas del barco. Apareció un letrero: «París a 34 kilómetros». Vera se sostenía del barrote de níquel de la ventana. «París a 29 kilómetros». Eran las nueve de la mañana. ¿Para que te aferras al barrote de níquel si de todas maneras vuela contigo? «París a 18 kilómetros». Alexandr Albértovich había salido y se había quedado de pie junto a ella: aunque se acabara de despertar, su cara nunca tenía aspecto soñoliento. A pesar de su presencia. Vera seguía sintiéndose inquieta. «París a 8 kilómetros». ¿Ya? Él vuelve al compartimento para recoger sus cosas. A ella le es indiferente, adónde, así fuera a la constelación de Hércules. Y de pronto, un bramido, un silbido, un estrépito en las agujas, de nuevo una inscripción, una plataforma, un tren que viene en sentido inverso. «París a 3 kilómetros». París...

Entonces todo parecía grisáceo y brumoso, a pesar del día veraniego y claro; lo mismo parece ahora, lo mismo ha parecido durante estos tres años. También el apartamento parecía brumoso: era el apartamento del difunto hermano de Alexandr Albértovich, su viuda se había ido al Sur y se lo había dejado a él, con todos los espejos, los cuadros y las plantas. Incluso Liudmila, que había de pronto aparecido aquí, parecía envuelta por la bruma (Vera no soportaba a las sirvientas de carne y hueso).

Durante el primer mes de esta nueva vida, él todavía salía a dar algún paseo, reía, se compraba trajes y otros objetos innecesarios, invitaba gente a casa. Después todo eso se acabó.

—¿Adónde vas? —le preguntaba él—. No puedo vivir sin ti. Me muero cuando no estás. Lo mejor será que vaya contigo.

Ella se quedaba. En realidad ella no tenía a donde ir, quizá sólo a mirar alguna cosa, ¡había visto tan poco en su vida! Después también aquello se acabó. Siguió un año de reclusión, de una tiranía histérica por parte de él; y luego, un año de resignación. Y ahora le permitía sus salidas matinales de vez en cuando, como si la estuviera preparando para una próxima liberación de su persona.

Hacía tiempo (todavía el verano pasado, al parecer) ella leía en voz alta para él. Él era capaz de escuchar una o dos páginas. Por alguna razón, con mayor frecuencia que otros libros, le caía a las manos *Eugenio Onieguin*, y ninguno de los dos sabía por qué amaban tanto aquella novela. Allí no se hablaba de ellos, ni de su extraña unión, ni de la avidez atormentada y obsesiva que él sentía por ella en vísperas de su muerte, ni de la necesidad bestial, imperiosa de llevársela con él; allí no se hablaba tampoco de ella, de aquella entrega suya que no comprendía pero que ahora sabía petrificada, ni de la sed demencial de libertad que sentía. Ahora él se cansaba después del primer verso, pero en ocasiones, por la noche, cuando no podía dormir, le decía:

—Había un pasaje en donde se hablaba de cómo giraba el vals...

Y Vera leía:

A la vez monótono e insensato,
como el tornado de una vida joven,
gira el vals en ruidoso torbellino^[9]...

Y entonces él levantaba su mano debilitada en señal de que ya había sido suficiente, de que aquellos versos ya le habían producido más inquietud de la que podía soportar en un día, y ella guardaba silencio.

No se daba cuenta de que Vera leía en voz más alta que de costumbre, cada vez leía en voz más alta: él dejaba de oír, dejaba de ver, de darse cuenta de lo que ocurría alrededor, y lo único que ansiaba, lo único que todavía reconocía, era su presencia, como un alma viva, que se movía, un alma dotada de calor y de salud.

En una ocasión ella se levantó muy tarde por la noche al oír sus gemidos —era la tercera noche consecutiva que ella no dormía, después de la última hemorragia de garganta que él había sufrido—, y tambaleándose y vacilando, llegó hasta su cama esperando el momento en que él se despertara para inclinarse sobre él, rodearlo con sus brazos, protegerlo de todo lo que lo martirizaba y lo hacía sufrir. Sin embargo él murió sin despertarse. La lámpara, recubierta con papel periódico, estaba encendida; se podía oír el ruido del agua correr por las tuberías y derramarse en algún lado. Vera tomó el libro para no dormirse, lo abrió en la carta de Onieguin a Tatiana y, para no perder el hilo de la realidad y de su propia conciencia, se puso a leer en voz apenas audible:

Al encontrarla por obra del azar un día,
distinguí en usted la chispa de la ternura,
pero nunca me atreví a creer en ella,
para no traicionar mis amadas costumbres;
de mi odiosa libertad
no me quise desprender^[10].

Aquello decididamente no se parecía a nada, pero la lectura en sí le recordaba algo. La luz que caía sobre el libro, el cadáver que estaba en medio de la habitación, la lectura dirigida a él. Todo aquello le recordaba la lectura nocturna del salterio junto al abuelo. Hacía mucho, mucho tiempo, en su niñez. Cuando la vida repicaba y resplandecía y se derramaba sobre ella...

No daban todavía las siete de la mañana cuando dejó de leer y cerró el libro. Sobre la ciudad la noche apenas comenzaba a rasgarse en el cielo; algunas sonidos, los más tempranos, los primeros, comenzaban a llegar a través de la ventana abierta. De pronto ella dirigió la luz de la lámpara directamente a la cara de Alexandr Albértovich, a esa cara azulada y angulosa.

No cabía duda: era libre.

TERCERA PARTE

I

Ya no era una primavera falsa, sino una primavera auténtica y feroz la que se había apoderado de la ciudad, y no se parecía en nada a aquel diciembre húmedo de hacía más de un año, el diciembre de los funerales de Alexandr Albértovich, de la llegada de Lizi desde Niza, del desmantelamiento del apartamento disparatado y polvoriento. En el séptimo piso de un enorme edificio que daba hacia algún lugar fuera de la ciudad, al verdor y a la lejanía, en una habitación de techos bajos empapelada de color blanco y poco amueblada pero con algunos objetos que brillaban de tan nuevos, de tan poco usados, a la hora en que el sol se levanta en el horizonte pero aún no se distingue encima de las casas. Vera se despertó, abrió los ojos y sintió una oleada de felicidad tan inexpresable, tan volátil, tan aguda que, inmóvil, sin parpadear y sin mover siquiera los ojos que tenía puestos sobre la ventana azul desprovista de cortina, intentó aprehender ese instante, prolongarlo. Durante un minuto o dos (después trataba de recordar si no habrían sido tres) logró que continuara aquella sensación extraordinaria que no había experimentado desde su infancia (pero que ahora era diferente) y que terminaba con un sobresalto imaginario, pero igualmente preciso, del corazón. Ese sobresalto había hecho que antaño, en la casa de campo de Okulovka, se estremeciera su camita infantil, y hasta Dios, en su marco de lámina, colgado de uno de los barrotes de la cama, también temblara. Ahora no había ni Okulovka, ni los barrotes de la cama, ni siquiera Dios, estaba sola. Ella y el tiempo que transcurría y que haría de ella un ser mortal o inmortal... ¿acaso no daba lo mismo? Y justamente eso era lo que hacía que aquellos dos o tres (tal vez cuatro) minutos fueran de felicidad: el hecho de que todo en su interior, suavizado y distendido por el sueño, de pronto dirigiera su mirada atenta y serena hacia un lugar en donde al parecer antes no había habido nada; que mirara y que descubriera aquella vida que también estaba en ella, y una vez que la hubiera visto, que se uniera con una parte de aquella sensación de alegría asfixiante, no con esa imagen de su persona que había soñado reflejada en el espejo, sino con todo el universo, con el sol que se levantaba, con las aves que alborotaban, con todo aquello que no tiene ni puede tener fin. Y en ese instante casi insoportable —porque, por supuesto, aquello duraba

sólo un instante, lo de los minutos fue algo que ella inventó después—, sentía que el tiempo no transcurría sin rozarla, sino que ella misma era el tiempo, ella junto con el sol, las aves y el universo. Y todo lo que pudiera ocurrir con ella mañana y después del día de mañana ya estaba en ella y no vendría del exterior. Pues bien, ella existía, ella vivía y viviría después, porque no tenía fin. Pero... ¿podría ser que ese «después» ya hubiera llegado? En ese momento se quedaba dormida y se despertaba tarde, saltaba de la cama, recordaba los pensamientos tan solemnes que había tenido al amanecer, recordaba que estaba sana, que era libre, joven, que no se arrepentía de nada, que tenía ganas de todo y entonces abría las ventanas de par en par para irse, para alejarse con el pensamiento caminando sobre los tejados azules, por la lejanía, por entre el verdor, en el cielo, hasta que se sosegaban en ella los rumores de esa felicidad infundada.

La víspera, durante el día, había vuelto a París. Año y medio antes se la había llevado de allí Lizi, aquel mismo diciembre húmedo. Vera había enviado a Niza un telegrama para advertirla de los funerales. Lizi era la viuda del hermano de Alexandr Albértovich, que no tenía a nadie más, además de Lizi y de Vera. Llegó ataviada de luto riguroso, lo que iba muy bien con sus cabellos teñidos, ligeros como la seda y con su rostro amable en el que todavía se distinguía la huella del encaje que rodeaba la almohada que había utilizado en el tren. Hasta antes de aquel día. Vera solo la había visto una vez. «Yo la *quero*», por alguna razón le gustaba decir a Lizi a todas y a cada una de las personas con las que trataba: en ruso no sabía más que unas cuantas palabras. «Yo la *quero*» le había dicho en esa ocasión también a Vera. Llegó a los funerales de Alexandr Albértovich con aire preocupado pero, como siempre, muy bien arreglada y muy acogedora, dulce y sedosa, perfumada y llena de plumitas negras y pequeñas agujas; Vera se alegró enormemente de verla. Lizi sabía qué había que hacer, cuánto había que dar de propina en el cementerio, en dónde poner la hojita que tenían que firmar los asistentes. Y cuando todo hubo terminado, dijo a Vera que se sintiera en la confianza de dormir todo lo que necesitara, y Vera se acostó y durmió durante cuatro días seguidos: se despertaba cada día al anochecer y de inmediato Lizi le llevaba un café con un panecillo y la convencía para que se volviera a dormir.

Al quinto día, en cuanto Vera se levantó, comprendió que comenzaba algo completamente nuevo, y cuando Lizi le anunció que había renunciado al apartamento, que había vendido los muebles, que había despedido a Liudmila y que había decidido llevarse a Vera a Niza, le pareció que no estaría mal comenzar a oponerse. Lizi lo había decidido todo con una rapidez asombrosa,

había alquilado un piso pequeñito casi en las afueras de París; una habitación para mí, otra para ti, por si algún día tenemos ganas de volver... Los muebles ya habían sido comprados; era imposible llevarse nada de lo que ya existía, todo era demasiado voluminoso, demasiado incómodo. Lizi había recorrido las tiendas a toda prisa; llegaban a casa un montón de paquetes, se fumaban un cigarrillo tras otro, venían de visita algunos amigos. Vera advertía no sin sorpresa que la mayor parte de los amigos de Lizi eran rusos.

Al cabo de dos semanas Lizi se había vuelto como de su propia familia. A Vera le gustaba no tener que pensar en nada.

—Oye —le dijo en una ocasión—, muchas, muchas gracias por todo. Nos iremos juntas y viviremos juntas, pero yo tengo como meta no depender de ti, volveré a París y veré qué puedo hacer en adelante.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Lizi sacudiendo las manos hacia donde estaba Vera—. Por el momento no decidiremos nada, pero dime quién es esta persona y a donde puedo enviarle una carta de agradecimiento.

Sobre la mesa había una pila de sobres de luto y una lista de firmas de quienes habían estado presentes en el entierro. ¡Era sorprendente la manera que Lizi tenía de organizarlo todo!

En la lista debe haber habido unas veinte firmas. Sí, veinte personas habían venido a despedirse de Alexandr Albértovich. Entre ellas estaba Liudmila, y el médico, y la vieja actriz que vivía abajo, y unos cuantos franceses, conocidos de Lizi y de su Jean Claude, y una decena de apellidos rusos. Poco a poco los fueron mirando todos, y después de aquella minuciosa revisión solamente quedaba un nombre desconocido, que además leyeron con mucha dificultad. ¡Quién sería este Dashkovski, dónde viviría y qué apariencia tendría! Ni Vera ni Lizi lo sabían.

—Nunca antes había oído ese apellido —dijo Vera. Lizi pensaba mientras se enrollaba sus rizos...

Durante el mes que estuvieron preparándose para la partida. Vera recibió tal cantidad de cartas, como nunca en su vida. Ella no escribía con frecuencia a su casa y, cuando lo hacía, sus cartas eran cortas, pero dadas las circunstancias tuvo que escribir, y recibió varios sobres en respuesta: de su padre, de su madre, de Shurka Ventsova y de Polina Adler desde Berlín. Cuando Vera las releía una tras otra, las palabras «Querida Vera», «Vera tan querida», «Mi Vérochka» parecían retumbar en coro y se sentía verdaderamente incómoda.

Polina Adler la invitaba a Berlín a pasar algún tiempo en la ciudad, a distraerse un poco; Shurka Ventsova le exigía que volviera de inmediato a

Petersburgo. Sólo sus padres no la llamaban. ¿Por qué? Hacía ya algún tiempo que el edificio de la *rue de Grenelle* había sido ocupado por gente nueva, y uno podía acudir y arreglar sus papeles. Pero sus padres tenían miedo de que a ella se le ocurriera hacerlo. Y así quedaron las cosas.

Había veces en que Vera se quedaba observando largamente la cara de Lizi, sonrosada y redonda, y todo en ella le gustaba, pero lo principal era que Lizi nunca rozaba siquiera aquello que estaba en el fondo de sus relaciones con Vera, no tocaba nunca la razón de su llegada a París. Durante la primera semana estuvo triste y llena de ocupaciones, pero luego, poco a poco y con una alegría serena, comenzó a disfrutar de su estancia en aquel lugar, sin avergonzarse por estar contenta, sin mortificarse por su carácter superficial e intentando siempre que su presencia no obligara a Vera a comportarse de una manera determinada. Porque ¿acaso no daba lo mismo la opinión que pudiera tener ella de Vera? («Vaya tontuela, parecía que en realidad no ha tenido nunca ningún amante»), sin hipocresía, sin violencia se mantenía a su lado. Y a Vera, Lizi le gustaba cada vez más, como comenzaba a gustarle aquella vida que ella le revelaba: por un tiempo, por un tiempo, luego ya veremos. Como también comenzaba a gustarle aquella fila de baúles abiertos en los que Lizi dejaba caer la ceniza de sus cigarrillos mientras bailaba con sus zapatos dorados sin talón por las habitaciones de la casa, y le regalaba a Liudmila, que había venido a ayudar, sus elegantes vestidos pasados de moda hacía ya diez años. Y al mismo tiempo, con las velas desplegadas, los recuerdos abandonaban poco a poco a Vera, se desvanecían los últimos años, los días y las noches, la respiración, la voz de Alexandr Albértovich. Esta nueva vida llenaba su corazón de una paz dulce, viva, imperdonable. Le gustaban los conocidos rusos de Lizi: el amigo del difunto Jean-Claude, el barón N., con quien Lizi se tuteaba; el joven Máslenikov, que se había arruinado en una empresa teatral; Lukashévich, que trabajaba por días en un restaurante y su mujer, que cosía corsés. «Yo los *quero*» les decía a todos Lizi. «Los *quero*» les gritaba por la ventana del vagón y se reía, mientras Vera, sonriendo a su lado, agitaba su guante hasta que desapareció la última de las personas que las habían ido a acompañar; Lukashévich, enorme, calvo y de rostro anguloso.

Ahora de nuevo estaba en París. Y no todo lo que le había ocurrido durante este año y medio había sido bueno, no tenía ganas de recordarlo todo. Pero, ¿acaso tenía sentido volver atrás con el pensamiento? Había decidido jamás volver atrás, si no volvía a Rusia, ni tenía a ninguna persona a la cual volver: todos partían, se morían, desaparecían. En su vejez, quizá, si llegaba a tenerla, quizá entonces llegara a sentir deseos de recordar alguna cosa de

aquella Niza monótona y abigarrada y festiva, pero ahora no. Continuaba su vuelta al mundo y ¿quién, cuando está dando la vuelta al mundo, se acuerda de algo que no sea el día de la partida? Para ella el día de partida había sido el pontón de Sam, cubierto de moqueta verde, bajo el reloj de péndulo de la habitación de estudio, el viejo diván de los Adler...

París no era para ella el regreso. Se encontraba muy, muy lejos de aquella casa en la que había vivido y muerto el magnate del siglo XVIII, y todo era distinto: esta mañana, esta soledad, la libertad, el egoísmo sólido y dichoso, algunos de los proyectos que tenía para el otoño, los exámenes para los que iba a prepararse. Se levantó de un salto y se puso a rebuscar en la maleta hasta sacar un bloc. «Querida Lizi: Una vez más, gracias. Lo encontré todo en perfecto orden y con un fortísimo olor a naftalina. He cerrado tu habitación y no voy a utilizarla. Un saludo para todos. Sobre todo para Fedia y las niñas. Y en lo tocante a K., no me escribas nada que tenga que ver con él ni le des mi dirección...».

Era la herencia de Niza, que tenía un sonido enigmático pero que ambas comprendían que amenazaba con volverse polvo entre los recuerdos al día siguiente o incluso aquella misma noche. Era algo que todavía inquietaba a Vera de manera un poco turbia, pero que luego se alejaría para siempre. También su carta era confusa: la última huella de la intrincada vida que había llevado Vera durante el último año y medio. De aquella vida emergía la sed de un ser despreocupado que había sido presurosamente apagada con otro, una casualidad insulsa, un juego que había tenido el sabor ilusorio de la fidelidad. Se había defendido tanto y tantas veces de todo lo que era grande, de todo lo que era auténtico, que apenas había surgido algo con apariencia de complejidad. Vera huyó. Y he aquí que ahora su alma se llena de alegría por este despertar, por el día que comienza, por su espíritu decidido, por el sol que brilla sobre París, por el hecho de que ella continúa, sin descanso, caminando sobre los tejados de París.

II

Una semana después del regreso de Vera a París, sonó el timbre en la puerta de la entrada. Era un día de viento; las ventanas, tanto de la habitación como de la cocina, estaban abiertas de par en par, y el viento hacía volar algunos papeles; una tortilla de cuatro huevos crepitaba sobre la cocina.

Vera se disponía a desayunar, estaba rebanando el pan con un cuchillo de sierra, y cuchillo en mano acudió a la llamada de la puerta. El hombre con el que se encontró frente a frente le resultaba del todo desconocido. Estaba de pie y sonreía.

Desde la cocina, levantadas por una nueva corriente de aire, llegaban volando hojas de periódico, el papel en el que había estado envuelto el queso, un sobre... El hombre dio unos cuantos pasos hacia la entrada y detrás de él se cerró la puerta de golpe; pescó el sobre al vuelo, siempre sonriendo, se lo entregó a Vera, echó una ojeada rápida al cuchillo que ella no había soltado y dijo, quitándose el sombrero:

—Buenos días. Vera Yúrievna, por fin la encuentro.

Era de corta estatura, más bien delgado, e iba vestido con pulcritud. Debe tener cerca de sesenta años. Llevaba un bigotito canoso y, haciendo juego con su bigote, unas cejas pobladas, grises, bien delineadas. Con sus ojos café, muy vivos, incluso demasiado vivos debido al desasosiego, miraba a Vera a la cara, y su sonrisa —en la que brillaban unos dientes magníficos— también era sólo una consecuencia de su gran inquietud.

Vera retrocedió, mirándolo fijamente.

—Me llamo Dashkovski. ¿Siempre recibe usted a los desconocidos con un cuchillo en la mano? ¡Dios mío, por fin! ¿Dónde se había usted metido durante todo este tiempo? Déjeme verla bien, bien —tartamudeó ligeramente, y después de haberle besado la mano, él mismo la condujo hasta la habitación, a la ventana, a la luz—. ¿Lo encuentra divertido? El viejo tonto que de pronto aparece... ¿no se imagina usted para qué? Pues para verla, única y exclusivamente. ¡Ah, qué parecida es usted a ella!

Bruscamente le dio la espalda, se limpió con toda celeridad la cara con el pañuelo y, con un movimiento impetuoso, se sentó en una silla.

Sólo entonces Vera articuló:

—Siéntese.

—Desayune, por favor, desayune, yo también comeré para que no se sienta usted incómoda —y, diciendo esto, tomó la corteza de un pan, le puso sal y comenzó a masticarla con dedicación—. ¡Está muy bueno! —Guardó silencio un momento, y cuando volvió a tomar la palabra, lo hizo de un modo completamente distinto—. Después de los funerales fui a buscarla a su antiguo apartamento y allí me dieron esta dirección. He estado viniendo una vez al mes, he venido ya catorce veces. Y hoy, abajo, me han dicho que usted había vuelto.

—Voy a cerrar la ventana —dijo Vera—, seguramente tiene usted miedo de estas terribles corrientes de aire que hacen que todo golpee.

«Ayer vino a visitarme uno de tus antiguos novios —escribía Vera a su madre al día siguiente—, creo que tuviste cuatro, ¿no es así? Éste me pidió que me soltara el pelo y que me peinara como te peinabas tú en aquella época. Estuvo lanzando sonoras exclamaciones sin parar de dar vueltas a mi alrededor, y al final pareció sentirse terriblemente afligido, palpó mi cara e insistió tanto en el tema de los cabellos que yo, ya harta, hoy por la mañana fui a la peluquería y me corté el pelo (afortunadamente está de moda). Estuvo en casa mucho tiempo y no paró un minuto de contar historias. A qué se dedica actualmente, eso es algo que no te puedo decir, tengo la impresión de que escribe en los periódicos. Debo ser muy sincera contigo: tuviste toda la razón, papá es una persona infinitamente más interesante... Ahora habrá que esperar a ver si después de éste aparecen los otros...».

En realidad las cosas no eran del todo así.

—Los años pasan —decía Dashkovski mientras se comía una manzana que no tenía ganas de comer—, y nosotros empezamos a encontrar dulzura en lo que nunca pasó, o... ¿cómo lo dice Lérmontov? Comenzamos a eludir los impedimentos, a no tomarlos en cuenta; a veces incluso evitamos que se encienda alguna chispa, aunque sepamos que es magnífico, y todo porque estamos hartos, cansados, viejos. Pasan los años y aprendemos a decir: podría haber ocurrido, pero no ocurrió (pensando para nosotros mismos: ¡gracias a Dios!). Y en aquello que no ocurrió, aprendemos a descubrir un cierto encanto.

»¿Acaso se puede entender esto cuando uno es joven? Es entonces cuando le arrebatas a la vida todos los trozos que puedes. Y ¿qué dulzura, ¡que el diablo me lleve!, qué dulzura se puede llegar a experimentar en algo que no sucedió, que no se dio? Te lanzas... aunque aquello no dure más que un

instante; por curiosidad, por vehemencia, estás dispuesto a convertir el mínimo encuentro en una cuestión del destino.

»... Más, déjeselo caer un poco más sobre la frente, así, y páselo por detrás de las orejas. Permítame, yo mismo la peinaré. Nunca les crea cuando le digan que un amante rechazado sólo recuerda los buenos modales y el carácter alegre de su amada. No. Los recuerdos se vuelven enormemente sensuales: el mechón de pelo sobre la sien, los senos firmes, las piernas... es eso lo que recordamos. El calor que despedía su cuerpo frío.

Vera se alejó de él, pero no le quitó la vista de encima.

—Volví a Petersburgo cinco años después de su boda —continuó Dashkovski; retiró el plato, tomó el cenicero y fue a sentarse a un sillón—. Usted debía de tener entonces tres años. Ahora escúcheme con mucha atención: yo sabía que su padre no se encontraba en casa; llamé. La sirvienta me dijo que pasara al comedor; tengo la impresión de que era la única habitación «arreglada» de la casa, porque entonces ustedes vivían bastante pobremente. El comedor me pareció algo oscuro. Si no me equivoco, a la izquierda había un aparador, y a la derecha, al lado de la ventana, una mesita.

»Imagínese, yo estaba de pie con el abrigo puesto, y llevaba en las manos un sombrero hongo. Oí el levísimo roce de su vestido contra la puerta. Entró. Usted, estoy completamente seguro, jamás prestó atención al contorno tan maravilloso, tan tierno y versátil que tenía su rostro. Ella se sonrojó y desde el primer momento estuvo dispuesta a sonreír, me extendió su mano, me invitó a sentarme. Estaba dispuesta a todo tipo de gestos cariñosos. Pero mi apariencia le hizo concebir sospechas y de pronto se asustó. A pesar de lo cual, aunque con labios temblorosos, me respondió que era feliz; ella tenía todo el derecho de no contestar a una pregunta impertinente y, como en el teatro, extender el dedo índice y señalarme la puerta; pero algo de jovencita todavía quedaba en ella, algo que se mantendrá hasta la vejez, algo que en usted no se nota en absoluto. Y vamos, en general, ¡qué puede entender usted! Sus labios temblaban, sus ojos resplandecían... ¿qué provocaba esas lágrimas? ¡Compasión, por supuesto, compasión! Me pidió que me fuera, como se le pide a un amigo íntimo y fiel un favor, diciéndole, en cualquier caso: «no te enojés, te lo ruego».

»Pero yo no me fui, y de pronto comencé a suplicarle. Nunca se debe suplicar nada a nadie. Pero entonces yo no razonaba, le propuse que partiera conmigo al extranjero, que la trajera a usted con nosotros. Yo era un hombre rico, Vera Yúrievna. Pero ella respondió: “Por el amor de Dios, márchese,

márchese en este mismo momento. No quiero ni verlo, ni oírlo...”. No me mire usted así, míreme con un poco más de condescendencia. Deme su mano.

Sin embargo. Vera no le dio su mano y también cambió la silla por el sillón, sentándose justamente a su lado.

—Hay una cosa que la sorprenderá. Vera Yúrievna, cuando venga a visitarnos —continuó Dashkovski—. Sí, «a visitarnos», porque estoy casado. Me casé durante la guerra. Moguiliiov, un hospital, una hermana de la caridad; tenía unos codos tan tersos... con los que se mantenía tan alejada de mí... Tenía algo muy prudente en la mirada (eso lo conserva aún hoy). Una cosa la sorprenderá: en algo se parece a ella. No es en absoluto lo mismo, por supuesto, pero hay algo... Cuando me dijeron que estaba usted en París (acababa de morir su esposo), quise ir a verla, e incluso firmé. Me hacía muy feliz poder observarla. Y me pareció que la dama que se encontraba a su lado, con los guantes negros de tul y las uñas argentadas, advirtió mi presencia.

—No, Lizi no lo vio.

Dashkovski guardó silencio y siguió fumando; fumaba casi sin interrupción, un cigarrillo tras otro, y en la habitación se habían acumulado ya varias capas de humo estático.

«Más, más, continúe usted hablando» quería decirle Vera, pero tuvo miedo de traicionar su curiosidad, no en lo referente a aquello que en el pasado había sentido por su madre, sino en lo que se refería a la inmensa experiencia que él poseía en el terreno del amor y del sufrimiento, y que ella no tenía. En todo lo que él decía, estuviera relacionado o no con su madre, ella percibía justamente lo que necesitaba, aquello que respondía a sus pensamientos más recónditos que no eran claros ni para sí misma, temiendo en todo momento que viera algo infantil en la tensión que se había apoderado de ella y detrás de la cual ocultaba su avidez; pero al mismo tiempo no quería que la considerara una mujer completamente adulta y experimentada, porque no lo era.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —inquirió ella—. Usted dice que yo me parezco a ella, que su mujer se le parece... Ha tenido diversas mujeres, y en cada una, tal vez, haya habido algo de ella. ¿Nadie ha podido reemplazarla? ¿Acaso hay personas insustituibles?

En ese momento a Vera le pareció que él la miraba con sorpresa y desdén, pero no comprendió si la razón de aquel desprecio: se debía a que ella, Vera, le había formulado esa pregunta, o a que ese tipo de preguntas pudieran ser formuladas.

—¿Reemplazarla? —pronunció con claridad y con una seriedad absoluta en el rostro—. ¿Es usted consciente de lo que pregunta? ¿Piensa usted que una persona es algo así como una hierba o una concha del mar? ¡Ah! Con usted ni siquiera vale la pena hablar.

—¿Entonces por qué habla conmigo?

—Si he de decir la verdad, para poder mirarla. Usted no se puede imaginar el placer que eso representa para mí. ¡No se atreva a tocarse el pelo! Quédese un poco más así.

Ella bajó las manos.

—¿Y si la viera usted tal y como está hoy? ¿Quiere que le enseñe una fotografía? Tiene el cabello casi completamente blanco.

—Enséñemela. ¿El pelo blanco? ¡Pobre pequeñuela! —y Vera tuvo la impresión de que había querido decir «pobre tontuela»—. ¿Usted piensa que la juventud significa algo? ¿Se siente usted orgullosa de ser joven? Por supuesto, es natural, no me hago ilusiones respecto a su inteligencia. Pero, ¿acaso la juventud sedujo a alguien alguna vez? ¿Disuadió de algo a alguien? Hay algunas cosas por las cuales nada importaría entregar la juventud a cambio. ¿Se ha enfadado usted?

Ella había dado un salto, rompiendo entre los dedos la cajetilla de fósforos.

—¿Qué cosas son ésas? —preguntó ávida desde una esquina de la habitación.

—Discúlpeme, pero no hablaré más. Únicamente quería decir que todas las chispas, todas, que todos los así llamados minutos de locura, dejan de sernos necesarios en la madurez, lo que queremos es durar... ¿Ha oído usted alguna vez esa palabra, muñequita? Durar. No la olvide. Sólo se desea una cosa: solidez, seguridad, que la felicidad que me acompaña hoy esté conmigo también mañana, y pasado mañana. Que quien está junto a mí, sea para siempre mía, mía sin reserva, cuando estoy despierto y también en sueños, y que quiera lo mismo que yo quiero y de la misma manera. ¿Acaso eso es lo que se persigue en la juventud?

Vera estaba de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin mirar a Dashkovski. Tenía miedo de interrumpirlo.

—Y usted guárdese todos los aforismos de la post-guerra relacionados con el engaño, los celos, la pasión y etcétera —dijo él, echando en el cenicero otra colilla—. Láncese hacia lo que quiera, hacia donde quiera, hacia quien quiera.

Levantó la vista: Vera lo estaba mirando.

—O bien quédese tranquila y espere lo que le toca.

—No, por favor, deje ya de hablar así conmigo —exclamó recobrando el aliento—. Dígame, por favor, de verdad, dígame ¿qué puedo hacer?

Él se levantó con calma, metió las manos en los bolsillos, levantó los hombros y se alejó, se dirigió al rincón más distante de la habitación, y desde allí profirió con un deje de infinita tristeza y la expresión de un hombre viejo:

—Envejecer.

Ella estaba dispuesta a arrancarle aquella palabra de los labios. Lo miraba a los ojos con toda la habitación de por medio. «Más, más» quería pedirle con tal de que no se marchara, que le explicara, le enseñara.

—Por favor, no se vaya —farfulló—. Espere un momento, todavía es temprano...

Ambos miraron a través de la ventana al mismo tiempo. Se desplazaban por la habitación en medio del humo como si estuvieran bajo el agua. El humo flotaba en nubes por encima de sus cabezas a cada paso que daban.

Detrás de la ventana el aire comenzaba a enturbiarse. Una nube, primero rosada y luego violeta, navegaba en dirección a ellos, navegó hasta desvanecerse, sin haber llegado a puerto. Después, en las colinas que se distinguen a lo lejos, comenzaron a encenderse pequeñas lucecitas y el cielo se hizo más profundo y más espeso. Ellos se estuvieron paseando por la habitación sin un fin determinado y durante mucho tiempo, sin estorbarse mutuamente y sin rozar los muebles, que en realidad eran escasos. Dashkovski hablaba y Vera tenía la sensación de estar inclinada junto a un riachuelo que corriera frente a su cara, hundiendo los labios en su viva frescura. Lo escuchaba. ¿De qué hablaba? Del amor, de la felicidad perdida, de la imposibilidad de sustituir los recuerdos, del poder que ejerce una persona sobre otra, de los años que se han ido. Ahora le hablaba sin la condescendencia hostil de antes. De nuevo se había sentado en el sillón, con una taza de té en la mano, dejando transcurrir las largas horas de esta conversación desmemoriada y volviendo solo por momentos a lo que había venido:

—... y también aquí, algo junto a la boca y alrededor de la frente; pero la mirada es completamente distinta, ahora veo que su mirada no es la misma y que sus manos me son totalmente desconocidas. —Y tomando aquellas manos desconocidas, las observaba y las alejaba de él.

Cuando Dashkovski apagó su último cigarrillo y se levantó, en la habitación no se podía distinguir nada a causa del humo y de la oscuridad. Dashkovski sacó del bolsillo de su chaleco un viejo reloj: las siete.

—La próxima vez que venga —dijo, saliendo al vestíbulo en donde Vera estaba encendiendo la luz—, habrá que poner un despertador para que esto no se prolongue tanto tiempo. Ella hizo un esfuerzo para sonreír.

—Y la próxima vez no seré yo, sino usted quien me cuente todo tipo de cosas interesantes —concluyó.

Ella asintió con la cabeza. No podía contarle nada interesante: su vida le parecía una cadena de errores casuales y muy poco brillantes. En cuanto se marchó, Vera cerró la puerta, se quedó ahí un momento, después volvió a la ventana y así, sin abrirla, se sentó junto a ella en plena oscuridad y, con las manos cruzadas sobre las rodillas, se alejó con el pensamiento, mirando las estrellas que había olvidado, esas mismas estrellas que no había visto en mucho tiempo.

Algo emergía lenta y consoladoramente a través de su alma dolorida: la conciencia de que había dejado de ser aquella persona hambrienta a la que antaño había conmocionado el sentimiento agudo y punzante experimentado por Alexandr Albértovich. Durante estos últimos meses había tenido tiempo de saturarse, aunque de manera tosca y apresurada. Lo había hecho mal y cuando volvía al tema algo en ella gemía; pero fuera como fuera estaba saturada y ahora tenía la posibilidad de retomar el aliento, de reflexionar un poco, de elegir...

III

Ese mismo día, por la noche, Liudmila pasó por casa de Vera. Vacío los ceniceros repletos de colillas, ventiló la habitación y le dijo que no le aconsejaba liarse con un hombre casado. Vera oyó pacientemente sus palabras. Tres días después, se repitió la conversación; y tres días más tarde Liudmila de plano le preguntó si Dashkovski la había visitado, a lo cual Vera respondió que no, pero que le había enviado una carta invitándola para pasado mañana.

—¿Y va usted a ir?

—Sí.

—¿A ver a la esposa?

—Sí. No tengo ningún idilio con él. El primer día que nos vimos le faltó poco para llamarme tonta.

Liudmila esbozó una sonrisa. En su risa ahora había algo que denotaba una tristeza profunda: dejaba al descubierto sus encías negras y desdentadas, cosa que la envejecía notablemente.

—Pues peor para usted. Es increíble que siempre permita que la humillen.

Vera fue presa de un ataque de risa sin que para ello hubiera ninguna razón.

—Yo le aseguro que usted le gustó mucho más de lo que pude haberle gustado yo.

Aquel día Vera tenía un humor hilarante: por la mañana había recibido una carta de Lizi.

Mientras la leía, percibió una ausencia absoluta del deseo de volver a casa de Lizi: allá todo era maravilloso, en el amable Sur, y sin embargo Vera —¡lo que son las cosas!— no tenía ganas de volver, y el darse cuenta de ello, le produjo una gran alegría. Sí, le daba igual enterarse de quién le mandaba decir qué, y también lo que le contaba la propia Lizi en la carta. Incluso la posdata: «De K., tal y como me lo pediste, no te escribo nada» no hizo enfadar a Vera, sino que más bien la divirtió. Aquel día había realizado una cantidad inimaginable de labores domésticas, anduvo con el delantal puesto y con una pañoleta en la cabeza hasta bien entrada la noche. Antes de dormir, se dio un buen baño, y cuando se acostó, sintió que ni quería ni podía conciliar el

sueño. Y por primera vez, en medio del silencio y de la oscuridad de la noche se percató de la altura que la separaba de la tierra (estaba en un séptimo piso), y de las nubes que la envolvían. Era noche de tormenta.

La tormenta venía de lejos, del Este, del Nordeste, de donde ya alguna vez había tronado encima de Vera. En noches de tormenta, la dacha, recubierta de tablas de madera, se iluminaba como si por un instante hubiera sido presa de un estremecimiento, cosa que sólo se podía ver si se bajaba al jardín y desde allí, tras resguardarse, se observaba, poniendo a prueba la propia valentía. Primero se oía un estruendo de canicas de hierro que rodaban por el cielo como por una superficie dura, luego las hojas como de hierro que se agitaban de manera ensordecedora, y finalmente alguien desgarraba entre las nubes un monumental lienzo de madapolán. Y de nuevo la casa temblaba bajo la luz, y caía muerto alguien que iba ligero por el camino, por los campos, y partía en dos un álamo, ¿por qué precisamente éste y no aquél, o aquel otro?

La tormenta llegaba a París desde los bosques petersburgueses, donde con toda certeza la vieja casa con su balcón de destartalados barandales —aunque cueste trabajo creerlo— todavía estaba en pie, entera, intacta y recubierta de tablas de madera.

Pero en estos estallidos celestes, en su falta de sonido, en sus relámpagos sueltos y demasiado breves, había algo meridional, algo distinto que recordaba al mismo tiempo la costa mediterránea, las magnolias pequeñas y tupidas del jardín de la villa de Lizi que se encontraba al final de la ciudad, ya cerca de la carretera que llevaba a Beaulieu.

Allí se cerraban las ventanas previamente, y el aire sofocante, agotador, permanecía en las habitaciones al tiempo que en el mar y en la ciudad se desencadenaba un aire fresco, y se soltaba una lluvia refrescante y aromática. La tormenta allí transcurría no en el silencio, sino en el fragor ininterrumpido del mar, el rumor de los automóviles por el camino sedoso, en el propio eco incesante que se producía en algún lugar en las montañas. El eco y el rumor y el fragor continuaban cuando el estrépito del trueno cesaba y Vera abría de par en par las ventanas.

—Aquí uno siente que se ahoga, como en un submarino —decía ella y hasta las habitaciones llegaba el olor a magnolia y rododendro, del cual no podías sentirte nunca hartos.

En una ocasión, justamente cuando llovía de aquella manera y acababan de calmarse los relámpagos. Vera distinguió una figura conocida que corría por la calle con el cuello levantado. Salió corriendo al jardín, abrió la puertecilla y recibió un baño de agua casi helada. Karelov, en silencio,

atravesó rápidamente el jardín detrás de ella, entró en la casa chorreando a raudales, auténticos raudales, como si le acabaran de echar un balde de agua.

—Es que no puedo —había dicho él mientras se arrancaba la chaqueta que se le pegaba en la espalda y en los brazos—, de verdad no puedo andar con un paraguas...

Vera se sentó en la cama y encendió la luz. Todo estaba en calma, la tormenta hacía ya mucho tiempo que había terminado. «Y no ha acabado conmigo —se dijo en tono burlón—, aunque estoy en el séptimo piso». De pronto se imaginó con toda claridad cómo caía un rayo sobre el contador de la electricidad que estaba colgado en la entrada, y recorría todos los cables hasta llegar a la lamparita redonda que se encontraba sobre su mesita de noche, acto seguido la mataba, y entonces todo era oscuridad.

En ese instante todo se derrumba: la vieja dacha, allá, en algún lugar del Norte, del Nordeste (todavía en pie por obra de algún milagro), y el rododendro en el jardín de Lizi, y el camino a Beaulieu, y de todo el mar Mediterráneo no quedará ni un solo jirón azul; en ese instante de tinieblas eternas se convierte en polvo París con Dashkovski, la tumba de Alexandr Albértovich bajo la lápida blanca en el cementerio de Pantin, todo, todo lo que alguna vez fue, todo lo que pasó por el corazón, lo que ha quedado en la memoria y lo que se ha borrado, todo desaparece sin dejar huella, el universo se desploma.

No obstante la bombilla que está debajo de la pantalla da una luz cálida y clara, la Vía Láctea, nítida y refulgente, recorre el cielo limpio. ¿Tal vez un ángel atravesase volando el cielo de medianoche? No se ve; no se oye. *Ripiano estaba abierto y las cuerdas sonaban*. No es una romanza gitana, es Fet^[11], y Shurka Ventsova lo cantaba como si fuera una romanza gitana. Y también cantaba: *Yo lo esperaba, y usted, usted no venía*.

Vera abandonó la cama de un salto y se detuvo descalza en mitad de la habitación. Alguien estaba subiendo la escalera (¿por qué no había tomado el ascensor?). Alguien se había detenido detrás de la puerta. Ahora mismo sonará el timbre. Silencio. A lo lejos, se oía la bocina de un automóvil. El reloj que está bajo la lámpara va descontando los segundos. Pasa un minuto. Vera sigue inmóvil, le parece oír detrás de la puerta la respiración de una persona.

Sus piernas están ya congeladas; toda ella, a causa de la tensión en la que se encuentra, se ha ido enfriando bajo el camisón. De pronto oye un movimiento. «Ah, no se puede ser así —piensa—, quizá no sea más que un loco o simplemente un borracho que se ha equivocado de piso y que ahora, en

cuanto meta la llave, se dará cuenta de que no es la cerradura correcta. No se puede ser así». Pero nadie tocó la cerradura. Pasó un minuto más. Y quedó claro: no había nadie en la escalera. Entonces se acercó a la puerta, hizo un gran esfuerzo, y la abrió. El rellano estaba vacío y oscuro, algo brillaba dentro del ascensor.

Vera entró de nuevo, se puso su bata y encendió uno de los cigarrillos que había dejado olvidados Dashkovski; ella no tenía cigarrillos porque nunca había fumado. Una vez más atravesaron por su mente algunos versos: «Pero esto no es poesía, sólo Dios sabe lo que es esto —pensó—. *Yo lo esperaba con una sed insaciable de felicidad*». Se acercó a la mesa en donde había una lima de uñas y una tijeras curvas. «*Yo lo esperaba* —repitió ella a media voz, y la emoción se apoderó de su pecho—, y *usted, usted...*» y de pronto se clavó la tijera en el brazo, a la altura del codo. Después de lo cual se vendó con un pañuelo e inmediatamente apagó la luz. «*Sopla, mientras puedas todavía soplar*».

IV

Eran cerca de las doce de la noche cuando Vera se despidió en casa de los Dashkovski: aquella noche todo había salido de manera muy distinta a como ella había esperado. Para empezar, no se había gustado a sí misma con su nuevo vestido de seda, con el collar de finas perlas de Lizi al cuello, el pelo corto y, por alguna razón, el rostro pálido. Después la sorprendió el hecho de que los Dashkovski vivieran en el centro de la ciudad, en una calle ruidosa, en un apartamento pequeño y mal ventilado, y que no hubiera sido invitada sólo ella, sino otras personas también: el viejo Máslenikov y otro hombre, que quizá fuera letonio o tal vez lituano, y que hablaba un ruso detestable. Pero sobre todo la sorprendió la esposa de Dashkovski: sin saber porqué, había esperado ver a una mujer joven, parecida a su madre de una manera franca aunque extraña, y de pronto se topó con una persona con el pelo de estopa y llena de arrugas, en constante agitación, de aquéllas a las que en Piter, últimamente, han dado por llamar «ciudadanitas», con una ausencia casi total de discreción en la mirada.

—A Vera Yúrievna la conocí cuando era así —comentaba Dashkovski a su mujer y a sus invitados, dejando caer la mano casi hasta el suelo y pescando por la nuca, de paso, a un gato atigrado que atravesaba la habitación sigilosamente—. ¿No es cierto. Vera Yúrievna?

Pero muy pronto la dejaron en paz: la conversación versó sobre política, sobre Rusia; resultó que Dashkovski también hablaba de aquellos temas con toda libertad e inteligencia. Un gato se le había quedado dormido sobre las rodillas, otro se paseaba encima de la mesa del té, el tercero se restregaba contra las piernas de Vera.

—¿Cuántos gatos tienen? —preguntó a la dueña de casa, al tiempo que descubría un par de ojos amarillos y brillantes que la miraban desde el otro lado de la puerta entreabierta.

Pasadas las once se despidió. Sólo entonces se dio cuenta de lo clara y fresca que era aquella noche de abril, de lo silenciosas y vacías que estaban las calles. Decidió volver a pie. En realidad desconocía aquel París, el París nocturno, de sombras y luces. Estuvo andando mucho tiempo, no quería preguntar el camino; se dejaba guiar por su intuición, y de pronto llegó a una

encrucijada, casi una plaza, tan amplia era, en cuyas cuatro esquinas brotaba agua de unas fuentes grises y silenciosas.

Era difícil creer que fueran de verdad, parecía que estuvieran hechas de cristal y que hubieran sido situadas allí no como fuentes, sino como monumentos erigidos en el lugar de las antiguas fuentes.

Ligeras sillas de hierro se amontonaban debajo de los árboles. Vera las rodeó sin decidirse a sentarse. «Mañana por la mañana, supongamos, suena el timbre —se dijo con timidez—, llega una carta...». Pero en ese instante comprendió que aquello era imposible sólo por el hecho de habérselo imaginado con tanta nitidez. Aquello, pues, no sucedería. «Es mejor pensar en otra cosa. Tomar un taxi. Ya es tarde».

Avanzaba, avanzaba y mientras avanzaba se le ocurrían todo tipo de fruslerías. Por ejemplo, cuánta gente podría invitar a su casa (cuántas sillas tenía y cuántos sillones); invitaría a todas las conocidas que pudieran decirle qué hacer, cómo actuar en un caso como aquél en el que se encontraba ella ahora. Aquí se sentaría Liudmila, frente a ella Lizi, junto a Lizi el espectro de Shurka Ventsova y la sombra de Polina (¡oh, ella sí que tendría muchas cosas que contar!); y no podía olvidarse de la actriz que vivía en una de las casas vecinas, y tal vez, ¿por qué no?, ¿en qué era ella peor que las demás?, a la esposa de Dashkovski. Bueno, queridas mías, ahora díganme qué piensan ustedes de todo esto, aconséjenme qué hacer. Cada una de ustedes ha vivido todo tipo de situaciones, las ha sacudido más de una cuestión y, no obstante, todas han sobrevivido espléndidamente bien; pero yo soy tonta y no puedo, no sé... Entre ustedes habrá quien haya sufrido a causa del marido, otra por culpa del amante, otra más a causa de un jovencito de la mitad de su edad, y otra que haya sido presa de los celos por una sirvienta de buen ver, y también habrá a quien, pareciéndole todo aquello poco, haya sufrido a causa del dinero. Todas ustedes son inteligentes, todas son astutas. ¿Qué tengo que hacer yo? Por favor, díganme...

El taxi se detuvo. Vera pagó y salió; quería caminar todavía un poco, rodear este terreno baldío, volver por el otro lado... ¿Q era mejor regresar? ¿Regresar al día de la partida? ¿Regresar hasta Sam? ¿Resultar más inteligente y más astuta que todas las demás?

Llegó incluso a detenerse un momento. Y de pronto un viento salvaje, primaveral, casi dulce, proveniente del terreno baldío sopló hasta rozarla y siguió luego su ruta. En ese momento su corazón dio un vuelco y Vera percibió como un milagro su propia existencia y todo lo que sucedía en su interior. Sintió una fuerza tan enorme al pensar en que ella era irreplicable, que

estalló en una risa interior con la que se regocijaba por sí misma, por todo, incluso porque seguramente alguna planta habría florecido en algún lado y por eso había un olor tan agradable.

Todavía alegre sin saber por qué y borrando todas las sombras y todos los espectros de su imaginación, llamó, entró, encendió la luz y logró dominar las puertas del ascensor sin hacer demasiado ruido. Ascendió con lentitud rumbo al piso más alto, vio la silueta negra de un hombre de pie junto a su puerta. Sólo durante una fracción de segundo Vera dudó sobre la identidad de aquella persona. Acto seguido sintió como si le hubieran dado un golpe en el pecho; el ascensor se detuvo, ella salió ante la indiferencia y la inmovilidad totales de quien estaba allí de pie. Llevaba dibujado en la cara el fastidio que le había producido la espera. Era Karelov.

—Buenas —dijo ella, y el ascensor, poco a poco, comenzó su descenso—. Bienvenido. Podía haberme asustado.

Él se quitó el sombrero.

—Buenas. He venido a visitarla, un poco tarde, pero era para tener mayores probabilidades de encontrarla. ¿Estaba usted dando un paseo?

Ella retomó el aliento y dejó que él entrara primero.

—¿Cuánto tiempo ha estado usted esperando?

—Unos cinco minutos.

Vera descubrió motas de polvo sobre su abrigo y comprendió que había pasado mucho tiempo sentado en las escaleras.

—Unos cinco minutos —repitió ella—. ¿Cuándo llegó?

—Hace unos tres días.

En ese momento, mientras él intentaba con manos inseguras colgar el abrigo en la percha, de una de las mangas cayó al suelo un billete de tren. Vera lo levantó y lo guardó en el puño cerrado.

—¿Cómo está Lizi? —preguntó ella mientras lo conducía a la habitación.

—La saluda —respondió él brevemente.

De pronto se giró para verla, para decirle algo más y su cara cambió bruscamente, dio unos pasos atrás y se dejó caer, con gran estrépito, sobre una silla.

—¿Qué ha hecho usted con su persona? ¡Qué monstruosidad! Se ha cortado usted el pelo. ¿Pero qué clase de vestido lleva puesto? No le favorece en absoluto.

Ella corrió a la cocina, cerró la puerta y allí examinó su hallazgo. El billete había sido vendido ayer en Niza... Entonces se apoyó contra la pared, tomó aliento y gritó:

—Pues todo el mundo encuentra que me queda maravillosamente bien.

—¿Quién es «todo el mundo»? —Ella volvió a la habitación—. Seguramente se trata de las personas con que pasea usted por las noches.

Se sentó frente a él, tomó un periódico que estaba encima de la mesa y, con lo que quedaba de un lápiz azul, se puso a dibujar.

—¿A qué ha venido? —le preguntó, sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo.

—He venido por cuestiones de trabajo. He obtenido un puesto.

—Y si tampoco esto fuera verdad...

—No, esto sí es verdad. Desde hoy puede usted clasificarme en la categoría de las personas hábiles, que se las arreglan para organizar sus asuntos (como aquel día, acuérdesese, cuando la enseñé a pegar un sello en el sobre). He conseguido trabajo como cartógrafo.

¡Ah, aquel día! Vera no podía recordarlo sin reír. Habían salido del correo, Karelov lamió la esquina del sobre y puso el sello encima. Ella se quedó boquiabierta. Siempre había tenido la duda: mojarse el dedo con saliva o llevarse a la boca el sello. Y de pronto todo resultaba ser tan absolutamente sencillo: ¡lo único que había que hacer era lamer el sobre! Con la boca abierta miraba cómo echaba él la carta en el buzón. Primero, había sentido curiosidad por saber a quién iba dirigida la carta, pero luego incluso había olvidado su curiosidad.

—¡Simple y llanamente! —dijo ella por fin—. ¡Vaya, es sorprendente lo bien que sabe usted organizar sus asuntos!

Ahora, después de recordar aquella anécdota, ella reía sin dejar de dibujar.

—No se mueva. Acabo de comenzar la nariz.

—¿Qué?

—Que acabo de empezar a dibujar su nariz. Tengo que ocuparme en algo, si no, me quedaría dormida. Estoy acostumbrada a acostarme temprano.

—Dígame —pronunció él tras un silencio embarazoso—, ¿verdad que usted no siente ningún respeto por mí?

—¿Yo? Yo lo adoro. Sobre todo cuando miente, me inspira. Pregúnteme cualquier cosa que se le ocurra.

Él reflexionó brevemente.

—¿La acompañó alguien hasta casa?

—Sí.

—¿En dónde estaba?

—En un restaurante.

—¿Estaban los dos solos?

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Diez... No, basta. No pregunte más. Mejor guardemos silencio.

Puso los codos sobre la mesa y estuvo mucho tiempo así, sentada, cubriéndose el rostro con las manos. Él estaba enfrente, del otro lado de la mesa. Vera no tenía que mirarlo para ver su cara, la llevaba en ella, se desplazaba y la transportaba con ella, en ella: una boca sonriente, siempre sonriente y unos ojos pensativos, una frente joven, tersa y amplia y un fino mechón de pelo blanco. («Desde los veinte años, se lo juro por lo que usted quiera —le había dicho en alguna ocasión—, no es que se deba a la vejez»). Y acto seguido sacó su pasaporte y se lo mostró: había nacido el 8 de agosto de 1891, en la ciudad de Sarátov. Ella lo recordaba). —Y también Fedia me ha pedido que la salude— dijo Karelov, mientras encendía un cigarrillo. —Así me lo dijo: saluda a mi Vérochka. ¿Por qué ha hecho usted eso?

—¿El qué?

—¿Qué necesidad tenía de él?

—¡Ah! Ahora entiendo de lo que está hablando —estiró los brazos sobre la mesa y juntó las manos lo más lejos de sí que pudo—. Mire usted, en mi vida he tenido pocas cosas, pero todo lo que he tenido, siempre ha comenzado de manera extraordinaria; he tenido amistad, amor (todas estas palabras no concuerdan del todo con lo que verdaderamente ha sucedido), encuentros con personas que, aunque resulte insólito, han caído justamente a mis pies, me explico: la primera vez encontré a una persona debajo de un árbol, estaba tirado sobre la nieve... La segunda, cometí un error, tomé a una persona por otra... Y, en lo tocante a Fedia, fue por salud y, además, para demostrarme a mí misma que todo es fácil sobre la faz de la tierra. Hombres y mujeres así tienen que existir y cruzarse en nuestro camino. Con ellos nada resulta extraño ni vergonzoso, no se acuerdan de nada ni se lo recuerdan al otro. Estoy convencida de que antes de tenerlo conmigo, había tenido un romance con Lizi, y que todo lo que sucedió entre nosotros, fue con su beneplácito.

—¿Quiere esto decir que es una pena que usted se haya encontrado conmigo de una manera tan ordinaria? —preguntó Karelov con cierta pesantez—. En la casa de un amigo. Tal y como debe ser. La acompañé un par de veces a su casa. Luego Lizi comenzó a invitarme. Qué banal resulta todo, ¿no es cierto?

—Sí. Y por lo mismo está bien.

—¿Qué está bien?

—Todo.

Karelov se quedó mirando largamente a Vera.

—¿Cuándo ha inventado usted todo esto? ¿Ahora mismo?

Ella le sonrió de una manera tal, que su rostro entero tembló.

—No, lo he pensado siempre.

Karelov se levantó y antes de que pudiera dar el primer paso en dirección a Vera, ésta también se levantó y sintió que aquella mesa redonda se convertiría en su defensa. La mesa estaba entre ellos, y sobre ella no había más que un florero vacío de cristal amarillo.

—En definitiva, ¿por qué se fue? —le preguntó Karelov rozando, distraído, el florero con una mano—. Usted se fue huyendo de mí.

Ella tuvo ganas de lanzarse hacia él, de apretar su mejilla contra la suya, de decirle palabras irreflexivas e irrevocables, de respirar su aliento, de sentir en su pecho el calor que emanaba del pecho de él, pero en vez de todo aquello (¡es mejor así! ¡es mejor así!) ella también rozó con su mano el borde del florero amarillo y dijo:

—No lo sé... Cada vez tengo la impresión de que aquí todavía vive la respiración del hombre que sopló este objeto.

Él la miró a los ojos en silencio y ella sintió que en brevísimo tiempo — cinco o seis latidos del corazón— aquella mirada se había hundido más y más profundamente en sus ojos, como si él estuviera descubriendo algo en ellos, más y más hondo todavía, y que estaba a punto de tocar fondo, si es que lo había...

«Ahora que tire la mesa y el florero —pensaba con un filo de razonamiento— se producirá un estruendo terrible».

Karelov continuaba mirándola, de pronto se aferró a la mesa con una mano, con la otra cogió a Vera por el brazo. Se oyó el estrépito del cristal al romperse.

—Ha roto usted el objeto con la respiración —dijo ella, esforzándose por sonreír, pero su cara no la obedecía. Luego liberó su brazo.

V

Había actuado irreflexivamente demasiadas veces a lo largo de su vida: por felicidad, por compasión, por juventud... Había que poner un punto final a eso. Huir de aquel lugar y en voz muy queda agradecerle a Dios detrás de la puerta el ya no ser aquella criatura hambrienta, salvaje y solitaria, terriblemente fea, gorda y fuerte, que jamás enfermaba y que por todo se alegraba... Agradecerle que en el momento necesario (¿por qué necesario?), sin saber de dónde, probablemente de sus raíces animales, surgía en ella el conocimiento: el saber qué hacer, cómo comportarse, cómo zafarse de la mano de Karelov —esa mano querida y tosca—, qué decirle.

—Ahora, adiós, buenas noches, quisiera dormir. Aquí tiene su abrigo y aquí su sombrero.

Él toma primero uno y luego el otro bajo el brazo, se detiene frente a la puerta cerrada de la habitación de Lizi.

—¿Quién vive aquí?

—Allí están las cosas de Lizi.

—Muéstremelas.

Ella abre la puerta.

La habitación está helada, huele a naftalina, del techo cuelga una bombilla encendida. Todo está cubierto con fundas, sobre la ventana hay una sábana. Un enorme baúl forjado, con la tapa abombada, se encuentra en la mitad de la habitación. Vera se sienta encima.

Karelov está de pie frente a ella como aturdido, no se sienta a su lado, continúa de pie y de pronto dice:

—Tengo ganas de ser feliz. Tengo ganas de enorgullecerme de mi felicidad, tengo ganas de no dudar de nada, de no avergonzarme por el hecho de ser más afortunado que los demás, de no atormentarme porque a los demás les vaya mal. Quiero la felicidad. Que en las primeras palabras de mi encuentro con usted no esté ya implícita la despedida. No quiero ni «tranquilidad», ni «libertad», quiero la felicidad en sí misma.

Se acercó a ella lentamente, sin el arrebató previo, con una serenidad y una sencillez tan grandes, como si todo, desde el día que se conocieron hasta el día de su muerte, tuviera que ser banal. Dejó caer el abrigo y el sombrero al

suelo, y con ligereza y soltura, sin ejercer ninguna presión ni agobiarla con su abrazo, colocó ambas manos sobre los hombros de ella. Vera levantó su cara hacia él, los ojos llenos de emoción y los labios cerrados. Él acarició lentamente con su cara la cara de ella. Sin besarla. Una y otra vez. Después, cuando ya la sintió completamente relajada entre sus brazos, la empujó hacia atrás con tanta fuerza que su cabeza quedó colgando y sus cabellos rozaron el suelo, en tanto que su cuerpo permanecía inmóvil atravesado sobre el baúl abombado. Divertido con la flexibilidad que ella demostraba, se echó encima y la besó. Vera cerró los ojos. Él la soltó inmediatamente, recogió del suelo su abrigo y su sombrero y, con un portazo que retumbó en la casa dormida, corrió escaleras abajo. Vera se levantó de un salto, llegó a toda prisa hasta la puerta para suplicarle, de ser necesario, que volviera, estaba incluso dispuesta a gritar, a prometerle todo lo que él quisiera, que era lo mismo que quería ella; no la «tranquilidad», ni la «libertad», sino la felicidad, la más auténtica, la imposible, aquella que Dashkovski conocía y que, como Liudmila afirmaba, había dejado de estar de moda hacía veinte años, hacía diez años. Corrió hasta la puerta y de pronto se detuvo: de nuevo tuvo la impresión, como entonces, de que Karelov subía la escalera para verla, y en ese momento comprendió que no debía dejarlo entrar.

Pero él no subió, se quedó abajo durante uno, dos, tres minutos, esperando a que lo llamara. Después (en ese momento se apagó la luz), a hurtadillas, salió a la calle y rápidamente llegó hasta la esquina. Allí, en un hotelito nuevo, como todo en aquel barrio, había un farol encendido. Karelov despertó al empleado, subió a su habitación, y se echó, tal y como estaba, sobre la cama.

Vera ahora se encontraba de pie junto a la ventana. El cielo parecía agua oscura estampada con estáticos dibujos de nubes y de luna. No sabía qué decir ni a quién, ni tampoco sabía qué hacer consigo misma. El pensar que ella era la razón por la que Karelov había venido, que la amaba, que se encontraba en el umbral mismo de un bienestar desconocido y extraordinario que ineludiblemente tenía que ser aplazado —pero que al aplazarlo, lo acercaba y lo consolidaba—, esta idea la ocupaba íntegramente, la sentía vivir, temblar y moverse dentro de sí misma. Y todo se unía ahora: todo lo inalcanzable, todo lo inseparable, todo lo que hasta entonces había estado fragmentado en su interior: era como si los dioses del Norte hubieran ido al encuentro de los dioses del Sur; todo se unía y se ensamblaba. Todos los susurros, todas las conversaciones irrepetibles cerca de la bolsa Gromovski a sus dieciséis años, cuando sentía que la tierra se estremecía bajo sus pies y tenía un deseo salvaje

e irrefrenable de fidelidad y de bondad; lo mismo que la había lanzado a los pies de Alexandr Albértovich, y la felicidad alegre y vacía que de vez en cuando se podía sentir en los abrazos de Fedia, e incluso aquella hora sombría de Año Nuevo en el piso de Shurka... para todo aquello habría una solución y un consuelo, todo aquello encontraba su lugar en el amor que ella sentía por Karelov. Y junto con todo eso, junto con la insatisfacción que experimentaba su cuerpo —como nunca antes—, renacía la conciencia de una felicidad estable, que no se esfumaría, sino que se quedaría y perduraría.

Y el cielo se prolongaba infinito, con su manto oscuro sobre la ciudad. Y la ciudad no era una fatalidad, una cruz impuesta a la gente, sino un encaje como las nubes. El silbido lejano de un tren desgarró el aire, daba la impresión de que en cualquier momento se oiría el golpeteo de las ruedas, el paso de los vagones... ¿hacia dónde? Pues por supuesto hacia el Sur, pero no a Niza, sino más allá, a Italia, tal vez a Sicilia, tal vez al lugar en el que el Hector Servadac de Julio Verne emprendió el vuelo silbando y llevando consigo un trozo de tierra.

Karelov y ella se irían a algún lado, por supuesto no demasiado lejos y en tercera clase; les dolería la espalda por estar sentados sobre una superficie dura. La mañana sería fría, pero ellos abrirían la ventana. Y aquello ya no sería el Sur, sino el Norte. Algún sitio en donde hubiera hielo... Para poder ponerse uno al lado del otro y mirar —en pleno viento, un viento de aquellos que queman la garganta— como pasa un bloque de hielo tras otro. El viento azul haría que distintos mechones de su pelo corto le golpearan la cara.

Por la mañana, una lluvia fina caía helada cuando Vera se despertó. Y no se veía nada más desde su puesto de capitán: sólo un velo de lluvia espeso, húmedo y primaveral.

VI

Vera nunca le había preguntado a nadie quién era Karelov, de dónde había salido, qué hacía o cómo vivía. Lo único que sabía de él era lo poco que él mismo había querido contarle en una ocasión. En Niza lo conocía muy poca gente, no pertenecía al círculo de rusos que se reunía en casa de Lizi. La primera vez que Vera se encontró con él fue en casa de unos conocidos, rusos por supuesto, porque Lizi no soportaba a los franceses. De hecho, a Lizi le gustaba mucho recibir gente en su casa: eran muy raras las veces que ella iba de visita. Solía mandar a Vera en su lugar, y a veces incluso, para sorpresa de quienes la habían invitado, a Fedia. Aquella primera tarde, Karelov acompañó a Vera hasta su casa, y lo mismo se repitió un mes después. En aquella segunda ocasión, sin que supiera porqué, no sólo le fue placentero caminar a su lado, ir a su paso, sino también interesante, porque le contó alguna cosa curiosa, aunque no sobre sí mismo.

Al llegar a casa se encontró con una Lizi, a medio desvestir, recostada sobre el sofá, mientras Fedia dormitaba sentado en el sillón con sus inmensas piernas estiradas (daba la impresión de que aquellas piernas comenzaran a la altura de las axilas), y sus relucientes zapatos tricolor puestos. Justo en ese momento abrió los ojos miopes. Tenía unos ojos saltones y una nariz chata y pequeña como la de un niño.

Vera comenzó a picotear las uvas de un plato, y Lizi, rezongando y envuelta en su chal, subió a su habitación, llevándose consigo una almohada, un libro y una manta. Cuando se sentía indispuesta, no hacía ningún esfuerzo para ocultarlo, se quejaba con todo el mundo, no se vestía, y se quedaba tres días sin levantarse del diván. Vera no conseguía hacerse a la idea: a ella aquellos días siempre le habían dado una mayor seguridad en sí misma y los vivía como una renovación. Le avergonzaba confesar que los esperaba, y que amaba y compadecía a quienes no vivían aquellos días de la misma forma que ella.

Por la noche Vera estuvo pensando en Karelov.

Tiempo después, Lizi lo invitó. «No pertenece a la *bohemia* —había dicho ella—, me parece que tiene familia, una mujer... ¿O mejor no preguntarle nada al respecto?». Y Karelov llegó. También llegó el barón N. Fedia se

quedó a dormir y durante la noche se levantó para ir a buscar a Vera, sin tomar mayores precauciones: se oían rechinar las tablas por toda la casa. Aquella noche se dedicó a contarle sus aventuras pasadas; apagaron la luz y, acostada en la oscuridad, ella oía sus relatos sonrojada y sudorosa por la emoción.

Karelov no mencionaba nunca ni a su esposa ni a su hija. Y en una ocasión (para ese entonces Fedia ya se había mudado a la casa). Vera le preguntó si vivía solo o con su familia.

—Vivo solo. Alquilo un cuarto. Y no tengo familia.

Aquel invierno fue muy frío para toda la costa. Hubo fuertes vientos, granizo y lluvias que inundaban las calles; el mar crecía y se apoderaba de la orilla. Y he aquí que en una ocasión Karelov y Vera fueron a ver una carrera de coches. Había estado lloviendo desde hacía varios días, y todo estaba empapado. Desde detrás de una curva lejana, que todavía formaba parte de la ciudad, de vez en cuando se dejaba oír el alboroto de la multitud, pero donde ellos se encontraban, al borde de la carretera, no había más que unos cuantos viandantes mojados, y unos cuantos paraguas inmóviles. Las ruedas de los coches de carreras, a su paso, lanzaban verdaderas trombas de agua, los desenfrenados pilotos cortaban tanto el agua como el aire.

—¿No le parece que hay personas que no se pueden encontrar en la vida impunemente? —preguntó Karelov mientras ella continuaba con la vista puesta en la autopista y contaba los coches: el séptimo, el octavo, el noveno.

—Sí. Probablemente.

—Que algo debe ocurrir.

—Sí.

El décimo, el undécimo. El duodécimo derrapó, pero de inmediato se enderezó y siguió la carrera. «¿Con qué fin me estará diciendo todo esto?» —pensó ella.

—Algo debe ocurrir también entre usted y yo —continuó Karelov. Ella escuchó también aquello pero no respondió nada.

Una ráfaga de viento arrancó una hoja amarillenta de un matorral, que fue volando hasta pegarse en la frente de Vera.

—Hace frío —dijo ella.

—¿Usted comprende cuando dicen que la felicidad es como el aire, que no se siente? —preguntó Karelov tomándola de la mano.

—No, creo que no.

—Yo tampoco. Yo creo que si yo fuera feliz, todo el tiempo percibiría mi felicidad, todo el tiempo querría percibirla. No aceptaría el hecho de

acostumbrarme a ella.

—¿Ha sido usted feliz? —le preguntó Vera y tomó el camino que llevaba a casa.

—Por supuesto que no —dijo Karelov siguiéndola, mientras el último coche pasaba a su lado con un motor ensordecedor.

—A veces yo percibo la felicidad como algo que me estrangula —dijo ella cuando ya se encontraban junto a la casa—. Pero el mayor secreto... —Se detuvo—. El mayor secreto es comprender que soy lo único irremplazable sobre la faz de la tierra, y que todo lo demás se puede acomodar.

Se adentró por el jardín en dirección a la colina.

—No es así —replicó él.

Ella hizo un gesto con la mano sin volverse para verlo.

—¡No es así! —repitió él con fuerza y convicción. Pero ella se ocultó dentro de casa.

En el silencio que reinaba en la planta baja podía oírse como Lizi pasaba las hojas de una revista de moda mientras hablaba con su perrito de pelo largo. Vera se dirigió directamente a su habitación, y en la oscuridad de aquella todavía temprana hora de la tarde, comenzó a cepillarse el pelo. Algo crepitaba bajo el cepillo y, con un ruido seco y corto, salían minúsculas chispas.

Fedia se había sentado en el filo de la ventana y sus anchos pantalones golpeaban contra esas piernas delgadas que ahora se columpiaban. La presencia allí de Fedia, su existencia misma, en ese momento a Vera le parecía un absurdo. Y todo lo que había entre ellos, ya no era ni tan agradable ni tan divertido: algo en aquella intimidad le resultaba fastidioso y execrable. Por la noche dejó su puerta cerrada. Fedia hizo ruido en el corredor y luego, silbando, bajó por el barandal.

Silencio. Un silencio prolongado. Y luego una decisión: marcharse a París. «No te enfades, Lizi. Fédichka, ¿le gustaría que nos tratáramos de usted? Nadie pasa del tú al usted, pero nosotros lo haremos. Adiós, Fédichka. Hasta pronto, barón. (Lizi, acabarás casándote con el barón, lo presiento). ¡Oh!, ahora en París debe de hacer un tiempo abominable».

Así fue como se separó un trozo del destino de Vera. En el acontecimiento participaron dos maletas, un paraguas, una bolsa con melocotones, el conductor del otro lado de la ventana y la dama del perrito que estaba sentada enfrente: todos fueron cómplices de su huida de Karelov.

VII

Él se encontraba aquí, en la misma ciudad, en la misma calle que ella y durante mucho tiempo ella no logró hacerse a la idea. Iba a visitarla, Vera le abría la puerta. Para el desayuno había, invariablemente, sardinas; abría la lata con una especie de llave larga, sorprendiéndose una y otra vez de que no estuviera acompañada de melodía, como en las cajitas de música. Durante el desayuno ella hacía una serie de pequeños y extraños descubrimientos relacionados con el hecho de que él estuviera allí: ante todo experimentaba una sensación maravillosa en el corazón cuando lo miraba comer. ¿Por qué? Vera no sabía cocinar y era imposible que aquella felicidad se debiera al orgullo de haber comprado las sardinas en la tienda. Tampoco había nada maternal en aquel sentimiento: jamás pensaba en el beneficio que le pudiera reportar a él lo que comía. Le gustaba ver cómo se llevaba a la boca el trozo del bistec más ordinario, cómo lo masticaba, cómo lo tragaba. «¿Tiene usted hambre?» le preguntaba jubilosa en cuanto entraba. «Muchísima» le respondía él, y aquello le producía una alegría que le hacía perder la cabeza.

Después le gustaba —y esto era tan tonto y ridículo que, probablemente, no se lo habría confesado a nadie— lavar el plato en él que había comido, su cuchillo y su tenedor y sobre todo, a saber por qué, su cuchara. La taza, en la que bebía el té, la dejaba para más tarde, y cuando él se había ido, ella bebía su propio té de aquella taza. En una ocasión había quedado en el plato el hueso de la chuleta de ternera que se había comido y ella, antes de tirarlo, lo besó.

Y también: una vez, durante la comida, se le había caído el empaste de una muela y él le pidió autorización para levantarse e ir al cuarto de baño a enjuagarse la boca. Vera escuchaba detrás de la puerta, conteniendo la respiración, cómo se enjuagaba la boca y luego escupía el agua, y cuando él volvió, ella le dijo que... bueno, de hecho no le dijo nada, pero le hubiera querido decir que estaba dispuesta a oírlo por los siglos de los siglos.

Iba todos los días. Le había dicho la verdad: que había encontrado en París un trabajo en un establecimiento de cartografía, ni peor ni mejor que muchos otros. Y que, en general, él era como todos. A Vera eso la alegró enormemente, ella también era como todos, era «nadie», y ahora su

acercamiento maravilloso y dulce tampoco era nada especial, sino algo de lo más ordinario: él venía a desayunar y luego, a eso de las seis, cuando terminaba de trabajar, ella iba a buscarlo y por la noche, cuando él la acompañaba a casa, subía y se quedaba con ella hasta que se quedaba dormida.

Mientras más cercana y más estrecha era la relación entre ellos, con mayor claridad veía Vera que la intimidad última con él sería la única posibilidad de concluir aquello que había surgido en ella durante su primer encuentro, que todo lo que la inquietaba cuando pensaba en él o cuando lo tenía enfrente, todo era de la misma naturaleza que el hecho mismo de pertenecerle físicamente. Él apresuraba y ella retardaba aquella hora fatal; cada noche él se le aproximaba más, pero ella se resistía, aunque sólo fuera por el deseo inconsciente de no apremiar al destino, hasta que, con unos latidos ensordecedores del corazón, medio desmayada, con un prolongado espasmo de placer, fue suya.

La lámpara de la entrada estaba encendida; en la habitación, en la penumbra, la ropa estaba desperdigada sobre el sillón, la persiana se combaba y caía sobre la ventana. Karelov estaba acostado sobre un lado, apoyada la cabeza sobre una mano. Ella miraba su boca alegre y a veces rozaba con los dedos sus labios o su cuello. Ambos querían estar en silencio. Vera no veía su cara, pero ésta era a tal punto insólita, brillaba de tal manera en la penumbra que parecía irradiar una luz pálida, viva, todavía no descubierta por los físicos.

Y en aquella cara había («quiere decir que también en la mía» —pensaba Vera) algo absolutamente nuevo, algo que jamás antes había surgido y que Vera veía por primera vez en un rostro humano: una expresión de pertenencia sumisa, de fusión total con ella, de devoción definitiva. ¿Por qué la miraba así? «Si él es el amo de todo y yo soy su esclava —pensaba Vera—. Si sabe perfectamente que él ordena y yo me someto, ¿cómo puede mirarme con tanta abnegación siendo tan poderoso?».

Pero Karelov no cambiaba la expresión de su rostro y continuaba mirando a Vera, y mientras la miraba pensaba exactamente lo mismo: ¿por qué, si ella era la dueña de todo, de su vida entera, si todo lo que existía era gracias a ella, a través de ella, por ella, por qué, pues, lo miraba a los ojos con esa expresión sumisa? ¿Por qué? Era como si esperara, como si intentara atrapar cada uno de sus pensamientos, cada uno de los movimientos de su alma, cuando todos sus pensamientos, todos los movimientos de su alma eran ella misma.

No podían decírselo y no sabían que estaban pensando lo mismo, pero a ambos les sorprendía, les desconcertaba y les alegraba aquella unión de esa fuerza terrible —la que ejercía una persona sobre otra— con la debilidad, aquel poder y aquella sumisión.

Luego Vera se separó de él, y debido a la plenitud de la emoción que había brotado en ella, unas cuantas lágrimas se derramaron de sus ojos. E inmediatamente después surgió una alegría casi traviesa, y dando pasos firmes con sus pies descalzos llegó hasta la cocina y allí exprimió dos naranjas en un vaso. Luego vino una carcajada, la búsqueda de fósforos por las mesas y los bolsillos, el humo de un cigarrillo que tendía a la entrada, a la luz. Un nuevo abrazo, largo, lleno de susurros. Y, finalmente, el sueño.

«Y todo esto es para mí, para mí nada más. Mi vida entera es para mí, y él es para mí, y en general, ¡cuántas cosas hay alrededor!» pensaba Vera una noche mientras caminaba por la calle junto a Karelov y sentía que hoy, ahora mismo, en este instante, daría comienzo la conversación que varias veces había aplazado Karelov aunque aquello no la inquietara en absoluto porque no había ninguna fuerza en el mundo que la pudiera hacer más feliz de lo que era. No estaban lejos de casa, caminaban por los límites de la ciudad, por allí donde el pavimento todavía estaba a medio colocar, por allí donde a veces, en medio del tibio ambiente de la noche, se podía respirar el frío de una casa en construcción.

Se sentaron a una mesita redonda en la terraza de un pequeño café. Karelov, tras poner su mano encima de las de Vera, comenzó a hablar un poco más rápido y con menos volumen de lo habitual.

Sí, estaba casado. Y no desde tiempos inmemoriales, no, solamente habían pasado cinco años desde el día de su boda. Su mujer era del Sur, y muy joven todavía («Usted seguramente pensaba que sería una vieja, ¿eh? ¡Confíeselo!»).

—¿Rusa?

—Pues sí, rusa.

Se había casado aquí, en París, en cuanto llegó. Ya la conocía en Rusia; era una muchachita delgada y muy despierta. En aquel entonces había en ella algo muy especial, algo que recordaba a los gitanos. Y habían tenido una hija.

Vera escuchaba.

Una hijita. Írochka, por supuesto, como era de esperarse, como en todas las familias.

El parto había sido muy complicado... Algo había cambiado a raíz del parto, en ella, pero también en él. «A veces tenía la impresión de que ella

apenas podía tolerar mi presencia, y yo mismo me percataba de cómo, internamente, iba cambiando respecto a ella. Ella se juntaba con... bueno no, no se juntaba, sino que se iba a vivir así, con el primero que llegaba. En una ocasión le pregunté si no sentía lástima por su vida. Si no sentía que aquello era el final para ella. Se enfureció y comenzó a gritar que yo la molestaba, que todo en la vida era un fastidio y nada más. Después de ese tipo de ataques solía llorar mucho. Le pedí que me diera a la niña, pero no aceptó. Por supuesto que podía haber llevado el caso ajuicio, pero... Ira murió el otoño pasado de un simple resfriado».

—¿El otoño pasado?

—Sí, un mes antes de que usted y yo nos conociéramos.

Él guardó silencio.

—Le digo que mi mujer no está del todo sana. Aunque no está loca como los locos que encierran en el manicomio, es diferente.

—¿Pero la niña era hija *suya*?

—Sí, entonces sólo podía ser mía.

Ambos miraban hacia donde, en el cielo cada vez más oscuro, titilaba una estrella grande y pálida.

—Loca... Dicen, por ejemplo, que en este momento me está buscando, nadie sabe por qué.

Vera lo miró. Se imaginaba a *una* mujer con pendientes gitanos y a Karelov tal y como debía haber sido cinco años atrás. Pero esas dos imágenes no compaginaban.

—¡Que Dios la guarde! No piense más en ello.

—Yo sé que ahora está sin dinero, que no sabe trabajar, que constantemente está enferma, pero nadie ha logrado entender sus enfermedades.

—Pues haga algo por ella, pero deje de mirar al vacío con tanta tristeza. No vale la pena.

—No lo haré. ¿Por qué le estoy contando todo esto? Discúlpeme. En esencia yo me considero un ser libre.

—Sí, es usted libre.

(«*No debo* ponerle cara larga, no se pueden desperdiciar ni aun las más insignificantes fuerzas anímicas en algo que no sea el amor», pensaba ella). Estuvieron deambulando por las calles, dando rodeos y vueltas a propósito, para poder seguir respirando el aire de aquella tarde que prometía convertirse en una noche estrellada y transparente, y ambos tenían la sensación de que aquel día habían vencido algo que hasta entonces había entre ellos; caminaban

muy amistosamente, tomados de la mano y se miraban el uno al otro a los ojos con fidelidad y sin reservas. Y cuanto había habido en la vida de cada uno hasta entonces se perdía, desaparecía, se purificaba gracias a la fuerza destructora de la que es capaz la memoria del hombre, se diseminaba, y el futuro flotaba encima de ellos como esa misma Vía Láctea que hacía pensar en el torso de un hombre. Repentinamente, en los recuerdos de Vera se iluminó un rincón oscuro: hubo una época en la que ella no conseguía acordarse de un versículo del Evangelio; despuntaba pero no se le entregaba, y no disponía de ningún Evangelio. El día que habían salido del colegio, en aquellos tiempos de amor por la libertad, cuando no sabía qué hacer con él, se lo había regalado a Shleifer (a las estudiantes ortodoxas les regalaban un Evangelio con tapas de cartón color azul). Desde entonces no tenía Evangelio. Ahora por fin había recordado el versículo, aunque no completo, pero recordaba el sentido con una precisión muy clara y con una especie de dolor feliz: Bienaventurados... Bienaventurados todos los hombres, los sedientos, y los tímidos, y los pobres, y yo, y él, y todos. Bienaventurados... Dios mío, ¡qué maravilloso es!

—¿Tiene usted un Evangelio en casa? —le preguntó a Karelov—. Quisiera mirar una cosa.

—¿Un Evangelio? Me parece que sí. Pero le faltan muchas páginas.

Ella esperó junto a la puerta y él bajó una maleta llena de libros, cartas, ropa blanca, botas viejas, en una palabra, todos sus enseres de hombre errabundo. Y aquella noche se pasaron un largo rato poniendo orden, aunque como en casa de ella no había chimenea, quemaron las cartas en la cocina, sin romperlas ni arrugarlas, sino colocándolas de dos en dos o de tres en tres sobre la lumbre. Todas las cartas estaban escritas con la misma caligrafía amplia, muy femenina, y todas hablaban de amor, de separación, de engaño y de la enfermedad y muerte de Írochka.

—Ve usted, además de todo es grafómana —dijo Karelov con una especie de ironía doliente—. Solía escribirme cartas incluso cuando vivíamos en una misma casa.

Vera lo miró, temiendo que dijera alguna cosa más, pero él guardó silencio y entonces ella rodeó las rodillas de Karelov con sus brazos.

«¿Decírselo o no decírselo? —pensaba Vera—. Si supiera con certeza que aquella mujer es ella, pero no estoy segura. El hecho de que llevara en las orejas pendientes gitanos no significa que sea ella. Esa mujer iba por la calle y se giró para mirarme y entonces me pareció que la había visto alguna vez. Pero más vale no hablar de ello. Es molesto».

Él también estaba sentado en el suelo, y en los rostros de ambos ya comenzaba a dejarse sentir ese viento borrascoso que los deformaba y que los dos conocían tan bien.

VIII

Al principio del verano, un día claro y abrasador, cuando Karelov no estaba en casa y Vera se encontraba sola, llegó Dashkovski: «por ningún motivo especial», «de visita», según sus propias palabras. Cuando vio un abrigo masculino y un sombrero en la percha, decidió no preguntar nada pero, por supuesto, no aguantó:

—Es absolutamente natural —dijo él—, pero de todos modos no está bien. ¿Acaso no se da usted cuenta de que no está bien? En primer lugar, porque en general no está bien, y en segundo, porque no pidió usted consejo.

—¡Oh, no tuve tiempo! —respondió Vera—. Pero si usted pretende venir siempre a esta hora tan extraña, no lo verá jamás. Trabaja.

—Bien. ¿Es rico? ¿Es libre?

—Más o menos. Es decir, no. Bueno, no sé, quiero decir...

Ella se echó a reír y mientras reía intentó relatar a Dashkovski cómo se habían dado las cosas entre ellos. Él, mientras la oía, iba golpeteando un libro con la punta de los dedos.

Hablaban de una cosa, de otra, de una tercera y en su estar juntos, sentados conversando, había algo confortable y pacífico: en nada se parecía aquello a la primera vez en la que tanto se habían inquietado mutuamente.

—Actualmente usted hace todo esto de una manera un poco diferente. Y me da pena, le juro por Dios que me entristece mucho el hecho de que usted, una mujer, en términos generales, mona, ame de manera tan distinta a como amamos nosotros.

—¡No importa!

—Yo sé lo que pasa, es muy sencillo: usted no sospecha que se pueda vivir de una manera distinta. Después de usted vendrán otros que experimentarán lo mismo pero de otra manera. Lo que significa que la experiencia no existe. Cada persona ha de comenzar desde el principio.

—¡Es una verdad absoluta!

—Pero el amor ni ha sido jamás, ni es ahora el mismo.

—Por supuesto.

Las horas transcurrían desgastando el tiempo. Vera tenía ganas de decir algo precisamente relacionado con el tiempo, porque tenía algunas ideas al

respecto, y las quería verificar en Dashkovski. Pero él no la escuchaba con demasiada atención.

—A las cinco tengo un asunto —decía bostezando—. No pensaba quedarme aquí con usted más de una horita.

—Muy bien.

—¿Juega usted al burro?

—¿A qué burro?

—Al burro común y corriente, al que todo el mundo juega. ¡Con él no, por supuesto! Dios mío, no ha llegado usted a tanto, lo comprendo. Le pregunto en general: ¿sabe usted jugar al burro?

—Creo que sí. Pero aquí no hay cartas.

—Yo tengo.

Sacó de su bolsillo una baraja de treinta y seis cartas, la barajó, dejó que ella cortara y dio.

—Tenga en cuenta que, si pierde, le daré un capirotazo en la nariz —le dijo con el aire de quien repite la misma frase por lo menos una vez al día.

En ese momento sonó el timbre.

—Y yo a usted —dijo Vera y dio a Dashkovski un abanico de dos sotas y un siete.

—Vaya a abrir.

—No creo que sea aquí.

—Es aquí. Si tiene miedo puede armarse con el cuchillo para el pan.

Ella se levantó y se dirigió hacia la puerta. «No vaya a tocar el monte» estuvo a punto de gritar: el gesto de Dashkovski era de lo más pícaro. Pero no dijo nada y abrió la puerta de la entrada.

Tras quedarse unos cuantos instantes en la puerta, entró al vestíbulo una mujer joven, alta, morena, que no llevaba sombrero sino una diadema de concha de tortuga con la que sujetaba su negra y espesa cabellera de brillo sucio. Su rostro era regular y oscuro. Sus negros ojos rasgados no reflejaban ninguna idea, pero había algo cautivador y muy particular en su corte. La nariz fina y los pómulos chupados no estaban empolvados. La pequeña boca, pintada de un rojo oscuro, estaba medio abierta, o más bien extrañamente separada. Parecería que, debajo de la mugrosa blusita blanca y la negra falda plisada, no llevara puesto nada. Tampoco llevaba medias. Los calcetines blancos, caídos, dejaban al descubierto unas piernas delgadas y desacostumbradamente morenas; lo único que llevaba nuevo y limpio eran unos zapatos de raso y tacón alto. En las manos, que indudablemente no se había lavado en todo el día, sostenía (frente a ella y con un gesto poco natural

y tenso) una bolsa de seda grande y vieja. Miraba a Vera con una especie de decisión histérica.

—¿Usted es Vera Yúrievna? —le preguntó alargando las palabras y recorriendo rápidamente con su mirada vacía el fondo del vestíbulo, escudada por sus pestañas demasiado largas y espesas.

—Sí.

—Mucho gusto. Debo decirle algo. ¿Tiene usted un lugar adónde se pueda pasar?

Por entre los labios húmedos y separados asomaron unos dientes pequeños, filosos e irregulares.

—Venga por acá —dijo Vera y abrió la puerta de la habitación de Lizi.

—¿Qué es esto? ¿El trastero?

—No, no es el trastero. Es simplemente una habitación. Siéntese en el baúl.

La mujer se sentó.

—... ¿Qué era lo que le quería decir? Seguramente estará pensando que soy amiga de alguien y he venido a traerle algún encargo de su parte, ¿no es así? (Pues no. Vera no pensaba eso). Pues no, se equivoca, he venido por mí misma. Se lo explicaré todo en un momento. Sólo cierre la puerta un poco más.

De nuevo levantó frente a ella su enorme bolso, rebuscando con los dedos, como si quisiera defenderse de la mirada de Vera; de nuevo sus ojos, que parecían hechos de alguna piedra negra, recorrieron todos los rincones de la habitación y volvieron hasta los de Vera; sus pies, presa de un estremecimiento impaciente se balanceaban golpeándose contra el baúl; tampoco sus codos se estaban quietos; toda ella (su voz incluida) daba la impresión de algo que vibraba, como si fuera presa de una corriente eléctrica, pero sus ojos conservaban aquella expresión estúpida.

—No le quitaré más que un minuto, pero... la puerta. Debo hablar con usted en secreto...

Vera quería gritar: «Hable, pues. ¡Hable!» y quizá algo más, pero no lograba encontrar ni las palabras ni la voz convenientes para aquella intrusa. Tenía la impresión —no porque tuviera alguna idea al respecto, sino más bien por esa intuición que había venido desarrollando los últimos tiempos—, que debía comenzar a hablar lo antes posible, y sin embargo una especie de parálisis inexplicable la privaba de las palabras y de la voz. Hubiera podido, aun sin quitarle la vista de encima a aquella mujer, hubiera podido pedir ayuda a Dashkovski: Vera sabía, creía, estaba segura de que él no se

sorprendería por nada y siempre estaría dispuesto a socorrerla. También sabía que podía tomar a aquella mujer de la mano, con fuerza, con firmeza... Todo aquello lo sabía y sin embargo sentía que esa conversación debía tener lugar, que era inevitable, ineludible, que no podía corregir nada, que no podía esquivarla. Una curiosidad mordaz la atravesó. Dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta y estiró el brazo hacia el picaporte de porcelana. En ese momento oyó un chasquido débil y confuso, pero no se volvió para ver. Y entonces sonó un disparo.

«No me ha matado, porque si lo hubiera hecho yo habría dado con la cabeza en el vestíbulo. Señor, ¡cuánto lugar habría ocupado yo en este pequeño apartamento! Cuando una persona está de pie o caminando, apenas si se deja sentir, pero cuando se le ocurre acostarse, entonces uno se da cuenta del tamaño. Yo habría estado tirada en el suelo, como suele suceder, con un brazo hacia atrás y la cabeza torcida. En el momento en que Dashkovski entrara, se tropezaría conmigo. Me imagino la voz atiplada con la que chillaría pidiendo ayuda. Luego saldría al rellano, tocaría a las puertas de los vecinos, se inclinaría sobre el barandal y gritaría, probablemente en ruso, que viniera la policía y el médico.

»Por supuesto, nada se desplomaría conmigo, nada se acabaría, ahora lo sé: todo continuaría viviendo, todo seguiría existiendo en medio de la paz y de la luz. Este mismo rayo de sol, hiriente, penetrante, terrible por su increíble vivacidad, seguiría colándose a través de la hendidura de la sábana que cubre la ventana; la tetera que tengo puesta en la lumbre silbaría quedo; el pequeño pájaro entraría volando por la ventana abierta de la cocina —como está entrando ahora—, chocaría contra el techo y, aleteando maltrecho, saldría de nuevo.

»Y esta mujer, a quien él amó en alguna época (ahora, ahora mismo, comenzaré a pensar en él, primero tengo que terminar de pensar en todo esto), esta mujer continuaría sentada allí, sobre el baúl, como está ahora, sollozando y diciendo cosas incomprensibles. ¡Qué largas son sus uñas, qué rojas y qué sucias! ¡Y de qué forma tan extraña brillan sus piernas desnudas! Seguramente piensa que Dashkovski es mi padre, seguramente se imaginó que de la habitación contigua entraría corriendo en cualquier momento Karelov. En la penumbra sus labios parecen verdes...».

—¿Me oye lo que le estoy diciendo? ¡Váyase! ¿Me entiende? Le estoy pidiendo que se vaya.

Pero la mujer agitaba los pies en el aire, escondía las manos entre los pliegues de su ancha falda, sollozaba y no se iba.

«¡Hay que arrestarla! —gritó por allí cerca Dashkovski—. Q por lo menos habría que darle, a esta miserable, unas gotas de valeriana».

—No, simplemente debe irse. ¿Me oye? ¿Por qué sigue llorando? Váyase.

Con el apoyo de Dashkovski, Vera la ayudó a levantarse y a llegar hasta la puerta de entrada. Ella intentaba sostenerla del brazo a través de su blusita, pero se separaba un poco para evitar sentir el olor de sus cabellos. Se detuvieron junto a la puerta; Dashkovski se rezagó y Vera la condujo hasta el primer escalón de la escalinata.

—A partir de aquí ya puede continuar por usted misma —le dijo Vera.

Tenía ganas de quedarse sola pero no se atrevía a decírselo a Dashkovski. Sin embargo éste lo entendió, recogió la baraja en silencio, apagó el fuego sobre el que estaba hirviendo la tetera y tomó su sombrero. «Supongo que no necesita usted nada. Pero si llegara a ofrecérsele alguna cosa, no se olvide de mí». Fingió que estaba terriblemente preocupado por haber quemado su chaqueta con un cigarrillo.

Y cuando todo volvió a la calma, ella tuvo la sensación de estar escuchando, como algo que llegaba desde su pasado próximo, el paso del tiempo, el sonido de hojalata del pequeño reloj que había en la habitación. De un trago se bebió todo un vaso de agua, sacó el revólver de debajo del baúl, pasó el dedo por la jamba de la puerta en donde se había quedado incrustada la bala. Allí estaba, lisa y fría, en el agujero que había hecho en la madera. «Bienaventurados» quién sabe por qué razón dijo Vera en voz alta. Después se recostó en el diván, de cara a la pared, y cuando Karelov volvió, fingió estar dormida.

IX

Estaban en camino, pero no hacia donde brillaba en su eterna belleza aquel pedazo de tierra del cual, en alguna época, había hablado Sam y adonde ella había tenido tantas ganas de ir desde hacía tanto tiempo. Iban en un tren de cercanías, uno de los domingos de verano.

El tren avanzaba dando tumbos, saliéndose de la telaraña de los rieles; paralelamente, ya rezagándose un poco, ya alcanzándolo, seguía el mismo itinerario un tren rápido, de largo recorrido, que todavía no había alcanzado su velocidad media. Y Vera vio, en el vagón-cama de primera clase, a un anciano muy pulcro que se sonreía a sí mismo desde su barba tan blanca como la nieve mientras buscaba algo entre los corchos argentados de su neceser abierto. Vio también cómo, junto a él, en el siguiente compartimiento, una mujer joven, sentada a la turca, fumaba y apuntaba algo en un pequeño cuaderno con el ceño fruncido. Más adelante vio cómo un caballero y una dama, tambaleándose y sosteniéndose el uno del otro, intentaban desatar un cordón. Después el tren rápido aceleró la velocidad, apareció furtivamente la segunda clase en donde la gente iba sentada con estrechez; luego la tercera, donde un marinero reía ampliamente junto a la ventana y, de pronto, el rápido frenó (el tren de cercanías continuaba, pausado, su camino), y todo apareció de nuevo, pero ahora en orden inverso: el caballero y la dama habían desatado el cordón y ella estaba atándolo; la mujer sentada a la turca se estaba llevando a la boca un caramelo redondo; el anciano que se sonreía a sí mismo ahora se ponía gotas en una oreja. En la ventana del vagón-restaurante apareció el cocinero, sudoroso, vacilante; iluminado por una luz roja ardió el rostro del maquinista, y, de pronto, un silbido, y el tren rápido retomó la dirección que llevaba en un principio y, de nuevo, pasaron a toda velocidad las mismas ventanas, los mismos rostros para luego desaparecer de golpe. Se abrió el horizonte.

—Estaría bien que tú y yo viajáramos así —dijo Karelov, señalando con la cabeza en dirección a donde había desaparecido el expreso.

Vera le echó una mirada.

—Me he olvidado completamente de envidiar y de desear. ¿Acaso no es lo mismo cómo y adónde?

Él desvió la mirada como deslumbrado por las palabras de ella. Cuando miró de nuevo hacia donde estaba Vera, ésta no le miraba, estaba pelando una naranja y sonreía para sí misma. Estaba pensando en que en estas últimas semanas no es que hubiera embrutecido, pero se había vuelto menos sensible a lo que ocurría en el mundo en torno a ella, y al mundo en general, y sonreía porque sabía que aquello pasaría y lo que vendría después sería, sin duda, mejor.

Karelov no pretendía adivinar el porqué de aquella sonrisa. Si hay una sonrisa es que hay una razón. Su sonrisa cambiaba todo para él, y Vera se la dedicaba generosa. Pero en ese momento él estaba ocupado intentando verla, con lo que aún le quedaba de sentido común, desde afuera, es decir, tal y como la veían sus vecinos de vagón y el maquinista. Buscaba en la cara de ella, en toda ella, aquello que antes le resultaba desagradable en las mujeres: la agitación, la sequedad, por momentos también una cierta impenetrabilidad tediosa. Lo buscaba pero no lograba encontrarlo. Todo en Vera le parecía encantador. Y, sobre todo, aquello que hasta entonces él no se había podido imaginar: ese equilibrio que para él siempre resultaba nuevo, ese «equilibrio vertiginoso», como lo había definido para sí mismo, como si la serenidad y la constancia de la felicidad que emanaban de ella, se equilibraran con la pasión, la ausencia de pudor y el frenesí que él conocía. Era como si ella, toda entera, con su cuerpo rebosante de salud y fidelidad, y con su alma amante, hiciera contrapeso al mundo de la maldad, la enfermedad y el hastío.

—Por favor, no mires con tanta ternura al conductor —le pidió él. Inmediatamente ella se puso a mirar por la ventana. Pero no podía mirar de otra manera, y él lo sabía.

—Y bien, ¿de qué estaba yo hablando? —preguntó Vera—. ¡Ah! De cómo eran las cosas... Un momento.

Se levantó, recorrió el pasillo, y luego volvió a su lugar.

—Sabes... Apareció un día, antes del anochecer... Imagínate un apartamento pequeño-burgués en Petersburgo. El crepúsculo. Yo entro del frío helado... Y dentro había algo como extranjero. No, es algo que no logro transmitir.

En más de una ocasión había intentado hablarle de su vida con Alexandr Albértovich.

—¿Te amaba? ¿Lo amabas? ¿Por qué te casaste con él? ¿Cómo murió?

—Más bajo, más bajo. Apareció antes del anochecer... ¡Mira qué bosque! ¿No podríamos ir a dar una vuelta?

—Allá estamos yendo.

—Una vez, en un helado día de invierno, al anochecer...

Guardó silencio. De pronto tuvo la impresión de que aquello ya había sucedido y de que no volvería a ocurrir jamás. Así habían ocurrido las cosas: ella estaba sentada sola y callaba, sólo sus pensamientos hablaban, de Sam, del pequeño Sam, del día en que había vuelto después de haberlo visto muerto. Con aquellas palabras había comenzado entonces su relato, un relato para sí misma. Un relato que no se repetiría nunca, porque nunca más volvería a estar sentada de la misma manera y a decir: «Se apellidaba Karelov, con *a*. Sucedió en Niza, en mil novecientos...». Porque no tendrá nadie a quien contárselo. Porque era imposible que ella estuviera sin él.

Cuando bajaron del tren y se encaminaron por el bosque que comenzaba en la estación misma (pequeña, de ladrillo, en donde no había más que un empleado para vender los billetes, recogerlos, hacer las señales al maquinista, vender las cajas para el vagón de carga), cuando se adentraron en el bosque, húmedo y caluroso, donde los rígidos arbustos de moras, aún verdes, crecían formando un muro, y las cimas de los robles temblaban y dejaban pasar un torrente de luz. Vera dijo que no recordaba cuándo había estado en el bosque por última vez, que había incluso olvidado que los bosques existen. ¡De verdad, había pasado tanto tiempo! Quizá la última vez fue en la infancia. Y sobre todo, nunca había estado con nadie a solas en el bosque, ni en el campo, ni en el río. No conocía a nadie a quien le gustara pasear así y que no tuviera inconveniente en que ella se detuviera a escuchar, simplemente a escuchar, o a respirar hondo, varias veces, simplemente porque sí.

El camino subía por una montaña y se oscurecía.

—¿No da miedo estar allá arriba? —preguntó ella, con su amplia sonrisa, que en ese momento le confirió un aspecto verdaderamente maternal.

—No sé. A mí no me da miedo. No me das miedo ni tú —respondió Karelov conteniéndose, a propósito, para no mirarla.

—¿A pesar de que ni siquiera las balas me rozan?

—Justamente por eso...

Cuando hizo aquella pregunta todo en ella bullía, por un sentimiento de vida, de felicidad, y ella sabía que él sabía que todo en ella bullía. Aproximándose despacio hasta Karelov, acercó su cara hasta la suya, y puso sus manos a los lados, formando un escudo, de manera que pudiera parecer que era de noche y que estaban en plena oscuridad, y así, en silencio y largamente, estuvo mirándolo a los ojos. Hubiera querido decirle que, a pesar de que aquel camino serpenteaba por la montaña, el viaje alrededor del mundo había concluido; que toda su vida había pensado que era feliz, pero

que en realidad había sido muy desdichada; que lo que de verdad quería era estar para siempre junto a él, y también que le gustaría que, con aquellas manos con las que él ahora la acariciaba, algún día le cerrara los ojos; hubiera querido decirle que sabía que él deseaba lo mismo. Y también hubiera querido decirle —y aquello era lo que más la inquietaba— que había tenido náuseas en el tren, que estaba embarazada.

Pero no dijo nada, porque cuando estaba tan cerca de él, no tenía voz.



NINA NIKOLÁYEVNA BERBÉROVA (San Petersburgo, 26 de julio de 1901 - Filadelfia, Estados Unidos, 26 de septiembre de 1993) fue una escritora rusa famosa, entre otras cosas, por narrar la vida de los exiliados rusos en París.

Hija única de Nikolái Ivánovich Berbérov, funcionario del Ministerio de Finanzas y de Nataliya Ivánovna Karaúlova, su historia como escritora comienza en Berlín, más tarde en París y luego en Estados Unidos como describe en su autobiografía «*Kursiv moi*», (*Курсив мой*) publicada en 1957.

Vivió en París desde 1925 a 1950, año en que se estableció en Estados Unidos, donde trabajó para las universidades de Princeton y Yale.

Murió el 27 de septiembre de 1993 por complicaciones tras una caída.

Notas

[1] San Petersburgo. (*N. de la T.*). <<

[2] «Sam» en ruso tiene el significado de «yo mismo». (*N. de la T.*). <<

[3] Medida de longitud equivalente a 4,4 centímetros. (*N. de la T.*). <<

[4] Medida de longitud equivalente a 0,71 metros. (*N. de la T.*). <<

[5] Pez del mar Caspio. (*N. de la T.*). <<

[6] Ensalada hecha a base de patatas, zanahorias, pepinillo salado, cebolla y remolacha, todo cortado en cuadraditos y aderezado con aceite de girasol y sal. (*N. de la T.*). <<

[7] Sopa típica rusa hecha sobre todo a base de col y remolacha. <<

[8] Especie de croquetas que se preparan con carne picada y pan remojado en leche. (*Notas de la T.*). <<

[9] De *Eugenio Onieguin*, capítulo V, estrofa XLI. (N. de la T.). <<

[10] *Op. cit.*, capítulo VIII, estrofa XXXII. {*N. de la T.*}. <<

[11] Afanasi Fet (1820-1892), poeta ruso, defensor de la poesía pura y del «arte por el arte». En su obra ocupan un lugar relevante la naturaleza y la noche. (*N. de la T.*). <<